

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Economía, Ambiente y Territorio

Convocatoria 2022 - 2024

Tesis para obtener el título de Maestría en Estudios Socioambientales

EL IMPACTO DE LOS HUERTOS “60 Y PIQUITO” EN LA ALIMENTACIÓN,
SOSTENIBILIDAD Y COHESIÓN COMUNITARIA EN EL BARRIO LUCHA DE LOS
POBRES

Luis Stalin Arias Andramunio

Asesora: Sara Latorre Tomás

Lectores: Marcos Fabián Muñoz Navarro, Lucia Irene Toledo Rivadeneira

Quito, agosto de 2025

Dedicatoria

A mi hijo Pedro, mi familia y los 60 y Piquitos.

Índice de contenidos

Resumen	9
Agradecimientos	10
Introducción	11
Capítulo 1. Ecología política urbana: comprensión de la transformación socioambiental en entornos urbanos	21
1.1. Producción de naturaleza urbana desigual	25
1.1.1. Ambientes urbanos verdes desiguales	31
1.1.2. Ambientes urbanos alimentarios desiguales.....	34
1.2. Los comunes urbanos: una alternativa para superar los ambientes urbanos alimentarios y verdes desiguales	39
1.3. Intersección entre la participación en huertos urbanos y la adopción de estilos de vida sostenibles	43
Capítulo 2. Entre la resistencia y el bienestar: configuraciones urbanas en “La Lucha de los Pobres”	48
2.1. Quito: una revisión breve de su proceso de urbanización en el tiempo	48
2.1.1. De la ocupación a la organización comunitaria: historia, transformación y caracterización actual del barrio Lucha de los Pobres	54
2.2. Configuración urbana, inseguridad alimentaria y resiliencia en el barrio Lucha de los Pobres de Quito	60
Capítulo 3. Metodología.....	66
Capítulo 4. El “60 y Piquito”: un huerto colectivo en la confluencia de gestión urbana, comunidad, alimentación y sostenibilidad.	75
4.1. Caracterización de los actores y gobernanza del huerto colectivo “60 y piquito”	75
4.1.1. Motivos principales para mudarse a la LDLP	82

4.1.2. Tipos de vivienda y agricultura urbana en la actualidad	84
4.1.3. El “Huerto 60 y piquito” y su gobernanza: un híbrido comunitario-individualista	86
4.2. El “60 y Piquito” como un espacio agroecológico de salud, bienestar y cohesión comunitaria.....	97
4.2.1. Manejo agroecológico del huerto y control biológico de plagas.....	102
4.2.2. Tipos de cultivos presentes en el 60 y Piquito	107
4.3. Prácticas agroalimentarias y calidad de la dieta	112
4.3.1. Frecuencia de consumo del grupo de alimentos de origen vegetal	113
4.3.2. Frecuencia de consumo del grupo de alimentos procesados y alimentos con azúcar o grasas	115
4.3.3. Frecuencia de consumo del grupo de alimentos origen animal y derivados lácteos ..	119
4.4. Prácticas de vida sostenibles entre los participantes de “60 y piquito”	122
4.4.1. A nivel de hogar	122
4.4.2. Motivaciones para realizar las prácticas sostenibles	124
4.4.3. Frecuencia de ejecución de prácticas sostenibles.....	127
4.4.4. Implementación de medidas de ahorro de energía	128
4.4.5. Frecuencia de compra de vegetales frescos que no producen en el 60 y Piquito	130
4.4.6. Frecuencia de compra de alimentos que no son ni frutas ni vegetales frescos, como por ejemplo legumbres, enlatados, cereales, carnes o pescado	132
Conclusión.....	135
Referencias.....	138

Lista de ilustraciones

Figuras

Figura 2. 1. Mapa de ubicación del Barrio Lucha de los Pobres.....	55
Figura 2. 2. Área de Ubicación 60 y Piquito	58
Figura 2. 3. Huerto del 60 y Piquito con pendientes de entre el 13% y el 17%.....	58
Figura 4. 1. Superficie del huerto comunitario 60 y Piquito	102

Gráficos

Gráfico 4. 1. Edades de las mujeres del “60 y Piquito”	75
Gráfico 4. 2. Estimación de los ingresos mensuales de los hogares	79
Gráfico 4. 3. Estudios más avanzados que completaron	81
Gráfico 4. 4. Situación laboral con corte a octubre del 2024	82
Gráfico 4. 5. Principales motivos para mudarse a la LDLP	83
Gráfico 4. 6. Tipos de vivienda con tenencia de huertas.....	85
Gráfico 4. 7. Uso de herramientas (azadón, palas, rastrillos, regaderas, mangueras)	89
Gráfico 4. 8. Gestión de bioinsumos	90
Gráfico 4. 9. Uso de semillas y plántulas	91
Gráfico 4. 10. Horas de trabajo en los huertos	92
Gráfico 4. 11. Motivo principal del trabajo colectivo en el trabajo	94
Gráfico 4. 12. Percepción sobre el trabajo colectivo en los huertos comunitarios.....	95
Gráfico 4. 13. Principales motivaciones para participar en el 60 y Piquito	98
Gráfico 4. 14. Impacto del huerto en el bienestar emocional, mental y relaciones sociales con sus vecinos.....	99
Gráfico 4. 15. Rangos de edades de los huertos unifamiliares del 60 y Piquito	103

Gráfico 4. 16. Métodos de manejo de plagas en el “60 y piquito”	105
Gráfico 4. 17. Frecuencia de consumo del grupo de alimentos de origen vegetal	114
Gráfico 4.18. Frecuencia de consumo del grupo de alimentos procesados y alimentos con azúcar o grasas	117
Gráfico 4.19. Frecuencia de consumo del grupo de alimentos origen animal y derivados lácteos	120
Gráfico 4. 20. Prácticas de vida sostenibles	122
Gráfico 4. 21. Motivaciones para realizar las prácticas sostenibles	125
Gráfico 4. 22. Frecuencia de prácticas sostenibles.....	127
Gráfico 4. 23. Medidas de ahorro de energía	129

Fotos

Foto 2. 1. Huertos de las manzanas V y W	61
Foto 3. 1. Trabajo en campo con los integrantes del “60 y Piquito”	67
Foto 3. 2. Intercambio de conocimiento en prácticas de labranza	68
Foto 3. 3. Ilustración del antes y después del huerto.....	70
Foto 3. 4. Intercambio de su producción en el taller Muyu Raymi	70
Foto 4. 1. Integrantes del 60 y Piquito mayormente mujeres.....	76
Foto 4. 7. Cultivo de maíz (Zea mays)	107

Tablas

Tabla 3. 1. Ejes principales, secundarios y unidades de análisis de la encuesta semiestructurada aplicada a 31 personas	71
Tabla 4. 1. Rango de integrantes (excluyendo al líder).....	76

Tabla 4.2.. Enfermedades y afecciones presentes en los integrantes del 60 y Piquito por género y edad	78
Tabla 4. 3. Valoración de aspectos clave del huerto	100
Tabla 4. 4. Especies principales de cereales en el 60 y Piquito	108
Tabla 4. 5. Especies principales de leguminosas del 60 y Piquito	109
Tabla 4. 6. Especies principales de raíces y tubérculos del 60 y Piquito	110
Tabla 4. 7. Especies principales de hortalizas y verduras del 60 y Piquito	110
Tabla 4. 8. Especies principales de frutas del 60 y Piquito	111
Tabla 4. 9. Frecuencia de compra de vegetales frescos que no produce en el 60 y Piquito.....	130
Tabla 4. 10. Frecuencia de compra de alimentos que no son ni frutas ni vegetales frescos, como por ejemplo legumbres, enlatados, cereales, carnes o pescado	132

Esta tesis/tesina se registra en el repositorio institucional en cumplimiento del artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior que regula la entrega de los trabajos de titulación en formato digital para integrarse al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador, y del artículo 166 del Reglamento General Interno de Docencia de la Sede, que reserva para FLACSO Ecuador el derecho exclusivo de publicación sobre los trabajos de titulación durante un lapso de dos (2) años posteriores a su aprobación.

Resumen

Esta investigación analiza la gobernanza y las prácticas agroalimentarias del huerto urbano "60 y Piquito", un espacio híbrido donde convergen dinámicas individuales y comunitarias en la producción agroecológica. Se examinan las motivaciones de los huerteros, los beneficios percibidos y su incidencia en la seguridad alimentaria, la cohesión social y la adopción de prácticas sostenibles. Para ello, se empleó una metodología mixta con encuestas y entrevistas semiestructuradas aplicadas a 31 participantes, complementadas con observación participante para comprender las dinámicas de interacción y manejo del huerto.

Los resultados evidencian que, si bien predomina el trabajo individual, se han consolidado redes de apoyo entre ciertas familias y vecinos, configurando una comunidad fragmentada pero funcional. La gestión del huerto carece de una estructura formal de gobernanza, lo que limita su articulación colectiva, pero permite autonomía en la toma de decisiones. La participación está impulsada principalmente por la seguridad alimentaria y el ahorro económico, con un acceso diferenciado a alimentos frescos que mejora la calidad de la dieta de los participantes. Además, el huerto ha fortalecido la cohesión social a través de intercambios de productos y conocimientos, aunque la cooperación no es generalizada.

Desde una perspectiva socioambiental, el huerto contribuye a la resiliencia urbana al diversificar fuentes de alimentos, reducir la dependencia del mercado y generar espacios de bienestar psicosocial. También ha impulsado prácticas de vida sostenibles, como el compostaje, el uso eficiente del agua y la movilidad activa. No obstante, persisten desafíos en la consolidación de una comunidad agroecológica integrada y en la ampliación de su impacto en la ecociudadanía.

Se concluye que el huerto es una estrategia clave para la seguridad alimentaria y la construcción de comunidad en contextos urbanos vulnerables, aunque su sostenibilidad requiere fortalecer la colaboración y ampliar las redes de intercambio. Se proponen futuras investigaciones sobre la generación de redes sociales a través de la producción y distribución de alimentos en el huerto, así como su potencial en la mitigación de desigualdades alimentarias en entornos urbanos.

Agradecimientos

A mi esposa, por su acompañamiento en campo y su apoyo constante. A mi familia, por las madrugadas, desvelos y su respaldo incondicional, que hicieron posible el desarrollo de los talleres. A mi profesora Sara, por su valiosa mentoría y guía. A SUSTENTO y FLACSO, a mis docentes y compañeros, por compartir saberes que enriquecieron profundamente este proceso de aprendizaje.

A las y los integrantes del colectivo “60 y Piquito”, por su compromiso con la agricultura urbana, su ejemplo de organización comunitaria y su aporte concreto en la mitigación del cambio climático desde la práctica cotidiana.

A todas las personas que hicieron de esta etapa académica una experiencia significativa y enriquecedora, mi más profundo agradecimiento.

Introducción

La agricultura urbana y periurbana ha adquirido mayor relevancia en el contexto de la creciente expansión de las ciudades y el aumento de su población (Ávila 2019, 10). Este fenómeno ha sido impulsado por la transición de una sociedad predominantemente rural hacia una urbana, en un escenario marcado por cambios socioambientales globales como el cambio climático, pérdida de biodiversidad, contaminación ambiental y desigualdad socioeconómica (Sánchez-Rodríguez y Bonilla 2007). La urbanización global ha transformado significativamente las dinámicas de ocupación del territorio, la distribución de la población, el acceso a recursos y la estructura económica de las ciudades, lo que ha incrementado la relevancia de la agricultura urbana como una estrategia para abordar los retos derivados de estos cambios, tales como la inseguridad alimentaria, la pérdida de espacios verdes, la contaminación ambiental y la reducción de oportunidades económicas para poblaciones vulnerables (Mougeot 2000; Smit, Nasr y Ratta 2001; Wiskerke y Viljoen 2012). En este sentido, para la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) el crecimiento de la población urbana en América Latina ha generado una mayor necesidad de prácticas sostenibles como la agricultura urbana a fin de garantizar la seguridad alimentaria, y enfrentar problemas sociales y ambientales (FAO 2014, 25).

La agricultura urbana en el barrio "Lucha de los Pobres" (LDLP), ubicado en el suroeste de Quito, ha evolucionado junto con el proceso de asentamiento del barrio, reflejando cambios en la relación de los habitantes con el entorno, el uso del suelo y las dinámicas barriales. El barrio tiene sus orígenes en la ocupación de tierras de la antigua Hacienda Santa Ana por parte de familias en situación de precariedad habitacional a inicios de la década de 1980. Estas familias, organizadas en la Cooperativa de Vivienda Lucha de los Pobres, tomaron el territorio ante la imposibilidad de acceder a una vivienda propia mediante compra formal (Burgwal 1999).

En sus primeras etapas, el asentamiento se caracterizó por la construcción de viviendas con materiales precarios como cartón, plástico, madera y zinc, reflejando las condiciones de exclusión urbana que enfrentaban sus habitantes. Sin embargo, con el tiempo, la comunidad fue consolidándose mediante la generación de redes de apoyo mutuo, la implementación de estrategias de autogestión y la formalización de estructuras de organización barrial (Anangón 2022). Gracias a políticas públicas implementadas en la década de 1990, enfocadas en la

regularización de asentamientos informales, los residentes lograron legalizar los terrenos y mejorar sus condiciones de vida (García 2005; Anangón 2022).

En sus inicios, la ocupación del territorio estuvo marcada por la incertidumbre, lo que limitó la posibilidad de establecer cultivos. Sin embargo, con el tiempo, la interacción con el espacio ha transitado de una dependencia total del mercado a un modelo mixto, donde la producción local, aunque reducida, sigue siendo una estrategia complementaria para la seguridad alimentaria.

Los primeros años del asentamiento (1983-1993) fueron una etapa de vulnerabilidad, donde la falta de servicios básicos y la precariedad de las viviendas condicionaron las formas de acceso a los alimentos. Ante la falta de tierras seguras para la siembra, la comunidad dependía de mercados mayoristas y de vendedores ambulantes que llegaban al barrio. Sin embargo, la consolidación de la cooperativa (1994 en adelante), es decir, el acceso a títulos de propiedad individuales, permitió que algunos pobladores, especialmente aquellos con conocimientos agrícolas previos, comenzaran a cultivar en pequeños espacios dentro de sus terrenos. En estos espacios, se sembraron cultivos como Maíz (*Zea mays*), Fréjol (*Phaseolus vulgaris*), Cebolla (*Allium cepa*), Acelga (*Beta vulgaris subsp. cicla*), Nabo (*Brassica rapa subsp. rapa*), además de la implementación de enredaderas verticales y maceteros para optimizar el uso del suelo. Paralelamente, en muchos hogares se inició la cría de cuyes (*Cavia porcellus*), gallinas (*Gallus gallus domesticus*) e incluso cerdos (*scrofa domesticus*) en las calles para consumo o venta y diversificar sus ingresos.

Sin embargo, a medida que avanzó el proceso de urbanización del barrio, estos espacios productivos fueron progresivamente reducidos. La necesidad de maximizar el suelo para vivienda y renta llevó a que muchas familias construyeran completamente sus terrenos, eliminando los huertos y la cría de animales. Este proceso responde a lo observado en otras zonas urbanizadas, donde el crecimiento de la ciudad desplaza la agricultura a áreas periféricas y obliga a las comunidades a depender del mercado formal para abastecerse de alimentos (WinklerPrins 2017, 88).

Ante la progresiva desaparición de los huertos domésticos, emergió la necesidad de generar iniciativas colectivas que garantizaran la producción de alimentos y la preservación de espacios verdes en el barrio, evitando que estos terrenos quedaran en desuso y se transformaran en zonas de acopio de desechos, chatarra y escombros, como ocurrió inicialmente con el área donde hoy se

asienta el huerto colectivo "60 y Piquito", objeto de estudio de esta tesis. En respuesta a esta problemática, la comunidad impulsó un proceso de autogestión territorial, dando lugar a un espacio productivo que no solo promueve la agricultura urbana y agroecológica, sino que también recupera y resignifica el territorio, evitando su degradación ambiental.

El acceso al terreno se formalizó mediante un convenio suscrito hace aproximadamente 10 años entre el Distrito Metropolitano de Quito, a través de la Dirección del Patronato San José, y Bremilda Poma, en representación de los integrantes del huerto.

Con el apoyo de instituciones externas como ConQuito-AGRUPAR y la Cruz Roja, el huerto se consolidó como un referente de agricultura urbana con enfoque agroecológico, en el cual el barrio participa en distintos niveles, desde la producción de alimentos hasta la gestión de residuos orgánicos. Según el documento “Quito Siembra: Agricultura Urbana”, publicado por ConQuito, el proyecto AGRUPAR¹ ha promovido la autoproducción de alimentos como una estrategia para mejorar la seguridad alimentaria y nutricional, además de contribuir a la generación de empleo, el fortalecimiento de ingresos y la gestión ambiental en el Distrito Metropolitano de Quito (ConQuito 2016).

El trabajo en los huertos ha sido liderado principalmente por mujeres, quienes, debido a su permanencia en el hogar y su vínculo con la alimentación, han sostenido la producción agrícola en el barrio. Mientras los hombres han estado más vinculados a la búsqueda de empleo fuera del barrio, las mujeres han mantenido las prácticas de cultivo, tanto a nivel doméstico como en el huerto comunitario. Esta dinámica responde a una división de los roles de género que asigna a la mujer las actividades de cuidado y reproducción social. Como señala (Pantoja Bohórquez et al. 2024) las mujeres desempeñan un papel clave en la autogestión comunitaria, donde sus saberes y redes de afectividad fortalecen la autonomía y el liderazgo femenino, lo que se irradia a otros escenarios de participación sociopolítica.

El huerto “60 y Piquito” se configura espacial y temporalmente a partir de las características del espacio, de los saberes y la agrobiodiversidad local. Concentran especies de flora ornamentales, alimentarias, medicinales y de construcción, entre otros (notas de campo, Quito, 26 de junio de

¹ El Proyecto de Agricultura Urbana Participativa (AGRUPAR) es una iniciativa de la Agencia de Promoción Económica ConQuito que, desde 2002, promueve la autoproducción de alimentos saludables en el Distrito Metropolitano de Quito

2023). Aunque varía según la época del año, los cultivos de hortalizas y verduras abarcan la mayor parte del espacio físico en los huertos y desempeñan roles importantes como repeler agentes patógenos, fijar nutrientes al suelo y contribuir a la seguridad alimentaria en complemento con las demás especies.

Gran parte de la población que vive en el barrio LDLP reconoce que su forma de alimentarse (consumo alto de carbohidratos y grasas) no es muy buena y al menos un 73 % manifestó que alimentarse bien es muy costoso y no cuentan con recursos económicos para tener una alimentación adecuada (Nicolalde 2018).

Si bien los huertos en "60 y Piquito" han sido fundamentales para contribuir a mejorar la alimentación de las familias, su relevancia no se limita únicamente a la provisión de alimentos. Estos espacios representan una estrategia clave en la construcción de ciudades más sostenibles, promoviendo prácticas de consumo responsables y la regeneración de áreas urbanas degradadas. De acuerdo con Mougeot (2005), la agricultura urbana contribuye a la seguridad alimentaria y fomenta la gestión sostenible del entorno, el reciclaje de residuos orgánicos y la reducción de la huella ecológica de las ciudades.

Diversos estudios han demostrado que la participación en la agricultura urbana está estrechamente vinculada con la adopción de prácticas domésticas ambientalmente sostenibles. Por ejemplo, Valencia (2016) analizó experiencias en el Distrito Metropolitano de Quito y encontró que los hogares que practican agricultura urbana reutilizan residuos orgánicos para la producción de compost, reduciendo así la cantidad de desechos enviados a los rellenos sanitarios y promoviendo una economía circular en la gestión de residuos. De manera similar, investigaciones de Macas (2012) en la Zona Quitumbe de Quito evidencian que quienes participan en huertos urbanos tienden a reducir el consumo de plásticos de un solo uso y a optar por métodos de cultivo agroecológicos en sus espacios domésticos, lo que refuerza un estilo de vida más sostenible.

Casos en otras ciudades latinoamericanas confirman esta relación. En Bogotá, Colombia, un estudio de Rodríguez y Pérez (2018) destacó cómo los huertos urbanos han impulsado la separación de residuos y el aprovechamiento de agua lluvia en barrios populares. De igual manera, en Lima, Perú, la investigación de García y Torres (2019) evidenció que las familias

involucradas en proyectos de agricultura urbana adoptan patrones de alimentación más saludables y disminuyen su dependencia de productos industrializados.

Actualmente, las ciudades enfrentan desafíos crecientes en términos de sostenibilidad ambiental, seguridad alimentaria y cohesión social. La reducción de áreas verdes, el aumento en la dependencia de mercados formales y la fragmentación de la vida comunitaria han generado entornos urbanos menos resilientes y más vulnerables a crisis económicas y ambientales (Mougeot 2005, 25). A esto se suma la fragmentación de la vida comunitaria y la dependencia de mercados formales para el abastecimiento de alimentos, factores que han afectado la resiliencia de las poblaciones urbanas ante crisis económicas y ambientales (FAO 2019).

En América Latina, la urbanización ha incrementado las desigualdades socioeconómicas y ha generado presiones ambientales, sobre todo, en los asentamientos informales, donde la falta de planificación y acceso limitado a infraestructura básica han afectado el bienestar de los habitantes (CEPAL 2017, 42).

En el marco de esta problemática que afecta a ciudades como Quito, y especialmente a sus barrios de origen informal y de condiciones económicas bajas como el barrio Lucha de los Pobres, comprender el impacto que tiene el huerto urbano colectivo “60 y piquito” como estrategia de resiliencia socioambiental es importante. Este caso adquiere aún más relevancia si se tiene en cuenta que es uno de los pocos huertos urbanos colectivos existentes conformados de forma autónoma por parte de la sociedad civil. De este modo, la presente tesis se pregunta: ¿Cuál es el efecto del huerto colectivo “60 y Piquito” del Barrio de la Lucha de los Pobres en la alimentación, en las prácticas de vida sostenibles y en la cohesión comunitaria de sus participantes?

Objetivos Generales y específicos

General:

Analizar el efecto del huerto colectivo “60 y Piquito” del Barrio la Lucha de los Pobres de Quito en la alimentación, en las prácticas de vida sostenibles y en la cohesión comunitaria de las familias que participan.

Específicos:

- Caracterizar tanto las prácticas comunitarias e individuales vinculadas a la gobernanza de este huerto urbano colectivo como sus participantes, sus motivaciones y beneficios percibidos.
- Examinar las prácticas agroalimentarias que se realizan en el huerto y su incidencia en la calidad de la dieta de las familias que participan.
- Analizar la incidencia de la participación en el huerto 60 y piquitos en el nivel de prácticas de vida sostenibles que realizan sus participantes.

Contribución de la investigación

El acceso a alimentos saludables en entornos urbanos informales y el rol de la agricultura urbana como facilitadora de este ha sido un tema de creciente interés en los últimos años. A medida que las ciudades crecen y se vuelven más densamente pobladas, surgen desafíos relacionados con la seguridad alimentaria, el acceso a alimentos frescos y saludables, y la sostenibilidad ambiental.

La agricultura urbana (AU) cumple funciones económicas, sociales y ambientales variadas, brindando beneficios directos e indirectos a las personas (Zaar 2011). En diversas regiones de América Latina, África y Asia, se ha fomentado en áreas vulnerables para abordar la inseguridad alimentaria y la desnutrición (Clavijo y Cuvi 2017). En contextos urbanos, aborda problemas como la pobreza, el desempleo y la calidad de los alimentos (Thomas 2014). Cuando se practica en contextos de pobreza, aumenta la ingesta de proteínas y calorías en las familias en comparación con las que no la practican (Moreno 2007). La AU no solo mejora la nutrición, sino también el paisaje, promueve la conservación de la agrobiodiversidad y, a gran escala, construye identidades urbanas más sostenibles (Zárate 2015).

La AU ha sido ampliamente estudiada en diversas ubicaciones, ya que a nivel global existen programas públicos, privados, movimientos sociales y comunidades urbanas que la practican (Clavijo y Cuvi 2017). Varios países han desarrollado legislación de apoyo a las huertas familiares, comunitarias e institucionales como parte de la planificación urbana (Dubbeling y Merzthal 2006). En América Latina, países como Cuba, Argentina y Brasil han fortalecido y respaldado la AU, y en lugares como Ghana, India, Senegal, Argentina, China, Botsuana, Brasil, Perú, Canadá y Uganda, esta se encuentra dentro de los planes nacionales y municipales (Clavijo y Cuvi 2017). Berlín y Londres se destacan por su compromiso en la creación, mantenimiento y formalización de huertas urbanas (Neréa 2009).

Un estudio de Urías y Ochoa (2020) analizó huertos urbanos implementados en diversas ciudades de África, Asia y América Latina, considerando sus variados contextos económicos, sociales y climáticos. El estudio destaca la efectividad de los huertos en distintos contextos, brindando ventajas notables, especialmente en países en desarrollo, donde generan ingresos adicionales, mejoran la calidad alimentaria, reducen el impacto de desastres naturales, promueven la educación y las relaciones sociales, y facilitan la reinserción social y productiva. Por su parte, Mougeot (2005), en su libro “Cultivando Mejores Ciudades: Agricultura Urbana para el Desarrollo Sostenible”, analiza los beneficios sociales, económicos y ambientales de los huertos urbanos y su contribución a la seguridad alimentaria y la calidad de vida en entornos urbanos. Desde lo social, destaca su papel en la cohesión comunitaria, la educación ambiental y el bienestar físico y mental de los participantes. En el ámbito económico, resalta la generación de ingresos, la reducción de gastos en alimentos frescos y la creación de empleo local. A nivel ambiental, subraya el reciclaje de residuos orgánicos mediante compostaje, la mitigación del efecto de isla de calor y el uso eficiente del agua a través de prácticas agroecológicas. Alcántara y Larroa (2022) identificaron que los huertos urbanos tienen un significado especial, ya que van más allá de la producción de alimentos y se convierten en territorios identitarios donde se fomenta la solidaridad, el trabajo conjunto y la compartición e intercambio de conocimientos, herramientas y cosechas. Esta colaboración crea un sentido de comunidad y promueve el trabajo en equipo.

La práctica de AU durante las últimas décadas es notable y, en todo el mundo, ha ingresado a los espacios abiertos de muchas ciudades o se ha acoplado a los diferentes tipos de infraestructuras (Viljoen y Bohn 2014). Aunque no es posible ni deseable alimentar una ciudad únicamente a través de la agricultura urbana, las relaciones coordinadas y bien gestionadas entre la agricultura urbana, rural e internacional pueden conducir a un sistema alimentario urbano equitativo y ambientalmente óptimo (Viljoen y Bohn 2014), y convertirse en un elemento de transformación multidimensional para el equilibrio ambiental, social y económico (Larrubia, Natera y Carruana 2020). Varias ciudades con sectores agrícolas urbanos avanzados, sobre todo en Asia, han pasado a autoabastecerse de alimentos frescos altamente valorados y nutritivos (Brockhoff 2000). En Katmandú la AU aporta el 30 % de las hortalizas consumidas, el 45 % en Hong Kong, el 50 % en Karachi y el 85 % en Shangai, y en América del Norte la proporción es del 25 % (Hernández 2006). En Málaga (España) los huertos se han convertido en una herramienta para sensibilizar a

la ciudadanía sobre problemas relacionados con la sostenibilidad, el intercambio y producción de conocimientos y conseguir mayores cuotas de empoderamiento social y económico, a través de movimientos asociativos (Larrubia, Natera y Carruana 2020).

Es indudable que el ámbito de los huertos urbanos es dinámico y se encuentra en constante evolución y crecimiento, sin embargo, cada ciudad o territorio concentra un número diferente de agricultores urbanos y prácticas agrícolas de reciprocidad y asociación particulares. Esto puede deberse a las condiciones geográficas, meteorológicas y de acceso a recursos. En Rosario (Argentina) por ejemplo, en el 2015 existían 1.750 agricultores urbanos (Leisa 2015), 2.500 familias en Antigua y Barbuda, 25.500 en Puerto Príncipe (Haití), 8.500 en Bogotá, 50.000 en las ciudades principales de Bolivia, y 12.250 en Quito (Clavijo y Cuví 2017).

El Municipio de Quito a través del Proyecto de Agricultura Urbana Participativa AGRUPAR liderado por la Agencia de Promoción Económica ConQuito fomenta la articulación de la agricultura urbana con el desarrollo económico local, la seguridad alimentaria, el ordenamiento territorial y la inclusión social, frente al crecimiento demográfico, la urbanización y la pobreza (Rodríguez y Proaño 2016). Para fortalecer la producción de alimentos en los huertos y la sostenibilidad del entorno natural, esta Agencia se inserta en la LDLP a través de la gestión del conocimiento y la articulación de actores del 60 y Piquito.

Si bien investigaciones como las realizadas por Toledo et al. (2023) y Clavijo (2013) han proporcionado valiosa información sobre el perfil metabólico social de productores orgánicos, tanto certificados como no certificados, en el contexto de Agrupar-Conquito, y han destacado el papel de la agricultura urbana en la formulación de políticas públicas para fortalecer la resiliencia urbana, estas investigaciones no profundizan en la calidad de la dieta de sus participantes ni la incidencia de la AU en la adopción de prácticas de vida sostenibles y cohesión comunitaria. FAO (2017), Mougeot (2005) y Zezza y Tasciotti (2010) enfatizan su impacto en la diversificación de la dieta y el acceso a alimentos frescos y saludables. Por su parte, Renner (2022) resalta el potencial de la AU para mejorar la seguridad alimentaria, fortalecer la cohesión social y fomentar prácticas ambientales responsables, pero existen pocos estudios que analicen de manera directa esta relación. En el caso de Quito, esta ausencia de investigaciones es aún más notoria, ya que la agricultura urbana ha sido abordada principalmente desde una perspectiva agroalimentaria, sin

profundizar en su impacto en la transformación de hábitos de consumo, cohesión comunitaria y sostenibilidad ambiental.

Los huertos comunitarios no solo responden a una necesidad alimentaria, sino que también han sido impulsados como estrategias de organización social y apropiación del espacio urbano. Sin embargo, aún no está claro en qué medida los huertos logran fortalecer el sentido de comunidad y generar espacios de participación colectiva. Es necesario indagar en las razones que han motivado el desarrollo de los huertos y evaluar su capacidad real para la construcción de sentido comunitario, analizando si estos espacios funcionan como puntos de encuentro y fortalecimiento de redes de apoyo entre los participantes o si, por el contrario, su gestión sigue estando dominada por una lógica individual (Altieri y Nicholls 2017).

Por otro lado, si bien se ha promovido la agricultura urbana como una vía para mejorar la alimentación de las familias, no existen suficientes estudios que evalúen si los alimentos producidos realmente han sido incorporados en la dieta diaria o si su impacto sigue siendo marginal en comparación con los productos adquiridos en el mercado (Mougeot 2005, 27). Es necesario determinar si los huertos comunitarios en Quito han logrado incidir de manera positiva en las prácticas alimentarias de sus participantes o si su influencia sigue siendo principalmente simbólica.

Por lo tanto, esta investigación busca llenar este vacío académico, analizando cómo los huertos urbanos inciden en la construcción del sentido comunitario, en la calidad de la dieta de las familias y en la adopción de prácticas de vida sostenibles. Evaluar esta relación permitirá comprender si los huertos realmente generan cambios estructurales en la forma en que las familias urbanas producen, consumen y se relacionan con su entorno, o si su impacto es más limitado de lo que comúnmente se asume. Con ello, se espera proporcionar evidencia que contribuya al fortalecimiento de estos espacios como herramientas de sostenibilidad urbana y resiliencia comunitaria.

Esta tesis es parte del Proyecto Sustento, liderado por FLACSO Ecuador, cuyo objetivo es apoyar a comunidades marginalizadas con déficits alimentarios mediante alternativas sostenibles.

Además de desarrollar esta investigación, participé directamente en el huerto comunitario "60 y Piquito", brindando capacitación y asistencia técnica a sus integrantes. Esta experiencia permitió

la comprensión de las dinámicas del huerto, la cohesión comunitaria y el impacto de la agricultura urbana en la alimentación y la sostenibilidad.

La tesis se estructura en cuatro capítulos. El primer capítulo es el marco teórico, donde se abordan conceptos clave como la ecología política urbana y la transformación socioambiental en entornos urbanos, la producción de naturaleza urbana desigual, los comunes urbanos como alternativa a la desigualdad en los espacios verdes y alimentarios, y la relación entre la participación en huertos urbanos y la adopción de estilos de vida sostenibles.

El segundo capítulo contextualiza el estudio, ofreciendo una revisión del proceso de urbanización de Quito, su configuración urbana y la relación entre inseguridad alimentaria y resiliencia en el barrio Lucha de los Pobres, donde se desarrolla el huerto comunitario "60 y Piquito".

El tercer capítulo describe la metodología utilizada, detallando el diseño de la investigación, las herramientas de recolección de datos y el enfoque analítico empleado.

Finalmente, el cuarto capítulo presenta los resultados obtenidos a partir del trabajo de campo, analizando la información recopilada y las discusiones generadas.

Capítulo 1. Ecología política urbana: comprensión de la transformación socioambiental en entornos urbanos

En el contexto de la rápida urbanización y la previsión de que para 2050 aproximadamente el 80% de los países en el mundo tendrán al menos la mitad de su población viviendo en sus áreas urbanas (ONU 2004), se vuelve imperativo comprender a los procesos de cambio que abarcan aspectos sociales, ambientales, económicos, culturales y políticos en entornos urbanos. En este sentido, la Ecología Política Urbana (EPU), como un campo emergente y multidisciplinario, se presenta con un enfoque innovador y esencial para analizar los cambios socioambientales en los asentamientos urbanos mediados por relaciones de poder (Lake y Hanson 2000; Swyngedouw 2010).

La EPU surge con la intención de revitalizar y expandir los fundamentos teóricos establecidos por la ecología política tradicional. Una de sus contribuciones más destacadas es la introducción de un enfoque ontológico innovador, liderado por pensadores como Swyngedouw (2004), que desafía la concepción convencional de la naturaleza. Este enfoque propone abandonar la noción de naturaleza como un concepto estático y fácilmente delimitable, reconociéndola como un fenómeno complejo que requiere una comprensión más dinámica.

En armonía con esta perspectiva, tanto Latour (1993) como Haraway (1991), proponen una conceptualización de las ciudades como entidades híbridas y socialmente construidas. Este enfoque va más allá de considerar la configuración urbana como simplemente el resultado de procesos naturales, abogando por una comprensión holística y dinámica. Esta visión se traduce en una comprensión más profunda de las ciudades como espacios socialmente construidos, donde los factores sociales, políticos y tecnológicos interactúan de manera compleja para dar forma a la urbanidad.

La EPU como una corriente que vierte de la ecología política centra sus estudios entre los vínculos de urbanización y medio ambiente y analiza cómo este proceso primario subyace a numerosos impactos ambientales. Desde una perspectiva crítica, además, examina la relación entre el cambio ambiental y los factores políticos, económicos, sociales y culturales que influyen en la producción y reproducción de los entornos urbanos entendidos como entidades híbridas socionaturales (Villar 2016) o segundas naturalezas (Zimmer 2010). Simultáneamente, concibe los entornos urbanos como los lugares donde se experimentan de manera más intensa los

problemas socioambientales y donde se hace más evidente la acelerada transformación metabólica de la naturaleza, tanto en sus manifestaciones físicas como en las dinámicas socioecológicas (Heynen, Perkins y Parama 2006).

La evolución adaptativa del ser humano, según Odum (1980), condujo a la formación de una sociedad con la capacidad de reconfigurar su entorno y alterar los flujos de materia y energía en la naturaleza. Esta influencia cultural en los ecosistemas surge de la disponibilidad de recursos ambientales y tecnológicos, así como de la gestión energética y los métodos constructivos. Como consecuencia, se genera un modelo de ocupación territorial y desarrollo urbano que exhibe diversas manifestaciones a nivel global (Niño-Soto y Chávez-Martínez 2020). Estas variaciones podrían ser el producto de fenómenos históricos, como los mestizajes culturales, el colonialismo o la globalización.

Los espacios biogeográficos, moldeados por factores naturales, ya sean bióticos o abióticos, forman la base sobre la cual se desarrolla una "segunda naturaleza" en los asentamientos humanos (Lefebvre 1976). Esta segunda naturaleza implica la integración de ciclos de materiales y flujos de energía esenciales para la vida urbana, satisfaciendo las necesidades de la población, pero al mismo tiempo, plantea desafíos significativos en términos de gestión, sostenibilidad y calidad de vida. En línea con la noción de hibridez de las ciudades propuesta por Zimmer (2010), se experimenta una interacción compleja entre procesos sociales y naturales que dan forma a una geografía y territorio actual, aunque es crucial comprender los límites de la expansión urbana y sus impactos en el medio ambiente, los ecosistemas y otras especies.

Al respecto, se concibe como necesaria la introducción de nuevos enfoques metodológicos provenientes de diversas corrientes que abordan el concepto de metabolismo urbano (MU). La contribución distintiva de la Ecología Política Urbana (EPU) radica en su interpretación única del concepto de MU, diferenciándose de disciplinas como la ecología industrial y urbana que han empleado este término como metáfora para describir los procesos de intercambio en los cuales las ciudades transforman materias primas, energía y agua en el entorno construido, biomasa urbana y residuos (Decker et al. 2000). Al enfocarse en los flujos metabólicos, la EPU destaca de manera especial cómo estos procesos explican de manera integral el desarrollo desigual observado en las ciudades. Esta perspectiva única, analiza críticamente cómo los diferentes patrones de

intercambio y transformación de recursos y el poder social contribuyen a las disparidades socioeconómicas y al desarrollo asimétrico en los entornos urbanos (Swyngedouw y Cook 2009).

La interconexión de los flujos de energía y ciclo de materiales en los entornos urbanos emerge como un factor clave en la configuración de desigualdades sociales y económicas. La síntesis de diversas perspectivas de autores resalta cómo estos flujos no solo moldean la estructura física de las ciudades, sino que están profundamente arraigados en dinámicas políticas y sociales que acentúan las disparidades (Swyngedouw 2010). El mismo autor destaca la dimensión política de los flujos urbanos, argumentando que la gestión de estos procesos está sujeta a relaciones de poder que favorecen a ciertos grupos, contribuyendo así a la configuración desigual del espacio urbano. Esta perspectiva se amplía a diversos ámbitos como el de la energía evidenciando cómo la planificación urbana y la distribución de infraestructuras energéticas pueden generar divisiones socioespaciales (Heynen 2014).

Las desigualdades también son palpables a nivel alimentario y es corroborado por Winne (2008) y Alkon y Norgaard (2009), quienes exploran cómo la disponibilidad y accesibilidad de alimentos en áreas urbanas pueden variar significativamente. Autores como Agyeman y Evans (2003), en "Just Sustainabilities", ofrecen una visión global de las desigualdades ambientales, conectando los flujos materiales y energéticos con prácticas urbanas que afectan de manera diferencial a diversas comunidades. La EPU, al considerar estas interrelaciones, proporciona un marco teórico robusto que destaca la intersección entre materia, energía, alimentación y poder en la configuración de nuestras ciudades contemporáneas, subrayando la complejidad de las dinámicas urbanas y la necesidad de estrategias integradas para abordar las desigualdades socioambientales.

El propósito del EPU es mejorar la comprensión de la dinámica de las ciudades y desarrollar nuevas propuestas y regulaciones con miras a la realización de futuros urbanos sostenibles (Castán-Broto et al. 2012). El término de metabolismo urbano entiende a la ciudad como un superorganismo vivo en donde circulan flujos de materia y energía (Parrado-Rodríguez, Cevallos-Aráuz y Arias-Álvarez 2018). Además, este tiene sus orígenes empíricos en el trabajo de Wolman (1965) quien observó los flujos de entrada y salida de energía y materiales de una ciudad hipotética de Estados Unidos de un millón de habitantes, en la cual, una vez se alcanzaba una cierta intensidad metabólica, la emergencia de problemas ambientales era inevitable como

son la contaminación atmosférica e incapacidad de gestionar enteramente los residuos urbanos, sobre todo las aguas residuales.

Los graves problemas ambientales y sociales generados en el marco del crecimiento desordenado de las ciudades ponen en alerta los sistemas de funcionamiento de su metabolismo (Pengue 2017). El “perfil metabólico característico” de una sociedad, está determinada por los insumos de materiales y energía per cápita y años utilizados en el modo de producción y el estilo de vida de cada uno (Fischer-Kowalski y Hüttler 1999). En función de los entornos y las sociedades, la circulación metabólica se convierte en una entidad transformadora de espacios biofísicos y produce naturaleza con cualidades nuevas y distintas a las que existían previamente (Swyngedow 2004). De esta manera, es posible examinar la distribución de los recursos ambientales y cómo se toman las decisiones relacionadas con el uso de la tierra, la planificación urbana, la gestión de los residuos y otros aspectos relacionados con el medio ambiente urbano.

La perspectiva metabólica interpreta a la sociedad como una entidad íntimamente vinculada a la naturaleza mediante flujos de materia y energía, siendo la apropiación y excreción los actos iniciales y finales del metabolismo entre la sociedad y la naturaleza (Toledo 2002). Esta conceptualización encuentra respaldo en otros pensadores. Por ejemplo, Martínez-Alier (2002) destaca la interdependencia entre los sistemas socioeconómicos y los ecosistemas, subrayando la importancia de comprender las implicaciones ambientales de las actividades humanas. El entendimiento de esta conexión es esencial para abordar los desafíos ambientales contemporáneos y aboga por un enfoque que reconozca la interdependencia entre los sistemas sociales y ecológicos (Foster 1999).

El reconocimiento de la interdependencia entre los sistemas sociales y ecológicos encuentra respaldo en los pensamientos de Giddens (1984) el cual destaca la inseparabilidad de la estructura social y las prácticas humanas. Esta perspectiva se alinea con la noción de interdependencia entre sistemas, sosteniendo que las estructuras sociales y las acciones individuales están intrínsecamente vinculadas, y, por ende, afectan tanto a la sociedad como al entorno ecológico. Por su parte, Commoner (1971) complementa lo expuesto a través del abordaje de la interrelación entre la actividad humana y el medio ambiente ya que desarrolla el principio de que "todo está conectado con todo lo demás", destacando que las acciones humanas tienen consecuencias ecológicas inevitables. Su perspectiva aboga por un enfoque que considera las complejas

interconexiones entre sistemas sociales y ecológicos, enfatizando la necesidad de comprender estas interdependencias para abordar eficazmente los desafíos ambientales contemporáneos.

La capacidad de adaptación y transformación de los sistemas sociales y ecológicos es crucial para enfrentar la incertidumbre y los cambios ambientales en entornos urbanos. Su enfoque destaca la necesidad de integrar la comprensión de los sistemas sociales y ecológicos para mejorar la capacidad de respuesta y gestión de los desafíos ambientales (Holling y Gunderson 2002). La visión de la ciudad como un ecosistema complejo, subraya la importancia de concebir las áreas urbanas como sistemas dinámicos donde las acciones humanas y las dinámicas naturales están inextricablemente entrelazadas. Estos enfoques abren la puerta a la noción de la producción de naturaleza, donde la planificación urbana, el diseño y la gestión pueden transformarse para promover la coexistencia armoniosa entre la sociedad y su entorno. En este contexto, el desafío radica en adoptar prácticas y políticas que no solo mitiguen los impactos negativos de la urbanización, sino que también contribuyan activamente a la producción de entornos urbanos sostenibles, equitativos y en armonía con la naturaleza.

1.1. Producción de naturaleza urbana desigual

La expansión de áreas urbanas está estrechamente vinculada a los patrones de acumulación, producción y renovación del capital (Hidalgo, Vergara-Constela y González-Rodríguez 2022). Claramente, la manera en que se ha desarrollado el crecimiento de las ciudades en todo el mundo ha experimentado cambios sustanciales en las últimas décadas. En América Latina, durante las décadas de los setenta y ochenta, las áreas periféricas de las ciudades se configuraron mayormente debido a la migración masiva desde zonas rurales a urbanas (Caldeira 2017). La misma autora señala que este fenómeno, denominado "urbanización periférica", se caracterizó por la ocupación de tierras, la subdivisión ilegal de terrenos para construcción propia y la construcción de grandes complejos habitacionales de carácter público.

Se ha argumentado que los cambios recientes en la expansión y desarrollo urbano representan una transición desde un modelo de ciudad polarizada hacia una ciudad fragmentada (Lukas, Fragkou y Vásquez 2020). Este cambio es resultado de los procesos de privatización y globalización (Janoschka 2002) caracterizada por una transición que separa una era en la que los estados nacionales tenían un papel predominante en el contexto de las relaciones internacionales, hacia una nueva fase en la que el mundo se ha vuelto más interdependiente en términos

económicos y comerciales, y en la que el rol central del Estado ha disminuido (Fiss y Hirsch 2005).

La reestructuración territorial resultante de la globalización y el cambio en el paradigma socioproductivo ha ocasionado alteraciones significativas en las dinámicas espaciales en diferentes contextos, ya sea en áreas rurales, núcleos urbanos o en las regiones intermedias que conectan ambos (Ávila 2008). Para Woods (2007), a través del concepto del campo globalizado, se puede reconocer la reconfiguración de los espacios rurales en esta esfera, donde se destacan las interacciones entre los actores locales y globales en la creación de nuevas formas y relaciones territoriales, caracterizadas por su naturaleza híbrida y compleja. De las cuales se desprenden los híbridos sacionaturales que según Villar (2016) pueden ser los jardines privados urbanos y los espacios verdes urbanos configurados a partir de interacciones entre procesos sociales, económicos y políticos con influencia de flujos metabólicos que en reiteradas ocasiones se derivan en desigualdades sociales, ambientales o económicas.

Smith (2020), contribuye al debate sobre el desarrollo desigual, la naturaleza y la producción del espacio urbano. Su enfoque marxista destaca la interrelación entre las dinámicas capitalistas y la transformación de los paisajes urbanos. Sin embargo, su perspectiva se centra en la gentrificación y subraya cómo este proceso refleja la lógica del capital al revalorizar áreas urbanas a expensas de comunidades de bajos ingresos.

Contrastando con Smith (2020), Harvey (1989), amplía la discusión al destacar la intersección entre justicia social y ambiental. Argumenta que la distribución desigual de recursos naturales en entornos urbanos no es simplemente un resultado del mercado, sino una manifestación de las inequidades sociales más amplias. Su enfoque proporciona una lente más extensa que considera las relaciones de poder y las estructuras socioeconómicas que subyacen a la producción desigual de la naturaleza urbana.

Desde la perspectiva de Soja (2000), se amplía la comprensión de cómo estas relaciones de poder se manifiestan en la experiencia cotidiana de la vida urbana. Soja (2000) destaca que las estructuras socioeconómicas subyacentes juegan un papel determinante en la configuración de la ciudad y en la determinación de quiénes tienen acceso privilegiado a los recursos naturales urbanos. Ciertos grupos, particularmente aquellos con recursos económicos y políticos significativos, pueden ejercer un control preferencial sobre los recursos naturales dentro del

entorno urbano. Mayoritariamente su transformación conlleva a la expulsión de residentes de bajos ingresos y, a su vez, a la apropiación de espacios verdes y otros recursos por parte de nuevos residentes más acomodados (Smith 2020).

Las decisiones tomadas en el ámbito de la planificación urbana no solo son un reflejo, sino también un refuerzo de las estructuras socioeconómicas preexistentes, ejerciendo una influencia directa sobre la distribución inequitativa de los recursos naturales y áreas verdes dentro de la ciudad (Fainstein 2010). El trabajo de Fainstein (2010) contribuye significativamente a entender cómo estas estructuras socioeconómicas moldean la configuración de la naturaleza urbana y afectan la calidad de vida de diversos sectores de la población.

Para destacar la intrincada interconexión entre las condiciones ecológicas y las relaciones socioeconómicas a nivel global, Moore (2017) introduce el concepto central de "ecología-mundo". Lo cual representa una llamada a superar las visiones fragmentadas de la ecología y la economía, reconociendo que estas esferas están inherentemente entrelazadas. Desde este punto de vista la calidad de vida en entornos urbanos no puede entenderse de manera aislada de las dinámicas económicas que rigen el sistema mundo. Tanto la expansión capitalista como la explotación de los recursos naturales están intrínsecamente vinculadas, afectando directamente la relación entre la sociedad y la naturaleza. El concepto de "ecología-mundo" se convierte, entonces, en un marco conceptual que desafía a considerar la sostenibilidad y la calidad de vida urbana como fenómenos que deben abordarse en un contexto global. Lo que invita a replantear las estrategias de desarrollo urbano y la gestión de recursos naturales desde una perspectiva que reconozca la interconexión entre los procesos económicos y las condiciones ecológicas en la escala global.

La interconexión antes planteada se manifiesta de manera singular en el contexto de la producción de naturaleza urbana. La rápida urbanización y el crecimiento económico han transformado los entornos urbanos, planteando desafíos y oportunidades específicas para integrar la sostenibilidad en la planificación y gestión de las ciudades.

En los entornos urbanos, la demanda de recursos naturales, utilizados en construcción, energía y suministro de agua, ha experimentado un aumento significativo (Beatley 2011). Las ciudades, como centros económicos vitales, se encuentran expuestas a riesgos relacionados con el cambio climático, como inundaciones y olas de calor extremas (Seto et al. 2014). Las actividades

económicas urbanas contribuyen al cambio climático, pero las ciudades son simultáneamente vulnerables a sus impactos. Integrar estrategias de mitigación y adaptación en la planificación urbana se vuelve esencial para abordar estas interconexiones de manera efectiva.

La producción de naturaleza urbana equitativa emerge como una estrategia clave en este escenario, implicando la integración de espacios verdes, áreas protegidas y sistemas de agua en el tejido urbano (Bolund y Hunhammar 1999). Estos elementos no solo ofrecen servicios ecosistémicos, sino que también contribuyen a mejorar la calidad de vida, la salud y la resiliencia urbana y aborda las desigualdades socioecológicas, asegurando que la producción de naturaleza urbana beneficie equitativamente a todas las comunidades (Heynen et al. 2006).

Tsing (2015) enriquece significativamente la discusión sobre la producción desigual de la naturaleza urbana. Su análisis ecosemiótico revela la complejidad de las relaciones entre la sociedad y la naturaleza, desafiando las percepciones convencionales de cómo interactuamos con nuestro entorno en contextos urbanos. Argumenta que el entorno urbano no es simplemente un espacio físico, sino un escenario en el que las prácticas económicas y el poder se entrelazan con la naturaleza de maneras sorprendentes. Al introducir el concepto de "hongo capitalista", Tsing (2015) resalta cómo las dinámicas económicas contemporáneas afectan la producción y experiencia de la naturaleza en la ciudad. Este concepto simboliza la capacidad de adaptación del capitalismo, su capacidad para colonizar y transformar diversos entornos, incluidos los urbanos. Desde esta perspectiva, la producción desigual de la naturaleza en entornos urbanos se convierte en una manifestación de las complejas interacciones entre sistemas económicos y ecológicos. Así, Tsing (2015) aporta una dimensión crítica al destacar que entender la naturaleza urbana implica considerar no solo las estructuras sociales y económicas locales, sino también la influencia global del capitalismo en la configuración de las ciudades.

La lógica capitalista impulsa la gentrificación y la transformación urbana, contribuyendo así a la producción desigual de la naturaleza en las ciudades (Harvey 1989). Su perspectiva resalta la importancia de abordar las dinámicas económicas subyacentes que perpetúan la segregación socioespacial. Este tipo de segregación en contextos urbanos constituye un fenómeno multifacético que encuentra sus raíces en dinámicas complejas de índole económica, social y política. Harvey (1973) ha desentrañado cómo el desarrollo urbano capitalista, guiado por las

fuerzas del mercado y decisiones políticas, genera de manera inherente espacios urbanos segregados.

En esta línea, Lefebvre (1974), analiza la producción del espacio urbano, subrayando cómo esta producción afecta de manera diferenciada a distintos grupos sociales, incluida su relación con la naturaleza en la ciudad. Para este autor, el espacio no es simplemente un contenedor físico, sino un producto social en constante transformación donde las desigualdades sociales se manifiestan espacialmente en la ciudad a través de procesos de planificación y desarrollo que refuerzan divisiones socioeconómicas. La producción del espacio urbano, influenciada por actores como urbanistas y desarrolladores, se convierte en un terreno donde las relaciones de poder y las inequidades sociales se plasman de manera tangible.

Como una respuesta a estas desigualdades Lefebvre (1974), introduce el concepto del "derecho a la ciudad". Destaca que democratizar la participación en la configuración del entorno urbano es esencial para contrarrestar la alienación espacial, ya que la mercantilización del espacio conduce a la exclusión de ciertos grupos, contribuyendo a la segregación y acentuando las disparidades urbanas. En última instancia, el enfoque de Lefebvre (1974) aboga por la transformación del espacio urbano a través de la participación de todos los ciudadanos, buscando así superar las desigualdades inherentes a la producción del espacio en la ciudad.

En el marco del entramado de la urbanización contemporánea, algunas de las manifestaciones palpables de la desigualdad y las deficiencias en las políticas urbanas emergen como asentamientos urbanos informales (Davis 2006). Estos barrios, caracterizados por la ocupación no reglamentada del suelo y la falta de servicios básicos, representan microcosmos donde convergen diversas tensiones sociales. Asimismo, la producción desigual de naturaleza urbana añade una capa adicional a esta compleja ecuación. La disparidad en el acceso a recursos naturales esenciales, como espacios verdes, agua limpia y aire puro, crea una dicotomía ambiental que refleja y refuerza las brechas sociales existentes.

Para Davis (2006) la urbanización no planificada y las políticas ineficaces han contribuido significativamente a la proliferación de barrios marginales en todo el mundo. Uno de los puntos clave que Davis (2006) resalta es la magnitud del crecimiento de estos asentamientos, subrayando la rapidez con la que se han expandido y convertido en una característica distintiva de muchas ciudades en desarrollo. Esta expansión descontrolada estaría relacionada directamente con la falta

de una planificación urbana adecuada y la incapacidad de implementar políticas efectivas para gestionar el crecimiento de las ciudades.

Al identificar la carencia de servicios urbanos básicos como un "marcador claro de exclusión y marginalización", Sassen (1991) señala cómo esta falta de acceso no es simplemente una cuestión de servicios, sino que se convierte en un indicador visible de la desigualdad estructural en la era de la globalización. La globalización, al intensificar las inequidades económicas, crea un entorno urbano donde los grupos marginados enfrentan mayores dificultades para satisfacer necesidades fundamentales (Stiglitz 2002).

La falta de acceso a servicios urbanos básicos se convierte en un marcador claro de exclusión y marginalización, impulsando a las poblaciones hacia la periferia urbana (Sassen 1991). La falta de acceso a servicios básicos refleja la disparidad económica exacerbada por la globalización, donde los grupos marginados enfrentan una mayor dificultad para satisfacer sus necesidades más elementales en entornos urbanos (Stiglitz 2002).

En conjunto, los argumentos de Davis (2006), Stiglitz (2002) y Sassen (1991) sientan las bases para comprender la génesis de la desigualdad urbana, subrayando cómo la falta de planificación, la pobreza extrema, la carencia de servicios básicos y la ausencia de regulación territorial contribuyen de manera significativa a la formación y expansión de los asentamientos informales, generando así desigualdades urbanas profundas y persistentes.

Una ruta para la transición hacia la justicia ambiental implica repensar y reformar las políticas de desarrollo urbano. Autores como Agyeman y Evans (2003) abogan por enfoques inclusivos que involucren a las comunidades locales en la toma de decisiones y consideren sus necesidades y perspectivas. Esto implica una redefinición de la participación ciudadana y una mayor autonomía para las comunidades en la planificación urbana. Al integrar la justicia ambiental en el tejido mismo de las políticas urbanas, se puede avanzar hacia un modelo de ciudad más equitativo y sostenible.

La teoría de la justicia ambiental, propuesta por Bullard (1990), añade una dimensión crucial al análisis de Soja (2000) sobre las disparidades en la experiencia urbana y la relación con la naturaleza. Esta teoría resalta cómo las comunidades marginadas enfrentan una carga desproporcionada de riesgos ambientales y tienen un acceso limitado a espacios verdes,

destacando la necesidad de considerar las dimensiones ambientales y sociales de la planificación urbana para abordar las inequidades.

En este sentido, se evidencia que la justicia ambiental implica la distribución equitativa de riesgos ambientales y el acceso equitativo a beneficios ambientales, como espacios verdes. La investigación de Pellow (2000) respalda esta noción al examinar cómo las comunidades étnicas minoritarias, especialmente aquellas ubicadas en entornos urbanos, son sistemáticamente relegadas a áreas con mayores riesgos ambientales y menos recursos naturales accesibles. Al profundizar en la obra de Bullard (1990) y considerar la investigación de Pellow (2000), se puede resaltar de que existe una doble carga de injusticia ambiental para estas comunidades. Por un lado, se ven afectadas de manera desproporcionada por los impactos negativos del desarrollo urbano, como la contaminación del aire y del agua. Por otro lado, se les niega el acceso equitativo a entornos naturales beneficiosos, como parques y espacios verdes, que desempeñan un papel crucial en la calidad de vida y el bienestar de los residentes urbanos.

1.1.1. Ambientes urbanos verdes desiguales

La inequidad en el acceso a espacios verdes y recursos naturales no solo tiene consecuencias ambientales, sino que también impacta la salud y el desarrollo socioeconómico de estas comunidades. La falta de acceso a entornos naturales puede contribuir a disparidades en la salud mental y física, limitar las oportunidades recreativas y afectar negativamente la cohesión comunitaria. Además, puede perpetuar ciclos de desigualdad al dificultar el acceso a recursos que son fundamentales para el desarrollo y la prosperidad a largo plazo.

Por otro lado, Heynen (2014) ofrece una mirada crítica a la producción de espacios verdes urbanos, revelando cómo las relaciones de poder estarían en la capacidad de reconfigurar estos entornos. Este autor desmitifica la supuesta neutralidad de los espacios verdes, argumentando que funcionan como estrategias de acumulación al servicio de grupos dominantes. Su análisis va más allá de la estética urbana, adentrándose en las complejas intersecciones de clase, raza y género que se reflejan en la planificación y gestión de estos espacios. Al poner de relieve las dinámicas de exclusión y marginalización, Heynen (2014) desafía las narrativas convencionales sobre la naturaleza urbana, abriendo un diálogo esencial sobre la justicia espacial y ambiental. En esta línea, Brenner (2004), considera que los procesos de urbanización se despliegan en un contexto

globalizado y destaca las tensiones entre influencias locales y globales, subrayando la complejidad de la producción de naturaleza urbana en un mundo interconectado.

Desde la perspectiva de las infraestructuras verdes urbanas, Gandy (2005) señala que estas infraestructuras van más allá de cumplir funciones ecológicas. Gandy argumenta que, además de contribuir a la biodiversidad y al equilibrio ambiental, las infraestructuras verdes ejercen una influencia significativa en dinámicas socioeconómicas y en la calidad de vida en entornos urbanos. El autor aboga por una planificación integral que reconozca a la ciudad como un conjunto socioecológico interconectado. Su enfoque desafía la visión tradicional que separa la naturaleza y lo urbano, promoviendo la idea de que las infraestructuras verdes son elementos cruciales para la funcionalidad y sostenibilidad de las ciudades modernas. Gandy (2005) destaca cómo estas infraestructuras pueden proporcionar beneficios tangibles, como espacios de recreación, mejora de la calidad del aire y regulación del clima urbano, al tiempo que también pueden tener impactos positivos en aspectos socioeconómicos, como la plusvalía de las propiedades y la atracción de inversiones.

Al reflexionar sobre las infraestructuras verdes urbanas como elementos cruciales del tejido urbano, se destaca la urgencia de adoptar un enfoque integrador en la toma de decisiones urbanas. Este enfoque debe reconocer la conexión profunda entre los elementos naturales no construidos y construidos en el contexto de la ciudad. Más allá de ser simplemente elementos decorativos o medioambientales, estas infraestructuras deben ser consideradas como impulsores fundamentales que desempeñen un papel clave en la configuración de ciudades más resilientes, sostenibles y equitativas.

La premisa anterior resalta la importancia de no limitarse a la estética, sino de considerar también la funcionalidad y el impacto social de las infraestructuras verdes al planificar y desarrollar entornos urbanos. La integración deliberada de elementos naturales dentro de las estructuras urbanas se revela como esencial para fomentar comunidades más saludables y equitativas en un mundo urbano en constante evolución. La incorporación de huertos y espacios verdes en estos entornos no solo contribuye a la sostenibilidad ambiental, sino que también promueve la cohesión social y la equidad (Lang y Heasman 2004).

La desigualdad socioeconómica, por ejemplo, emerge como un factor fundamental en la configuración de desafíos nutricionales y transformaciones en los hábitos alimentarios. Sen

(1999) sostiene que la desigualdad no solo limita la capacidad de acceso a alimentos adecuados, sino que también restringe la libertad de elección alimentaria, dando origen a la privación alimentaria. Este concepto resuena con la idea de Popkin (2011), quien explora cómo las desigualdades socioeconómicas influyen en las transiciones alimentarias. La disponibilidad y accesibilidad de alimentos, en contextos de desigualdad, propician la adopción de patrones dietéticos poco saludables.

La distribución desigual de áreas verdes y los procesos de gentrificación verde en América Latina evidencian cómo la producción del espacio urbano está influenciada por dinámicas de poder, exclusión y apropiación diferenciada de los bienes comunes. En Quito, por ejemplo, existe asociación entre la distribución y accesibilidad al verde urbano y el nivel socioeconómico de los habitantes de Quito. Se devela injusticia ambiental por la relación entre barrios con entornos ambientalmente favorables y niveles socioeconómicos altos, mientras los déficits de áreas verdes y accesibilidad se manifestaron en barrios con bajos niveles socioeconómicos (Gómez 2020). Esta distribución refleja lo que Harvey (1985) denomina la "producción desigual del espacio", donde la mercantilización del suelo urbano restringe el acceso a bienes ambientales a sectores de altos ingresos, generando una ecología urbana excluyente.

Este fenómeno se vincula a procesos más amplios de transformación urbana que, en algunos casos, derivan en lo que Anguelovski et al. (2019) conceptualizan como "gentrificación verde". En Quito, el barrio La Floresta ilustra este proceso: originalmente habitado por familias de clase media y sectores populares, ha experimentado una reconfiguración urbana impulsada por la valorización de su entorno ecológico y cultural. La llegada de la "clase creativa" y la inserción de nuevas economías alternativas han transformado el uso del suelo y la dinámica económica del barrio, generando tanto oportunidades como desafíos en términos de inclusión y preservación de la identidad barrial (Cevallos-Aráuz 2018; Páez y Samaniego 2023).

Fenómenos similares se han documentado en otras ciudades latinoamericanas. En Buenos Aires, la renovación del Ecoparque en el barrio de Palermo ha sido parte de iniciativas de regeneración ecológica que buscan conservar especies autóctonas y promover la educación ambiental (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, s.f.). Sin embargo, estas transformaciones también pueden estar asociadas a procesos de revalorización inmobiliaria y cambios en la composición social del área. En Bogotá, la recuperación del humedal Juan Amarillo ha llevado a la

revalorización del suelo y la expulsión de comunidades de bajos ingresos, evidenciando las complejidades de las intervenciones ambientales en contextos urbanos (Torres y Martínez 2021).

1.1.2. Ambientes urbanos alimentarios desiguales

Para Patel (2008) la conexión entre desigualdad y sistemas alimentarios globales es clave para entender la perpetuación de la malnutrición a nivel mundial. Las desigualdades estructurales en estos sistemas generan inequidades en la distribución de recursos alimentarios. Las áreas urbanas segregadas, marcadas por desigualdades, experimentan ambientes alimentarios desiguales (Drewnowski y Almiron-Roig 2010). La falta de acceso equitativo a alimentos saludables contribuye a la reproducción de disparidades nutricionales en entornos urbanos. Las disparidades estructurales en la producción, distribución y acceso a alimentos se manifiestan como determinantes cruciales que configuran ambientes alimentarios desiguales (Lang y Heasman 2004). El espacio urbano ha crecido a costa de la destrucción del espacio rural que le rodea (Páez 2021). La pérdida de áreas verdes, la capacidad productiva circundante y el aumento de las necesidades de aprovisionamiento de alimentos en las zonas urbanas, profundiza la dependencia de los flujos de alimentos cada vez más alejados de la ciudad e influye en los ambientes o entornos alimentarios (Páez 2021). Esto no solo encarece los alimentos, sino que en perspectiva de Cuéllar (2011), se da paso a desigualdades de disponibilidad de alimentos y de capacidades físicas y económicas de la población para tener acceso a ellos, dentro de contextos diversos individuales, culturales y organizativos. Para Moragues-Faus y Morgan (2015) los flujos alimentarios se relacionan con dinámicas y procesos de gentrificación ecológica donde, por ejemplo, los consumidores de comida orgánica (industrializada) suelen pertenecer a clases sociales acomodadas.

Los ambientes alimentarios se consideran como el conjunto completo de factores que influyen en cómo las personas adquieren, eligen y consumen alimentos y bebidas. Estos factores incluyen elementos como estrategias de marketing, publicidad, ubicación geográfica, accesibilidad y otros aspectos que afectan las decisiones alimentarias de las personas (Grier y Kumanyika 2008). Un entorno alimentario sano estimula la elección y consumo de alimentos y platos saludables (Ortega y Castañeda 2018). En contraste, un ambiente alimentario no saludable o propenso a la obesidad fomenta el consumo de alimentos ultraprocesados altos en calorías que contribuye al desarrollo de enfermedades crónicas como la obesidad y el sobrepeso (Martí, Calvo y Martínez 2021).

Indagar en los ambientes alimentarios se vuelve necesario para comprender cómo las conductas individuales alimentarias son influenciadas por contextos mayores (Gálvez et al. 2017).

Gálvez et al. (2017) propone un marco conceptual que organiza los AA en cinco categorías distintas: el de abastecimiento, el de espacios públicos, el institucional y organizacional, el de restauración, y, considerado uno de los más intrincados, el ámbito doméstico. Esta complejidad se atribuye a la variabilidad de estilos de vida presentes en cada hogar, así como a la singularidad derivada de las costumbres, preferencias culinarias y métodos particulares de producción y cocina.

El ambiente alimentario de abastecimiento es un concepto que abarca desde la producción y distribución de alimentos hasta su acceso y consumo, y su análisis revela desigualdades sistemáticas que afectan a diversas comunidades. Autores como Swinburn et al. (2011) subrayan cómo las disparidades en la producción agrícola a menudo generan entornos alimentarios desfavorables en regiones marginadas. La falta de acceso a recursos agrícolas y tecnologías agronómicas modernas limita la capacidad de estas comunidades para cultivar alimentos nutritivos y sostenibles, contribuyendo así a la brecha en la calidad de los productos disponibles.

En el aspecto del acceso económico, autores como Drewnowski y Specter (2004) han evidenciado que las desigualdades económicas tienen un impacto directo en la capacidad de las personas para acceder a alimentos saludables. Las áreas con bajos ingresos a menudo carecen de locales comerciales que ofrezcan opciones frescas y saludables, perpetuando un entorno alimentario desigual donde las opciones más accesibles son alimentos altos en calorías y bajos en nutrientes, aumentando así el riesgo de enfermedades relacionadas con la dieta (Drewnowski y Specter 2004).

Por otro lado, la influencia del marketing y la publicidad en las decisiones alimentarias es resaltada por autores como Story y French (2004), quienes señalan cómo las comunidades con menos recursos son a menudo el blanco de tácticas publicitarias agresivas de alimentos ultraprocesados. Esto contribuiría a patrones dietéticos menos saludables, reforzando las desigualdades en la salud y el bienestar. La disponibilidad desigual de información de infraestructura alimentaria y la falta de educación nutricional también perpetúan estas disparidades. Es así que las comunidades marginadas a menudo enfrentan la falta de tiendas de alimentos cercanas, lo que limita su acceso a opciones frescas y nutritivas y crea desiertos

alimentarios (Walker et al. 2010). Esta infraestructura alimentaria desigual contribuye significativamente a las disparidades en la salud y la nutrición.

El ambiente alimentario en espacios públicos, que abarca desde pequeños quioscos, restaurantes y cafeterías ambulantes hasta puestos de comida callejera, presenta desafíos similares en términos de desigualdades en el acceso a opciones saludables y nutritivas. Autores como Glanz et al. (2005) han examinado cómo la ubicación y la densidad de establecimientos alimentarios en espacios públicos pueden tener un impacto significativo en los patrones de alimentación de las comunidades. Las áreas urbanas a menudo experimentan una concentración de establecimientos de comida rápida y opciones menos saludables, exacerbando las desigualdades nutricionales. Inagami et al. (2009), exploró la relación entre la concentración de restaurantes de comida rápida y el índice de masa corporal, evidenciando la conexión directa entre el entorno y la salud. Por su parte Larson et al. (2009) identificó disparidades en el acceso a alimentos saludables, subrayando cómo la ubicación geográfica influye en la disponibilidad de opciones nutritivas. Además, las investigaciones de Powell et al. (2007) y Caspi et al. (2012) revelaron que la accesibilidad a alimentos saludables incide en las elecciones dietéticas, destacando la necesidad de abordar la oferta de opciones nutritivas para mejorar la salud de la comunidad. Estos estudios en conjunto enfatizan la importancia de considerar el entorno alimentario al desarrollar estrategias para promover hábitos alimenticios más saludables.

Los locales con opciones más saludables a menudo tienen precios más elevados, excluyendo a aquellos con bajos ingresos de elegir opciones más nutritivas (Caspi et al. 2012). Esto contribuye a la creación de entornos alimentarios en los que las opciones menos saludables son más accesibles desde el punto de vista económico y donde la publicidad y el marketing juega un rol importante. Para Harris et al. (2009) la publicidad de alimentos, especialmente en lugares concurridos como estaciones de transporte público, puede influir en las elecciones alimentarias. Las comunidades desfavorecidas, que a menudo utilizan más el transporte público, pueden estar más expuestas a mensajes publicitarios que promueven alimentos menos saludables, contribuyendo así a desigualdades en la dieta (Harris et al. 2009), originando "desiertos alimentarios", limitando las opciones nutritivas y contribuyendo a disparidades en la salud (Ramos 2015).

Los ambientes alimentarios institucionales y organizacionales se refieren a la provisión de alimentos en áreas como cafeterías, quioscos y máquinas expendedoras destinadas a satisfacer las necesidades nutricionales de los miembros de comunidades específicas, tales como escuelas, centros educativos, incluyendo instituciones de educación superior, empresas, servicios públicos, entre otros (Gálvez et al. 2017). El mismo autor señala que, en muchos casos, las instituciones educativas y organizaciones empresariales pueden presentar diferencias marcadas en la calidad y diversidad de las opciones alimentarias ofrecidas. Esta disparidad puede reflejar desigualdades económicas, ya que aquellos con recursos financieros limitados podrían tener acceso a alimentos menos saludables o con menor valor nutricional.

Además, autores como Drewnowski y Almiron-Roig (2010) subrayan que las desigualdades en el acceso institucional a alimentos saludables también pueden derivarse de factores geográficos, donde establecimientos con presupuestos menores pueden tener acceso limitado a cadenas de locales que ofrezcan productos frescos y nutritivos.

En el ámbito organizacional, autores como Turner y Collinson (2012) han destacado cómo las jerarquías y las estructuras internas pueden influir en las oportunidades de acceso a alimentos de calidad. Los trabajadores en niveles inferiores de la jerarquía organizacional pueden enfrentar restricciones económicas que limitan su capacidad para elegir opciones alimentarias más saludables, contribuyendo así a desigualdades palpables en el entorno laboral. La brecha en las opciones alimentarias también se vincula con cuestiones de equidad social. Para Loopstra et al. (2019) las desigualdades socioeconómicas impactan la capacidad de las personas para tomar decisiones alimentarias informadas, resultando necesario intervenciones específicas para abordar estas disparidades.

En adición, el ambiente alimentario de restauración hace referencia a las comidas consumidas fuera del hogar, en establecimientos tales como restaurantes, bares, hoteles o locales de comida rápida; de igual manera, en la vivienda de familiares o amigos (Gálvez et al. 2017). La complejidad de una experiencia alimentaria fuera de casa, puede presentar desafíos asociados con la disponibilidad de opciones saludables y la influencia de la conveniencia en la calidad nutricional. Según Nestle (2007), la industria alimentaria, que abarca desde establecimientos de comida rápida hasta otros sectores, suele dar prioridad a la maximización de ganancias y a la conveniencia por encima de la consideración de la salud. Esta preferencia puede resultar en la

oferta de alimentos que son ricos en calorías, grasas saturadas y azúcares, lo que, a su vez, contribuye al problema de la obesidad y otros desafíos relacionados con la salud. Para Slater et al. (2016) la conexión entre el entorno social y las decisiones alimentarias fuera del hogar, los elementos sociales, tales como las normativas culturales y las interacciones sociales, desempeñan un papel significativo en la formación de preferencias alimentarias y en la disposición hacia opciones saludables en entornos de restauración.

Finalmente, el ambiente alimentario doméstico se trata de uno de los entornos alimentarios más intrincados, dada la diversidad de estilos de vida presentes en cada hogar, y la singularidad inherente a la alimentación, la cocina, las costumbres y las elecciones alimentarias (Gálvez et al. 2017). En este entorno, las disparidades socioeconómicas surgen como un componente fundamental, y autores como Drewnowski y Almiron-Roig (2010) han resaltado cómo los hogares con recursos económicos limitados enfrentan desafíos en el acceso a opciones alimentarias nutritivas, contribuyendo así a patrones dietéticos menos saludables. La disponibilidad de tiendas de comestibles con opciones saludables experimenta variaciones significativas según la ubicación geográfica, ejerciendo un impacto desproporcionado en las comunidades de bajos ingresos. La carencia de acceso a alimentos frescos en determinadas áreas contribuye a la continuación de las diferencias alimentarias, enfatizando así la necesidad de implementar políticas destinadas a abordar estas desigualdades espaciales (Beaulac, Kristjansson y Cummins 2009).

La relación entre cambio de dietas y sistemas alimentarios se ha visto influenciada por la transición nutricional, un fenómeno global que describe los cambios en los patrones de alimentación hacia una mayor ingesta de alimentos procesados y altos en calorías. Este cambio, documentado por Popkin (2011), está vinculado a la globalización y ha llevado a la homogeneización de las dietas en todo el mundo, afectando negativamente la salud pública (McMichael 2009). A medida que las ciudades experimentan una urbanización acelerada, se observa una concentración de malnutrición, especialmente en sectores urbanos empobrecidos (Drewnowski y Almiron-Roig 2010). Lo cual refleja las desigualdades socioeconómicas y ambientales presentes en entornos urbanos (Swyngedouw 1996).

La seguridad alimentaria urbana en estos entornos es discutida por la FAO (2017), quien subraya la necesidad de abordar no solo la disponibilidad de alimentos, sino también la equidad en el

acceso y la distribución, lo cual implica una comprensión más profunda de las estructuras de poder que determinan quién tiene acceso a alimentos nutritivos y quién no. Así también, la soberanía alimentaria y la conexión entre los programas públicos de adquisición de alimentos y el desarrollo urbano sostenible, subraya la necesidad de enfoques integrales para abordar la malnutrición urbana (Wittman y Blesh 2017).

En consideración a lo expuesto, resulta evidente que la interconexión intrínseca entre desigualdad, malnutrición y cambios en patrones alimentarios no solo es un fenómeno aislado, sino que está intrínsecamente ligada a la forma en que se concibe y planifica los entornos urbanos. Por eso, la visión que destaca la importancia de las infraestructuras verdes urbanas como catalizadores para la transformación de las ciudades hacia socionaturalezas más justas y ecológicas adquiere cada vez más relevancia, enfatizando, sobre todo, el potencial transformador de iniciativas colectivas impulsadas desde la sociedad civil (comunes urbanos). Al mirar hacia el futuro, la oportunidad de crear espacios más inclusivos, sostenibles y vibrantes se presenta como una meta alcanzable, siempre y cuando exista la capacidad de reconocer y abordar las desigualdades arraigadas en la producción de naturaleza urbana. Es imperativo no solo reconocer estas interrelaciones, sino también actuar de manera colaborativa y reflexiva para forjar un camino hacia ciudades más equitativas y armoniosas.

1.2. Los comunes urbanos: una alternativa para superar los ambientes urbanos alimentarios y verdes desiguales

Desde la perspectiva de Wittman y Blesh (2017) se plantea que las comunidades urbanas deben tener la capacidad de tomar decisiones autónomas respecto a sus sistemas alimentarios, lo que implica una participación activa en todas las etapas, desde la producción hasta el consumo de alimentos. En ambientes alimentarios desiguales surgen iniciativas de base que buscan transformar las desigualdades socioambientales y alimentarias en entornos urbanos informales a través de la producción local de alimentos. Esto contrasta con el modelo dominante de producción industrial y distribución masiva.

Los huertos urbanos o nuevos paisajes alimentarios entendidos como híbridos socionaturales desempeñan un papel importante como espacios verdes propicios que, en barrios desfavorecidos construyen soberanía alimentaria, justicia socioecológica e impulsan un cambio sociopolítico, poniendo en práctica iniciativas sostenibles a escala local (Classens 2015). En este sentido, los

movimientos por la justicia alimentaria y ambiental urbana buscan conectar formas más democráticas de planeamiento con un nuevo flujo de alimentos (Moragues-Faus y Morgan 2015), frente a la desigualdad estructural capitalista y los procesos políticos en la producción social de la desigualdad urbana (Heynen, Perkins y Parama 2006), la malnutrición, el hambre, la obesidad y la desigualdad socioespacial (Villar 2016).

Las contrapropuestas de base buscan la soberanía y la seguridad alimentaria, la calidad, lo natural, lo ecológico, la justicia social, lo artesanal, la proximidad y la autenticidad en la alimentación a través de agrupaciones de productores, mercados locales de productores, cooperativas, grupos de consumo agroecológicos o proyectos de huertos comunitarios (González-Romero y Cánovas-García 2021). Estos últimos pueden denominarse "comunes urbanos", entendidos como espacios compartidos en áreas urbanas, gobernados por regímenes de propiedad común a través de la autogestión de recursos naturales de uso común (Castro-Coma y Martí Costa 2016), donde la racionalidad colectiva prima por sobre la individualista (Fiore 2019). Aquí, el foco central se encuentra en el consenso compartido por la comunidad, basado en la construcción de formas de vida comunitarias que tienen como objetivo garantizar la utilización sostenible de los recursos a largo plazo, con el fin de asegurar la continuidad de la vida en el territorio y en el planeta (Molina, Peña y Merino 2015).

El concepto de bienes comunes ha sido ampliamente debatido y reformulado desde los estudios pioneros de Elinor Ostrom (1990), quien demostró que las comunidades pueden gestionar de manera efectiva sus propios recursos a través de estructuras organizacionales autogestionadas. En su obra *Governing the Commons: The Evolution of Institutions for Collective Action*, Ostrom argumenta que, bajo ciertas condiciones, las comunidades pueden evitar la "tragedia de los comunes" y establecer reglas de uso que aseguren la sostenibilidad de los recursos naturales compartidos. Esta visión se centró en bienes tangibles, como los bosques, el agua y las pesquerías, destacando la importancia de las instituciones locales y la toma de decisiones participativa en la gestión sostenible.

Sin embargo, el debate sobre los comunes ha evolucionado en las últimas décadas, expandiéndose más allá de los recursos naturales y abarcando bienes intangibles, urbanos y digitales. Bollier y Helfrich (2012) han argumentado que los bienes comunes no deben entenderse solo como recursos, sino también como prácticas colectivas "*commoning*", en las que

la cooperación social es un elemento central en su reproducción y sostenibilidad. De esta manera, los comunes ya no se limitan a lo biofísico, sino que incluyen conocimientos, cultura, espacios urbanos y redes de solidaridad.

En este contexto, Linebaugh (2008) introduce la idea de que los comunes no existen por sí mismos, sino que son producidos activamente por las comunidades que los practican. Desde esta perspectiva, los huertos urbanos pueden considerarse bienes comunes no solo por el acceso compartido a la tierra, sino también por la producción de conocimientos agroecológicos, la generación de redes de apoyo y la creación de espacios de resistencia frente a procesos de privatización y exclusión urbana.

En América Latina, la discusión sobre los comunes ha adquirido particular relevancia en el contexto de la autogestión comunitaria de bienes urbanos. Por ejemplo, Harvey (2012) ha analizado cómo los espacios públicos pueden ser concebidos como comunes urbanos en disputa, sujetos a procesos de privatización y gentrificación. Borch y Kornberger (2015) amplían esta noción al examinar cómo los bienes comunes urbanos no solo son espacios físicos, sino también sistemas de gobernanza comunitaria que desafían la lógica del mercado y del Estado.

Esta visión se hace evidente en el caso de México, donde varias comunidades indígenas han desarrollado modelos exitosos de gestión de recursos naturales bajo sistemas de autogobierno (Agrawal 2001). Sin embargo, la aplicación de la teoría de los comunes en el ámbito urbano va más allá de los recursos naturales y se extiende a la creación de formas de vida sostenibles, como lo han evidenciado investigaciones sobre huertos urbanos en ciudades como Quito, Bogotá y Buenos Aires (FAO 2014; Jardín Botánico de Bogotá 2023; Schonwald y Pescio 2020).

En la ciudad de Buenos Aires, los huertos urbanos comunitarios han surgido como espacios gestionados por la comunidad para la producción de alimentos frescos. Una investigación de Hernández y Thompson (2018) enfatiza cómo estos huertos no solo mejoran el acceso a alimentos frescos, sino que también fortalecen los lazos comunitarios y la seguridad alimentaria. La participación en proyectos de agricultura urbana, como huertos comunitarios, está vinculada a un mayor sentido de pertenencia y conectividad con la comunidad (Zutter y Stoltz 2023). Al compartir la responsabilidad de cuidar y cultivar el huerto, los participantes desarrollan un sentido de pertenencia compartida y de responsabilidad hacia el espacio común (Carney et al.

2012). Este sentido de comunidad puede extenderse más allá del huerto mismo, influyendo en la forma en que los residentes se perciben y se relacionan en el entorno urbano más amplio.

Al respecto, la obra de Wakefield et al. (2007) aporta perspectivas adicionales sobre cómo la colaboración en huertos urbanos puede promover la inclusión social y la equidad dentro de las comunidades urbanas. Tanto Carney et al. (2011) como Wakefield et al. (2007) enfatizan en que la diversidad de participantes en la gestión del huerto no solo refleja la composición heterogénea de las comunidades urbanas, sino que también ofrece oportunidades para el intercambio intergeneracional de conocimientos y experiencias. Esta exclusividad refuerza la idea de que la colaboración en huertos urbanos desempeña un papel clave en la construcción de comunidades más equitativas, donde la agricultura se convierte en un punto de encuentro para la integración social y la igualdad de oportunidades.

Mientras que los huertos urbanos fomentan la producción local y la participación de la comunidad, los bancos de alimentos de autogestión comunitaria en São Paulo se centran en la distribución equitativa de alimentos para abordar la inseguridad alimentaria. De acuerdo con Marques y Bógus (2018), estas iniciativas se configuran como mecanismos clave para garantizar que los recursos alimentarios lleguen a aquellos que más lo necesitan, abordando así las disparidades en el acceso a alimentos nutritivos.

La importancia de la complementariedad entre estas iniciativas radica en su capacidad para abordar diferentes aspectos de la problemática alimentaria urbana. Los huertos urbanos, al impulsar la producción local y la participación comunitaria, pueden contribuir a la autonomía alimentaria y a la creación de comunidades más resilientes. Por otro lado, los bancos de alimentos comunitarios ofrecen una respuesta directa a la inseguridad alimentaria al canalizar alimentos a aquellos que enfrentan dificultades económicas.

Los huertos comunitarios emergen como poderosos instrumentos de empoderamiento y resistencia frente a la desigualdad, especialmente para comunidades económicamente desfavorecidas. Investigaciones como el trabajo de Wakefield et al. (2007) resaltan cómo estos huertos no solo representan espacios de producción de alimentos, sino que se convierten en sitios de empoderamiento donde los individuos de bajos ingresos pueden participar activamente en la producción de sus propios recursos alimentarios.

Finalmente, la noción de huertos urbanos como bienes comunes, como explica Hess (2008), se alinea con la idea de que estos espacios de cultivo son recursos compartidos que pueden ser gestionados de manera colectiva para beneficio de toda la comunidad. Al considerar los huertos urbanos desde esta perspectiva, se revela una poderosa narrativa de resistencia contra las estructuras de desigualdad. La gestión colaborativa, como propone Hess (2008), refleja la aspiración de construir colectivamente un futuro alimentario más justo y accesible. Estos huertos, entonces, se convierten en más que simples espacios agrícolas; representan manifestaciones tangibles de la capacidad de las comunidades para reclamar su espacio en la producción, distribución y consumo de alimentos con implicaciones más profundas como el cambio hacia estilos de vida más sostenibles

1.3. Intersección entre la participación en huertos urbanos y la adopción de estilos de vida sostenibles

En el contexto de la dinámica comunitaria, la participación en huertos urbanos se ha convertido en un tema de interés creciente debido a su potencial para influir en los estilos de vida de los individuos y promover prácticas sostenibles. Según Durkheim (1893), las actividades comunitarias pueden fortalecer los lazos sociales y fomentar un sentido de solidaridad orgánica entre los miembros de una sociedad, lo que puede llevar a la adopción de comportamientos más cooperativos y orientados hacia el bien común.

La teoría del capital social, desarrollada por Bourdieu (1986) y posteriormente ampliada por Coleman (1988) y Putnam (2000), proporciona un marco conceptual útil para entender cómo la participación en actividades colectivas, como los huertos urbanos, puede generar recursos sociales que benefician tanto a los individuos como a la comunidad en su conjunto. La participación en huertos urbanos puede fomentar la creación de redes sociales y el intercambio de recursos, lo que a su vez puede influir en la adopción de prácticas sostenibles en otros aspectos de la vida cotidiana.

Desde una perspectiva más ecológica, autores como Martínez-Alier (2002) y Mol (1996) han argumentado que los estilos de vida sostenibles están estrechamente relacionados con la percepción y la valoración del medio ambiente. La participación en huertos familiares a través de la agricultura urbana puede promover una mayor conciencia ambiental al proporcionar a los individuos una conexión tangible con la naturaleza y los procesos de producción de alimentos.

Además, la experiencia práctica de cultivar alimentos de manera sostenible puede influir en las actitudes y comportamientos hacia la conservación de recursos naturales y la reducción del impacto ambiental.

En este sentido, la agricultura urbana desempeña un papel multifacético al no solo abastecer de alimentos frescos y saludables a las comunidades urbanas, sino también al fomentar una mayor interacción entre los habitantes y su entorno natural (Mougeot 2005). Esta interacción puede dar lugar a una mayor conciencia ambiental y a la adopción de estilos de vida más sostenibles.

Además, la agricultura urbana puede tener un impacto significativo en la seguridad alimentaria de las áreas urbanas al disminuir la dependencia de los sistemas alimentarios convencionales y los largos trayectos de transporte de alimentos, lo que a su vez reduce la vulnerabilidad de estas áreas a interrupciones en el suministro alimentario. Despommier (2010) y Marsden et al. (2019) señalan que la producción y consumo de alimentos locales reduce la huella ecológica asociada con el transporte de alimentos y promueve la seguridad alimentaria a nivel local.

Según Lee et al. (2015) y Orsini et al. (2014), diversas técnicas agrícolas adaptadas a entornos urbanos se destacan por su capacidad para minimizar el consumo de recursos y la utilización de productos químicos. Entre estas técnicas, la agricultura vertical, los sistemas hidropónicos y la práctica del compostaje orgánico emergen como estrategias clave. Estas prácticas no solo están diseñadas para reducir la demanda de agua y energía, sino también para mitigar la dependencia de pesticidas y fertilizantes sintéticos. Desde la perspectiva de estos autores, tales enfoques no solo optimizan la eficiencia productiva en áreas urbanas, sino que también desempeñan un papel fundamental en la preservación de los recursos naturales y en la mitigación de los impactos ambientales inherentes a los métodos agrícolas convencionales.

La investigación en el ámbito de la sociología ambiental ha sido enriquecida por los aportes de varios académicos que han analizado y promovido sistemas de reciclaje y reutilización de materiales orgánicos en la agricultura urbana, con el objetivo de fomentar la economía circular y mitigar la generación de desechos. Dentro de este contexto, autores como Pretty et al. (2005) y Cattaneo et al. (2008) han realizado contribuciones significativas al campo. Sus estudios han destacado la importancia del compostaje de residuos vegetales como una estrategia clave para la gestión sostenible de los recursos naturales en entornos urbanos.

Sin embargo, autores como Smith y Jones (2012) examinaron las percepciones y actitudes de los residentes urbanos hacia la separación de residuos y la participación en programas de compostaje comunitario, subrayando la influencia de factores socioeconómicos y culturales en la adopción de estas prácticas. Es importante señalar que las prácticas de compostaje a nivel comunitario pueden reproducir desigualdades socioeconómicas al beneficiar desproporcionadamente a ciertos grupos mientras marginan a otros, especialmente en contextos urbanos afectados por la gentrificación y la segregación residencial (Hall, Tikku y Heiger-Bernays 2023). En este sentido, además, las escasas políticas públicas relacionadas con el fomento del compostaje en ciudades de diferentes regiones del mundo se convierten en barreras institucionales que obstaculizan su implementación efectiva (Green et al. 2016).

Las infraestructuras verdes, como los techos verdes, los huertos urbanos, las parcelas domésticas y las paredes vegetales, están orientadas a mitigar los impactos negativos del entorno urbano y mejorar la calidad del aire al absorber contaminantes y reducir la contaminación atmosférica (Rowe 2011). Al proporcionar sombra y evitar la evaporación total de agua, la temperatura urbana se vuelve un factor clave en la disminución de la demanda de energía para la conservación del equilibrio de los ecosistemas (Dunnett y Kingsbury 2008).

La regulación de la temperatura en agricultura urbana es crucial para garantizar condiciones óptimas de crecimiento de los cultivos, especialmente en entornos donde se produce un efecto de isla de calor urbano y otras variables ambientales (Gliessman 2007). La utilización de espacios verdes y la plantación estratégica de árboles pueden ayudar a moderar las temperaturas y crear microclimas favorables para el crecimiento de las plantas (Gliessman 2007).

La convergencia entre la agricultura urbana y la agroecología ofrece una perspectiva prometedora para abordar los desafíos alimentarios y ambientales en las ciudades contemporáneas. La agricultura urbana proporciona una oportunidad única para aumentar la resiliencia alimentaria y promover la inclusión social en entornos urbanos (Mbow et al. 2018), mientras que la agroecología ofrece un marco conceptual sólido para desarrollar sistemas alimentarios más sostenibles y justos, centrados en la integración de conocimientos tradicionales y científicos (Gliessman 2007).

La integración de estos dos enfoques y la combinación de prácticas agrícolas urbanas con principios agroecológicos mejora la seguridad alimentaria, promueve la conservación de la

biodiversidad y fortalecer la cohesión comunitaria (Altieri y Nicholls 2017). En tanto la agricultura urbana agroecológica no solo tendría el potencial de aumentar la disponibilidad de alimentos frescos y saludables en áreas urbanas, sino que también podría contribuir a la mitigación del cambio climático y la adaptación a los impactos ambientales (Van Veenhuizen 2006).

La presencia de huertos urbanos no solo promueve la producción local de alimentos frescos y saludables, sino que también fomenta una mayor conciencia ambiental y una conexión más estrecha entre las comunidades y su entorno natural (Mougeot 2005; Twiss et al. 2003). Además, la participación en actividades relacionadas con la agricultura urbana, como el cuidado de huertos comunitarios, no solo ofrece beneficios físicos y emocionales a los individuos, sino que también contribuye a la construcción de comunidades más resilientes y cohesionadas (Wakefield et al. 2007; Altieri y Nicholls 2017).

En este sentido, el sentido de comunidad, entendido como el vínculo afectivo, la pertenencia y la reciprocidad entre los miembros de un grupo social (McMillan y Chavis 1986), se fortalece a través de la interacción cotidiana en estos espacios compartidos. La teoría del sentido de comunidad identifica cuatro dimensiones fundamentales: pertenencia, influencia recíproca, integración y satisfacción de necesidades, y conexión emocional compartida. Los huertos urbanos facilitan el desarrollo de estas dimensiones al proporcionar un entorno donde las personas trabajan colectivamente, intercambian conocimientos y refuerzan la identidad comunitaria a través del cuidado de un recurso común.

Estudios previos han demostrado que los huertos urbanos pueden actuar como espacios de construcción de capital social, promoviendo la cooperación entre vecinos y la generación de redes de apoyo mutuo (Glover, Parry y Shiness 2005). Por ejemplo, en ciudades como Quito y Bogotá, la agricultura urbana ha sido una estrategia clave para fortalecer la cohesión social en barrios con vulnerabilidades socioeconómicas, al tiempo que fomenta el empoderamiento comunitario y la apropiación del espacio público (FAO 2014; Jardín Botánico de Bogotá 2023). De esta manera se convierten en espacios de producción de alimentos y en lugares de encuentro, aprendizaje y crecimiento personal, que reflejan y fomentan estilos de vida más sostenibles y armoniosos con el entorno (Twiss et al. 2003).

A partir de este marco conceptual, la presente investigación busca analizar si estas relaciones entre agricultura urbana, alimentación, cohesión comunitaria y sostenibilidad se reproducen en el caso de estudio del huerto comunitario "60 y Piquito", en Quito. Específicamente, se examina en qué medida la participación en este huerto ha impactado en la seguridad alimentaria de las familias involucradas, en la adopción de prácticas de vida sostenibles y en la consolidación de lazos comunitarios. De este modo, el estudio contribuye al debate sobre los comunes urbanos y la producción social del espacio, permitiendo reflexionar sobre el papel de la AU como estrategia para la democratización del acceso a recursos urbanos, la regeneración ecológica y la construcción de alternativas socioeconómicas basadas en la cooperación y la resiliencia comunitaria.

Capítulo 2. Entre la resistencia y el bienestar: configuraciones urbanas en “La Lucha de los Pobres”

El capítulo se centra en analizar el surgimiento del barrio la Lucha de los Pobres en el contexto sociohistórico y urbano de Quito, destacando los procesos socioeconómicos y estructurales que lo propiciaron. Se examinará cómo este barrio se erigió como un espacio de resistencia y organización comunitaria, donde se gestó la iniciativa conocida como “60 y Piquito”, concebida en la promoción de una alimentación saludable, prácticas sostenibles y un ambiente propicio para la salud.

2.1. Quito: una revisión breve de su proceso de urbanización en el tiempo

Durante la colonización española, la ciudad de Quito se erigió como un destacado centro político y religioso en la región andina. Según De Velasco (1840), en su obra "Descripción de Quito", la ciudad se convirtió en un punto crucial de la administración colonial española en el Virreinato de Nueva Granada. Para Pimentel (1999) el papel preeminente de Quito como sede de la Real Audiencia, fue ser órgano judicial de gran importancia en el virreinato. Este hecho, junto con la presencia del Arzobispado y la Iglesia Católica como instituciones dominantes, consolidaron a Quito como un centro de poder político y religioso durante el periodo colonial español (Pimentel 1999).

Asimismo, las crónicas de la época, como las de Juan de Velasco (1789) en su "Historia del Reino de Quito en la América Meridional", detallan cómo la presencia de estas instituciones influenció el desarrollo urbano y arquitectónico de la ciudad. De acuerdo con De Velasco (1789), la construcción de monumentos y edificaciones coloniales emblemáticas, como la Basílica del Voto Nacional y el Palacio de Carondelet, no solo simbolizaban el poder político y religioso, sino que también contribuían a la consolidación de la identidad urbana de Quito en ese periodo (De Velasco 1789).

Durante la Revolución Liberal entre 1895 y 1910, el desarrollo urbano de Quito experimentó transformaciones significativas, enmarcadas en la consolidación del Estado nacional y la introducción de relaciones capitalistas de producción. Según Pérez (2010), este periodo se caracterizó por el predominio de políticas económicas liberales que fomentaron la industrialización y modernización de la infraestructura urbana, lo que impulsó un rápido crecimiento urbano y la expansión de la ciudad. Según Carrión (2006), las reformas liberales

impulsadas a principios del siglo XX en Quito no solo promovieron la industrialización y la modernización de la infraestructura urbana, sino que también reforzaron la centralización del poder estatal y la planificación regulatoria, reconfigurando la estructura socioeconómica y política de la ciudad.

El proceso de urbanización dual en Ecuador entre 1895 y 1910, como menciona Pérez (2010), reflejó la coexistencia de dos dinámicas urbanas contrastantes: por un lado, el centro urbano tradicional, caracterizado por su estructura colonial y su organización social jerárquica; y, por otro, la consolidación de un nuevo centro moderno, vinculado al crecimiento del comercio y la incipiente industrialización (Carrión 2006). Esta transformación urbana fue impulsada por las reformas liberales, que promovieron la expansión de la infraestructura, el desarrollo económico y la integración del país a nuevas dinámicas de modernización.

Entre 1910 y 1960, Quito atravesó una etapa de expansión gradual, influenciada por la consolidación del Estado nacional y la integración económica. Durante este periodo, el crecimiento urbano estuvo marcado por la mejora del sistema de transporte, la instalación de servicios básicos y la proliferación de barrios en la periferia, que acogieron a migrantes del campo en busca de oportunidades laborales (Kingman 2006). Además, las élites urbanas impulsaron proyectos de embellecimiento y modernización del espacio público, lo que acentuó la segregación espacial entre sectores privilegiados y barrios populares en crecimiento (Ayala-Mora 2008).

A partir de 1960 y hasta 1980, Quito experimentó transformaciones profundas ligadas a la modernización capitalista del Estado y el crecimiento de la sociedad civil como actor en la planificación urbana (Carrión y Erazo 2012). La acelerada urbanización, resultado del aumento demográfico y la migración campo-ciudad, dio lugar a la proliferación de asentamientos informales y a la expansión desordenada del tejido urbano. Frente a esta realidad, la planificación urbana comenzaría a jugar un rol más determinante, con políticas orientadas a regular el crecimiento de la ciudad y mejorar la provisión de infraestructura básica.

Según López (2008), durante el periodo de 1960 a 1980, Quito experimentó un rápido crecimiento demográfico y urbano, impulsado por la migración interna y el desarrollo industrial. Este crecimiento llevó a una expansión de la ciudad hacia nuevas áreas periféricas, especialmente en el sur, donde se establecieron barrios populares en respuesta a la crisis habitacional (López

2008). Paralelamente, Martínez (2015) señala que la influencia de políticas estatales de modernización y la construcción de infraestructura urbana, como carreteras, puentes y edificaciones públicas, transformaron la ciudad. Sin embargo, estas políticas no fueron suficientes para garantizar el acceso equitativo a la vivienda, lo que generaría un aumento de asentamientos informales en zonas periféricas.

En este contexto, surgieron movimientos sociales y cooperativas de vivienda que buscaban garantizar el acceso a la tierra y mejorar las condiciones de vida de los sectores populares (Carrión y Erazo 2012). Fue en este periodo que se gestó el proceso que llevaría a la formación del barrio Lucha de los Pobres (LDLP). Ante la falta de alternativas habitacionales y los altos costos de vivienda en el centro de Quito, muchas familias optaron por la ocupación de terrenos como una estrategia de supervivencia y resistencia a la exclusión urbana.

La influencia de políticas estatales y proyectos de modernización en la transformación de la infraestructura urbana de Quito, como la construcción de nuevas carreteras, puentes y edificaciones públicas dieron lugar no solo a la modernización de la ciudad, sino que también generaron desafíos en términos de planificación urbana, servicios públicos y calidad de vida para los habitantes de Quito (Carrión y Erazo 2012).

El mismo autor señala que en las décadas posteriores a 1980, Quito además experimentó un proceso de gentrificación en algunas áreas de la ciudad, especialmente en el centro histórico y barrios tradicionales. La gentrificación llevó a la renovación de edificios antiguos, la llegada de nuevos residentes de mayor poder adquisitivo y el aumento de los precios de la vivienda, lo que provocó la expulsión de residentes de bajos ingresos y cambios en la estructura social de la ciudad (Carrión y Erazo 2012). El impacto de la gentrificación en la preservación del patrimonio arquitectónico y cultural de la ciudad también ha llevado a la restauración y puesta en valor de edificaciones históricas en el centro de Quito, pero a su vez planteó preocupaciones sobre la autenticidad y accesibilidad de estos espacios para la comunidad local (Páez y Samaniego 2023),

Por otro lado, Pérez (2010), señala que en las últimas décadas del siglo XX y principios del siglo XXI, Quito también experimentó un proceso de descentralización administrativa y económica, con la creación de nuevos municipios y la transferencia de competencias y recursos a nivel local. Este proceso de descentralización tuvo como objetivo mejorar la prestación de servicios públicos y promover el desarrollo local, pero también generó desafíos en términos de coordinación y

planificación urbana a nivel regional. Si bien ha habido intentos de fortalecer la autonomía local, la transferencia de competencias y recursos no siempre ha sido acompañada de una verdadera democratización del poder y ha generado tensiones entre los diferentes niveles de gobierno y ha limitado la participación ciudadana en la toma de decisiones urbanas (Silva 2016).

En tal sentido, la capital de la República del Ecuador se empieza a erigir como un ente simbólico y eje central que incide directamente en la construcción de la identidad ecuatoriana. Su historia y su diversidad económica, social y territorial la definen como un punto neurálgico de convergencia y desarrollo (Moncayo, Carrión y Vallejo 2006). Actualmente es el centro político, administrativo e influye en la configuración de estructuras de poder y toma de decisiones a nivel nacional y regional (Carrión y Vallejo 1994).

Según el Informe de la Comisión de Turismo del Concejo Metropolitano (2020), la ciudad ha reforzado su función turística y educativa, atrayendo visitantes y estudiantes de diversas procedencias, lo cual potencia la interacción cultural y el intercambio de conocimientos. En cuanto a sus conexiones con otras regiones, Quito mantiene relaciones dinámicas con varias provincias del país y con el sur de Colombia, lo que genera una interdependencia territorial clave para su identidad y desarrollo económico (Carrión 2007).

El Quito contemporáneo se presenta como un espacio urbano complejo, influenciado por diversas fuerzas sociales y económicas, donde se entrelazan procesos globales y locales que moldean las experiencias cotidianas de sus habitantes (Sassen 2001). Para Carrión (2006), la estructura urbana de Quito se caracteriza por una amalgama única en la que convergen elementos del pasado colonial y manifestaciones contemporáneas de modernidad. Esta fusión arquitectónica y cultural refleja la dinámica de la ciudad como un espacio de continuo cambio y adaptación. La ciudad se presenta como un mosaico de culturas, etnias y tradiciones que coexisten en un mismo espacio urbano compartido, lo que plantea desafíos en términos de reconocimiento, inclusión y convivencia intercultural (Wenden 2004). Esta diversidad se manifiesta en las prácticas sociales, las celebraciones festivas y la gastronomía local, evidenciando la complejidad de la vida urbana en Quito.

Sin embargo, detrás de esta aparente diversidad y vitalidad, se vislumbran desafíos socioeconómicos y ambientales. De la Torre (2013) analiza cómo la expansión del sector servicios y el surgimiento de una clase media en ciudades latinoamericanas han venido

acompañados por procesos de globalización y urbanización acelerada, que intensifican las tensiones y desigualdades sociales. Por su parte, los desafíos ambientales que enfrenta la ciudad contemporánea —como la gestión de residuos, la contaminación del aire y la pérdida de áreas verdes— no solo afectan el entorno físico, sino que también tienen profundas implicaciones en la calidad de vida y el bienestar de sus habitantes (Ferraro y Fernandez 2020). La activación de espacios públicos y la articulación de redes comunitarias fortalecen la participación ciudadana y la cohesión social, convirtiéndose en estrategias clave para abordar los desafíos urbanos en Quito y construir una ciudadanía activa comprometida con el desarrollo sostenible (Carrión y Erazo 2012).

La localización geográfica de Quito es crucial para entender su desarrollo. Se sitúa en la hoya de Quito, una cuenca interandina, a una altitud de aproximadamente 2,800 metros sobre el nivel del mar. Esta ubicación única ha influido en la topografía de la ciudad, con calles y barrios que se adaptan a las colinas y valles, contribuyendo a la singularidad de su paisaje urbano (Harvey 2012).

El crecimiento urbano en Quito ha sido notorio, marcado por la expansión de barrios y la concentración de servicios en el centro histórico. Este fenómeno ha resultado en la creación de áreas residenciales exclusivas para las clases más privilegiadas, contribuyendo al despoblamiento del núcleo urbano central y dando lugar a la suburbanización, la construcción de nuevas vías, el aumento de la movilidad de quienes optaron por vivir en zonas alejadas y la reubicación de la industria (Serrano y Durán 2020).

La construcción de proyectos inmobiliarios de lujo en Quito —como en El Condado o Cumbayá— genera una marcada división social, donde barrios opulentos colindan directamente con vecindarios populares de condiciones precarias, evidenciando la segregación socioespacial (Seguritización del paisaje urbano 2010). La construcción de enclaves residenciales cerrados para las clases más privilegiadas ha contribuido a la creación de una división cada vez más marcada entre diferentes grupos sociales en la ciudad. Estos enclaves, caracterizados por su exclusividad y acceso restringido, excluyen a aquellos que no pueden costear vivir en ellos, generando una segregación física y simbólica en el tejido urbano. Algunas áreas residenciales exclusivas incluyen Cumbayá y el Valle de Tumbaco en el valle oriental, conocidas por sus condominios cerrados y servicios de alta gama. En el centro norte, La Floresta ha experimentado

gentrificación, convirtiéndose en un barrio de moda con cafeterías y tiendas exclusivas. Estas áreas reflejan la segregación socioespacial, donde las clases privilegiadas acceden a viviendas de lujo y comodidades exclusivas, mientras que otros grupos enfrentan barreras para acceder a estas áreas y sus beneficios (Santillán-Cornejo 2019).

En Quito, como en muchas ciudades globales, las disparidades socioeconómicas y espaciales se reflejan claramente en el acceso a alimentos frescos y saludables. Para Sassen (2001), estas disparidades revelan las desigualdades socioeconómicas en las ciudades, lo que se evidencia en la clara diferencia entre las zonas privilegiadas y las desfavorecidas. En las zonas privilegiadas, caracterizadas por barrios residenciales de clase alta y sectores comerciales de lujo, existe un acceso privilegiado a alimentos frescos y saludables. Estas áreas albergan supermercados, mercados especializados y tiendas gourmet que ofrecen una amplia variedad de productos de alta calidad, así como restaurantes y cafeterías que sirven alimentos orgánicos y de origen local.

Como destacó Harvey (1985), la urbanización desigual contribuye a la concentración de recursos en ciertas áreas de la ciudad, dejando a otras marginadas y excluidas. En estas zonas desfavorecidas, los pequeños mercados y tiendas locales suelen ofrecer principalmente alimentos procesados y de bajo costo, lo que contribuye a problemas de salud pública como la malnutrición y la obesidad.

Como plantea Harvey (2012), las dinámicas urbanas contemporáneas —marcadas por la lógica del capital— tienden a profundizar las desigualdades sociales, perpetuando la exclusión a través del acceso diferenciado a los recursos urbanos, el espacio y el poder. En este sentido, la concentración de recursos y servicios en los enclaves de lujo antes expuestos amplifica las disparidades sociales y limita las posibilidades de movilidad social para aquellos que quedan excluidos de ellos.

La definición clara de los límites de la ciudad se complica debido a los límites periurbanos, representando un desafío para distinguir de manera precisa entre las áreas urbanas y rurales (Ávila 2008). Este desafío se acentúa por el significativo crecimiento del área urbana de Quito entre 1960 y 1980, que alcanzó un aumento del 500% (Carrión y Erazo 2012). Este incremento no solo considera la expansión en superficie, sino también en altura y áreas conurbanas. Durante este periodo, la densidad poblacional disminuyó de 213 a 68 habitantes por hectárea, el parque automotor experimentó un crecimiento superior a seis veces y se produjeron modificaciones

significativas en las relaciones entre el área urbana y el uso y ocupación del suelo (Carrión y Vallejo 1994).

En este escenario, cobra gran relevancia el proceso de urbanización de los valles adyacentes a Quito, donde estos valles asumieron funciones urbanas a medida que se integraban mediante autopistas y carreteras, transformando áreas rurales en zonas urbanas (Carrión y Vallejo 1994). Este fenómeno de crecimiento sustancial en las áreas de expansión y en la periferia de la ciudad estaría estrechamente relacionado con la ocupación y desarrollo de asentamientos ilegales en diversos puntos de la ciudad de Quito. Este vínculo se argumenta considerando la necesidad imperante de vivienda y acceso a la tierra, situaciones que a menudo llevan a comunidades a establecerse en áreas no planificadas ni autorizadas. La falta de reconocimiento legal y de acceso a servicios básicos impulsa la formación de asentamientos informales, generando desafíos tanto para las comunidades como para las autoridades urbanas en la gestión y planificación del desarrollo urbano (Cuvi 2016). Este contexto refleja un aspecto importante de la dinámica urbana que involucra tanto necesidades sociales como desafíos en la planificación urbana y la regularización de asentamientos informales.

2.1.1. De la ocupación a la organización comunitaria: historia, transformación y caracterización actual del barrio Lucha de los Pobres

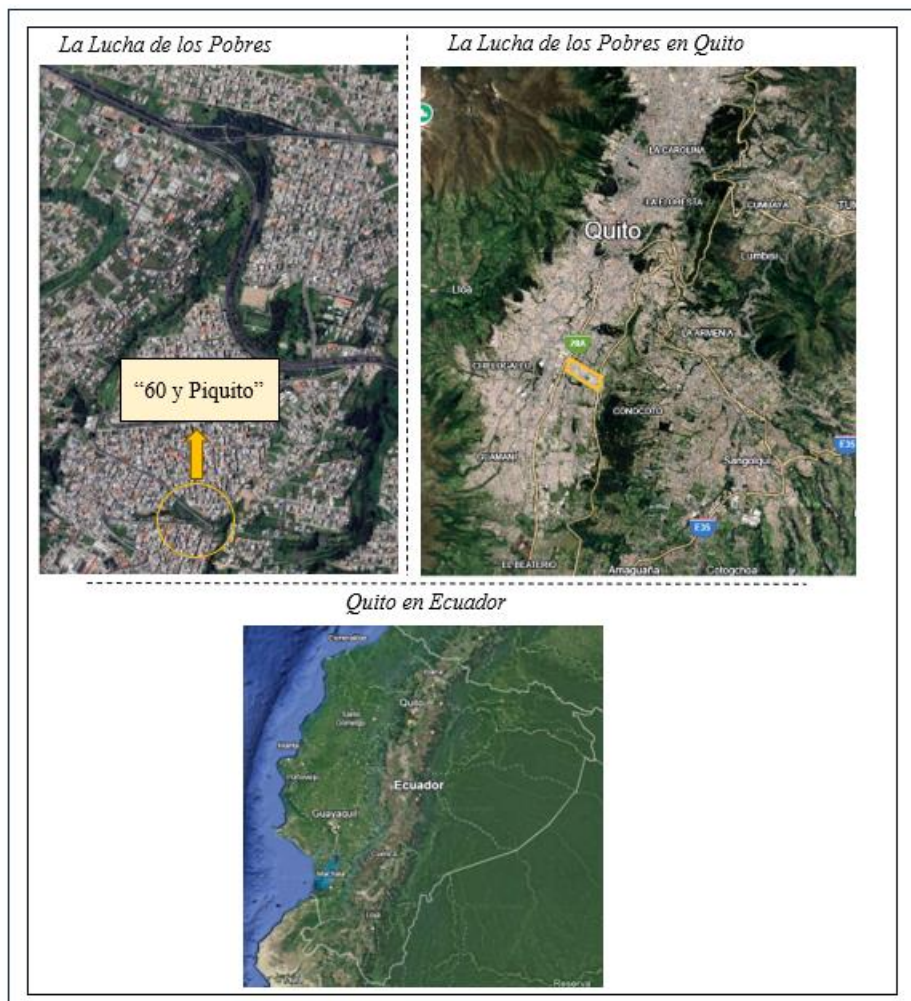
La historia del barrio está marcada por un proceso de apropiación del territorio que, con el tiempo, derivó en la construcción de una comunidad organizada. En 1983, un grupo de familias en situación de precariedad habitacional conformó la pre Cooperativa de Vivienda Lucha de los Pobres, inicialmente denominada Juan Montalvo, con la intención de acceder a tierras de la Hacienda Santa Ana, en el sur de Quito. Ante la imposibilidad de concretar la compra, estas familias ocuparon los terrenos, iniciando un proceso de asentamiento que fue más allá de la construcción de viviendas: implicó la creación de lazos sociales, estrategias de supervivencia y formas de organización barrial (Burgwal 1999).

En sus primeras etapas, los habitantes levantaron sus hogares con materiales disponibles como cartón, plástico, madera y zinc, reflejando las condiciones de exclusión urbana que enfrentaban (Anangonó 2022). Antes de trasladarse a LDLP, los socios de la cooperativa solían vivir en el centro de Quito, principalmente alquilando viviendas. La necesidad de tener una vivienda propia era su principal motivación para trasladarse al barrio (Burgwal 1999). Según García (2005),

obtener o construir una vivienda es un gran desafío para familias de bajos ingresos. Gracias a políticas públicas promovidas por antiguos alcaldes, que buscaban resolver los problemas de los asentamientos informales y mejorar el acceso a servicios básicos, los residentes de LDLP pudieron comprar y regularizar los terrenos de la Hacienda Santa Ana en la década de 1990 (Anangonó 2022).

El barrio Lucha de los Pobres (LDLP) está ubicado en el sur de Quito, dentro de la parroquia La Argelia como se muestra en la figura 1. Se encuentra a una altitud que varía entre 2,879 msnm en la parte baja y 3,170 msnm en la parte alta, extendiéndose sobre 120 hectáreas divididas en tres sectores: bajo, medio y alto. Su ubicación geográfica lo hace una zona susceptible a inundaciones y movimientos de masa, además de estar aislado parcialmente por accidentes geográficos y avenidas principales.

Figura 2. 1. Mapa de ubicación del Barrio Lucha de los Pobres



Fuente: Imagen Satelital tomada de Google Earth 2025.

Actualmente, LDLP cuenta con 38,000 habitantes, de los cuales 52% son hombres (7,142 personas) y 48% son mujeres (6,542 personas). La mayoría de la población se encuentra entre los 10 y 40 años, con un pico en el grupo de 20-30 años, lo que indica una comunidad joven y activa. Si bien la población joven es predominante, el grupo de adultos mayores representa un sector importante de la comunidad, con quienes se centró gran parte de este estudio, evidenciando su rol activo en la vida barrial.

En cuanto a migración, el 71% de los habitantes nacieron en Quito, mientras que otros provienen de otros cantones de Pichincha (9,860 personas), Imbabura (558) y Carchi (401). Además, 577 personas son extranjeras, principalmente de Venezuela, debido a la crisis migratoria que ha afectado a este país desde 2017 (Distrito Metropolitano de Quito 2022).

La autoidentificación étnica en LDLP refleja una diversidad cultural, donde el 88% de la población se identifica como mestiza, seguida de blancos (4%), afroecuatorianos (4%) e indígenas (2%), principalmente de los pueblos Kichwa, Otavalo, Kayambi y Puruha (Distrito Metropolitano de Quito 2022).

En educación, la tasa de alfabetización en LDLP es del 98.5%. Los niveles de instrucción más altos alcanzados corresponden a educación superior universitaria, bachillerato y educación general básica. Sin embargo, el 68% de la población no estaba asistiendo a educación formal en 2022, lo que indica una posible brecha en el acceso a la formación académica y oportunidades de profesionalización (Distrito Metropolitano de Quito 2022).

En términos de ingresos económicos, la principal fuente de ocupación en LDLP es el empleo privado (3,491 personas), seguido por trabajo por cuenta propia (1,418 personas) y empleo público (1,160 personas). Las actividades económicas más comunes incluyen comercio, administración pública y salud humana, mientras que la participación en agricultura, ganadería y energía es marginal. Además, el 44% de la población no trabajó en la semana previa al censo, de los cuales 60% eran estudiantes y 7% tenía un negocio propio, reflejando dinámicas de informalidad y emprendimiento barrial (Distrito Metropolitano de Quito 2022).

Las condiciones de vivienda en LDLP han mejorado desde su fundación. Actualmente, el barrio cuenta con 5,065 viviendas, de las cuales el 51% son casas o villas, el 45% son departamentos en edificios y el resto corresponde a mediaguas e inquilinatos. En términos de propiedad, el 42% de

las viviendas son propias y totalmente pagadas, el 27% están en alquiler o anticresis, el 21% están en proceso de pago y el 6% son prestadas o cedidas.

En cuanto a infraestructura, el 89% de los techos están contruidos en hormigón, el 69% de las paredes en ladrillo y el 55% de los pisos con piso flotante o cerámica. La red vial del barrio está asfaltada y adoquinada, con calles principales que facilitan la movilidad (Distrito Metropolitano de Quito 2022).

Los servicios básicos han mejorado en LDLP. El 99% de las viviendas reciben agua potable de la empresa pública municipal, y el 92% eliminan residuos a través de la recolección municipal. Sin embargo, un 1% de los hogares aún elimina basura en ríos o la quema (Distrito Metropolitano de Quito 2022)..

En términos de energía, el 99% de las viviendas están conectadas a la red pública, aunque algunas han optado por planta eléctrica (153 viviendas) o paneles solares (21 viviendas). El acceso a telecomunicaciones es alto, con gran penetración de teléfonos celulares e internet (Distrito Metropolitano de Quito 2022).

El barrio se encuentra organizado en manzanas que definen su espacio urbano y ecológico (Ríos-Mantilla 2022). Esta división se estableció cuando la cooperativa inicial se transformó en un barrio formal, permitiendo una distribución más clara del suelo y facilitando la gestión comunitaria de los recursos. Cuenta con diversos espacios verdes que han sido incorporados a la dinámica barrial a través de la AU, una práctica que se desarrolla tanto a nivel individual como colectivo. En el barrio, la AU no se limita únicamente a los tradicionales huertos unifamiliares en terrenos privados, sino que también se ha expandido a azoteas, patios internos y espacios públicos, convirtiéndose en una estrategia clave para la producción de alimentos, la generación de ingresos complementarios, la mejora del paisaje urbano y la construcción de redes de cooperación vecinal (Ríos-Mantilla 2022). Además, el barrio cuenta con áreas verdes que brindan servicios ecosistémicos y posibilitan la cría de animales menores, como gallinas (*Gallus gallus domesticus*), cerdos (*Sus scrofa domesticus*) y vacas (*Bos taurus*), los cuales complementan la alimentación de las familias y refuerzan la economía local (Notas de campo, Quito, 26 de junio de 2023).

En el sector medio, especialmente en las manzanas V y W, predominan los huertos urbanos unifamiliares, donde las familias cultivan alimentos para autoconsumo, reforzando la seguridad

alimentaria doméstica (Anangonó 2022). Las familias cultivan hortalizas, legumbres y plantas medicinales, entre otros, aprovechando los recursos.

La AU en azoteas ha cobrado relevancia como una alternativa para la optimización del espacio en un entorno urbano denso, mientras que los patios internos y huertos en áreas comunitarias han permitido fortalecer la soberanía alimentaria y la autosuficiencia de muchas familias, además de contribuir a la regulación térmica y a la reducción del efecto de isla de calor urbana (Anangonó 2022).

Como se muestra en la figura 2, el sector bajo se distingue por iniciativas colectivas, como el huerto comunitario "60 y Piquito", en el cual la comunidad gestiona de manera conjunta recursos naturales como agua, suelo y material genético (Notas de campo, Quito, 26 de junio de 2023).

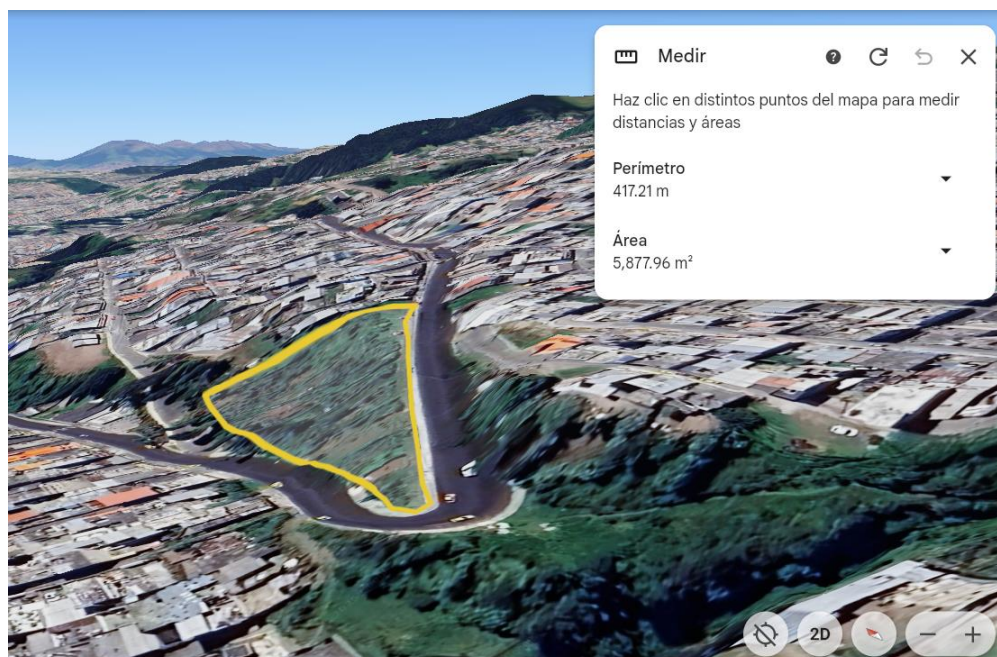
Figura 2. 2. Área de ubicación 60 y Piquito



Fuente: Imagen Satelital tomada de Google Earth 2025.

Como se muestra en la figura 3, este espacio se desarrolla en un terreno con pendientes de entre el 13 % y el 17 %, producto de rellenos parciales con escombros, e interconectado mediante chaquiñanes que presentan complejidades de acceso debido a la topografía accidentada del lugar. Es vulnerable a riesgos como deslizamientos, característicos de asentamientos fuera de los planes urbanísticos oficiales (Cuvi 2016, 108).

Figura 2. 3. Huerto del 60 y Piquito con pendientes de entre el 13% y el 17%



Fuente: Imagen Satelital tomada de Google Earth 2025.

Su nombre, “60 y Piquito”, simboliza la composición particular de su comunidad, integrada principalmente por adultos mayores, en su mayoría mujeres mayores de 60 años, quienes han encontrado en el huerto un eje central para su vida diaria. Su trayectoria consolidada en el barrio Lucha de los Pobres y su rol en la promoción de dinámicas agroecológicas y comunitarias en un entorno urbano popular lo posicionan como un referente clave. Su existencia y funcionamiento dependen exclusivamente de la autogestión de sus habitantes, lo que lo convierte en un caso relevante para analizar la relación entre producción agroalimentaria, cohesión social y sostenibilidad en un espacio comunitario autónomo.

Además, su ubicación en un barrio con historia de ocupación informal y posterior regularización permite analizar cómo la agricultura urbana puede contribuir a la reapropiación del territorio, la recuperación de áreas degradadas y la reconstrucción de vínculos comunitarios en entornos con limitaciones estructurales.

2.2. Configuración urbana, inseguridad alimentaria y resiliencia en el barrio Lucha de los Pobres de Quito

Dentro del marco de la expansión urbana y la ocupación de tierras, la formación del barrio La Lucha de los Pobres en Quito se enlaza con procesos de organización comunitaria y apropiación del suelo por parte de una cooperativa popular, lo que refleja dinámicas de participación local en la planificación urbana (Anangonó 2022). Este barrio ha respondido a las limitaciones y desigualdades en el acceso a la vivienda y la tierra a través de estrategias autónomas. Su asentamiento (en agosto de 1983) informal nace como una respuesta legítima ante la falta de alternativas formales. En este sentido, el surgimiento del barrio puede interpretarse como una manifestación de la creatividad y la autodeterminación de la comunidad ante las restricciones estructurales en el acceso a la vivienda, dando lugar a una configuración propia de sus entornos urbanos, incluso cuando las condiciones formales presentan obstáculos.

La complejidad de la urbanización no planificada guarda una estrecha relación con los asentamientos informales y las desigualdades alimentarias (Davis 2006). La urbanización desigual conduce a la formación de enclaves urbanos donde la falta de servicios básicos, incluidos aquellos relacionados con la alimentación, se vuelve evidente (Davis 2006) y contribuye a la marginalización de comunidades urbanas, afectando sus oportunidades de acceso a recursos alimentarios (Sassen 1991). Esto se traduce en una planificación urbana excluyente que puede dar lugar a la concentración de población en áreas periféricas, donde las limitadas opciones de alimentos y la falta de servicios públicos afectan directamente a comunidades en asentamientos informales (Soja 2000). Tanto Davis (2006) como Sassen (1991) y Soja (2000) proporcionan una lente que permite comprender cómo la formación de estos asentamientos, como el barrio Lucha de los Pobres, se entrelaza con las desigualdades alimentarias y ambientales, resaltando la urgente necesidad de abordar las disparidades en el desarrollo urbano y el acceso a áreas verdes.

A raíz de la Reforma Agraria de 1964 en Ecuador y la eliminación de las relaciones laborales precarias, muchos terratenientes cercanos a Quito optaron por vender sus tierras a especuladores de suelo urbano (Burgwal 1999). En agosto de 1983, surgió la pre Cooperativa de Vivienda Lucha de los Pobres con el respaldo de la Central Ecuatoriana de Organizaciones Clasistas (CEDOC) y el Partido Socialista Popular (PSP). Su objetivo inicial era adquirir tierras para sus

socios, pero tras enfrentar varios intentos infructuosos de compra, tomaron la decisión de ocupar la hacienda Santa Ana y transformarse en una cooperativa formalmente establecida (Burgwal 1999).

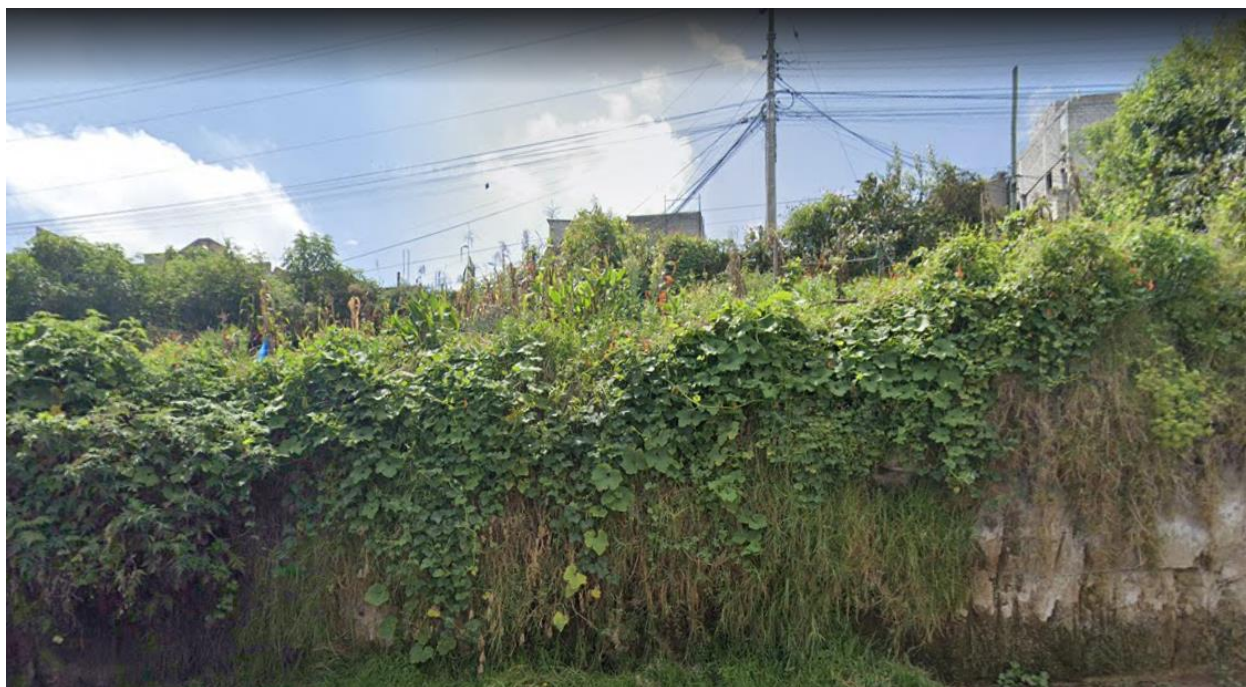
Antes de trasladarse a LDLP, los habitantes de la cooperativa vivían, por regla general, en barrios centrales de Quito, donde la gran mayoría alquilaban una vivienda y contar con una propia fue el principal motivo para trasladarse a la LDLP (Burgwal 1999). Según García (2005) la necesidad de obtener o construir una vivienda es una parte importante de la vida adulta y representa uno de los principales desafíos para las familias de bajos recursos económicos. En tanto una casa propia conllevaría a los socios de la LDLP a ejercer plenamente sus costumbres, tradiciones y desarrollar sus propios medios de vida.

El proceso de urbanización en la LDLP ha sido marcado por la construcción de viviendas en bloque y ladrillo, sin un plan adecuado de ordenamiento territorial. Según Lücke (1999), este enfoque carece de una perspectiva integral y participativa que garantice un desarrollo adecuado, incluyendo aspectos sociales, económicos, ambientales y culturales, para asegurar un nivel de vida óptimo para la población actual y futura, así como la conservación del ambiente.

En la LDLP el crecimiento demográfico ha sido constante. Para 1988 el total de miembros de la Cooperativa bordeaba las 2.000 personas, de las cuales el 85% eran migrantes rurales (Burgwal 1999). En el censo de población y vivienda realizado por el INEC en 2001, el barrio Lucha de los Pobres, contaba con 14.214 habitantes y para el 2022 la población ascendió a 38.000 habitantes. Con la evolución de la población, su crecimiento en tamaño, el ritmo de expansión y distribución espacial, permiten pronosticar razonablemente las demandas sociales locales de servicios públicos, vivienda, seguridad y empleo, entre otros.

El barrio comprende 120 hectáreas y acoge a comunidades de clase media y migrantes provincianos con una arraigada inclinación hacia la actividad agrícola (Ríos-Mantilla 2022). La LDLP exhibe una configuración urbana y ecológica diversa. Cuenta con manzanas denominadas por letras y asociadas a directivas que se ubican en tres sectores, la Lucha Alta, Media y Baja. En las manzanas V y W (ver foto 1) de la Lucha Media emergen huertos urbanos de carácter unifamiliar y comprenden diversas especies alimentarias locales. Mayoritariamente se encuentran delimitados por cercos vivos reforzados con materiales como madera y plástico.

Foto 2. 1. Huertos de las manzanas V y W



Elaboración propia 2025.

La formación de asentamientos informales en Quito —como La Lucha de los Pobres— responde a la falta de reconocimiento legal y acceso a servicios básicos, generando complejos desafíos para las comunidades y las autoridades locales en su planificación y gestión urbana (Cuvi 2016). Las transformaciones de estos entornos se expresan en factores limitantes para el desarrollo potencial de una agricultura urbana sostenible que restringe la autonomía de viabilizar una producción de alimentos sanos y frescos, de generar medios de vida resilientes que fortalezcan las capacidades y conocimientos locales y disminuyan la presión económica.

La configuración espacial y temporal de las huertas urbanas de la LDLP, se encuentra en función del espacio, de los saberes y la agrobiodiversidad local. Tanto las huertas familiares como las comunitarias concentran especies de flora y fauna menor y su funcionalidad no se limita a satisfacer necesidades alimentarias, sino también cumple funciones ambientales, económicas y socioculturales. En entornos urbanos, el desarrollo de estos huertos, responden a problemas como desnutrición, pobreza, desempleo y alimentos de mala calidad, entre otros (Thomas 2014).

Este desarrollo, sin embargo, ha sido desigual, afectando la distribución de recursos, incluyendo el acceso a alimentos y espacios verdes. En la actualidad, la LDLP enfrenta desafíos críticos en términos de abastecimiento alimentario, desnutrición y malnutrición (Nicolalde 2018). Un estudio llevado a cabo en la localidad reveló que una parte significativa de la población reconoce

que su patrón de alimentación no es saludable. Según Nicolalde (2018), aproximadamente un 73% de los encuestados que formaron parte de un estudio nutricional, expresaron que mantener una alimentación adecuada resulta costosa, y carecen de los recursos económicos necesarios para acceder a una dieta equilibrada. La misma autora indica que la desnutrición afecta al 55% de los niños de 0 a 5 años y al 35% de los adultos mayores de 65 años, lo que sugiere la posibilidad de desarrollar enfermedades crónicas como hipertensión y diabetes en esta población vulnerable.

En relación con las enfermedades crónicas, Nicolalde (2018) señala que el 35% de los adultos mayores presenta desnutrición, lo que podría derivar en problemas de salud como hipertensión y diabetes (Araya-Orozco 2004). La hipertensión, a su vez, contribuye al desarrollo y progresión de complicaciones crónicas de la diabetes, como menciona el estudio de Ross et al. (1999), revelando un efecto multiplicador en el riesgo de complicaciones tanto macro como microvasculares.

En cuanto a los hábitos alimenticios en la LDLP, Nicolalde (2018) indica que se caracterizan por un consumo frecuente de alimentos ricos en carbohidratos y grasas. Este patrón alimenticio, según Torres y Tovar (2020), está asociado con diversos problemas de salud en diferentes etapas de la vida, siendo el exceso de carbohidratos y grasas una de las causas principales del aumento de peso y afectando la producción de glucosa hepática (Partearroyo, Sánchez y Varela 2013).

El abastecimiento alimentario en Quito se ve afectado por diversos factores, incluyendo la distribución desigual de recursos y la falta de acceso a alimentos nutritivos en ciertos sectores (Nicolalde 2018). La desnutrición y malnutrición son preocupaciones significativas, y diversas políticas han intentado abordar estos problemas. Entre ellas destaca el Proyecto de Agricultura Urbana AGRUPAR, que busca fomentar la producción local de alimentos y mejorar la seguridad alimentaria. Este proyecto, liderado por la Agencia de Promoción Económica ConQuito, promueve la integración de la agricultura urbana con el desarrollo económico local, la seguridad alimentaria, la planificación territorial y la inclusión social, como respuesta a los desafíos planteados por el crecimiento demográfico, la urbanización y la pobreza (Rodríguez y Proaño 2016).

La Agencia ConQuito, con el objetivo de fortalecer la producción alimentaria en los huertos y preservar la sostenibilidad del entorno natural, se involucra activamente en la LDLP mediante la gestión del conocimiento y la colaboración con actores del espacio comunitario “60 y Piquito”.

Este enfoque estratégico busca abordar de manera integral los retos derivados de la dinámica demográfica y urbanización. Además, se busca consolidar una red de participación que contribuya a la mejora de la calidad de vida de los habitantes de la localidad (Rodríguez y Proaño 2016) sobre la base de políticas que fomenten la producción local y aborden las inequidades en el acceso a alimentos.

Aunque se presume que inicialmente la práctica de la agricultura urbana en el barrio era limitada, fue en el año 2013 cuando el apoyo inicial de la Cruz Roja, seguido por la colaboración de Conquito, propició la creación y desarrollo del espacio "60 y Piquito". Este espacio se dedicó al cultivo comunitario, y actualmente alberga 53 huertos que han fortalecido considerablemente la práctica de la agricultura urbana en el sector. En este ámbito comunitario, las estrategias de manejo están intrínsecamente conectadas con la cultura local y se definen no solo con base en criterios de racionalidad económica, sino también considerando la racionalidad social y agroecológica. La producción de estos espacios no solo se concibe como naturaleza en términos de elementos biofísicos, sino que, según la perspectiva de Domene (2006), también actúan como representaciones de aspectos sociales y culturales más amplios, funcionando como espacios de consumo y producción.

La composición de los cultivos varía a lo largo del año, pero en su mayoría, los huertos se dedican al cultivo de hortalizas y verduras, desempeñando roles cruciales como repelentes de agentes patógenos, fijadores de nutrientes en el suelo y contribuyendo a la seguridad alimentaria, en complemento con otras especies. Según Vilaplana (2004), las verduras y hortalizas, destacadas por su alto contenido de fibra y agua, representan entre el 80% y el 90% de su composición total. Estos alimentos, que contienen cantidades significativas de minerales y vitaminas, son esenciales en la dieta humana, ya que su contenido de carbohidratos nunca supera el 10% (Vilaplana 2004).

El barrio Lucha de los Pobres se enfrenta constantemente a la crítica limitación en el acceso a alimentos frescos. Ante este desafío, la iniciativa innovadora conocida como "60 y Piquito", se destaca por su contribución a la producción alternativa de alimentos frescos. No solo aborda las carencias alimenticias locales, sino que también evidencia la capacidad de las comunidades para generar soluciones prácticas y sostenibles. En particular, Gallup (2022) y Shiva (2016), han examinado las complejidades del sistema alimentario global y destaca las desigualdades en el acceso a alimentos nutritivos, abordando críticamente los fallos del agronegocio y abogando por

la agroecología como una alternativa sostenible. Ambos autores arrojan luz sobre los desafíos alimenticios a nivel mundial y la necesidad imperante de soluciones basadas en la comunidad.

Este contexto local, influenciado por las ideas de estos autores, refuerza la importancia del espacio "60 y Piquitio" como un catalizador para el cambio local en la producción de alimentos frescos. La resiliencia y la capacidad de innovación del Barrio de La Lucha de Los Pobres se manifiestan a través de esta iniciativa, consolidando la idea de que las soluciones a los desafíos alimenticios a menudo surgen de la base comunitaria y de enfoques alternativos. En última instancia, estos autores y sus investigaciones respaldan la necesidad de apoyar y ampliar tales iniciativas comunitarias para abordar las complejidades del acceso a alimentos frescos en entornos urbanos informales.

Capítulo 3. Metodología

El desarrollo de la presente investigación se vio fortalecido por la implementación y desarrollo de un microproyecto denominado "60 y Piquito: Fortaleciendo nuestra tierra y nuestros cultivos", el cual tuvo como objetivo principal fortalecer la sostenibilidad de los huertos urbanos en el espacio comunitario del "60 y Piquito" a través de la implementación de técnicas agroecológicas. El microproyecto en mención fue financiado como parte del proyecto Sustento, liderado en Ecuador por FLACSO a través del Departamento de Economía, Ambiente y Territorio. El proyecto Sustento tiene como objetivo apoyar a comunidades históricamente marginadas con déficits alimentarios, promoviendo alternativas sostenibles y resilientes frente a los desafíos socioambientales del país.

Este proyecto tuvo como objetivo fortalecer la producción de alimentos y mejorar el sistema alimentario local mediante la dotación de insumos agrícolas, semillas, herramientas e intercambio de conocimientos. Se desarrolló durante 12 meses (noviembre de 2023 - noviembre de 2024), permitiendo tanto la aplicación de herramientas de recolección de datos para esta investigación como la interacción directa con los integrantes del huerto comunitario, facilitando el registro de experiencias y aprendizajes en el proceso.

En el marco de este proyecto, se garantizó el respeto a la autonomía y los derechos de los participantes a través de un proceso de consentimiento informado. Se comunicó que su participación fue libre, voluntaria y basada en una comprensión clara de los objetivos y alcances de la investigación. Se explicó detalladamente que el microproyecto, además de fortalecer la producción agroecológica y mejorar el sistema alimentario local, implicaría la recolección de información y datos destinados a la investigación de esta tesis. Se les informó que los datos recopilados serían utilizados exclusivamente con fines académicos y analizados con estricta confidencialidad, resguardando la privacidad y anonimato de los participantes. Asimismo, se les otorgó el derecho de retirarse en cualquier momento sin que esto afectara su acceso a los beneficios del proyecto, garantizando un entorno de confianza, transparencia y reciprocidad en el intercambio de saberes.

En el marco del microproyecto, se llevaron a cabo actividades orientadas a conocer de cerca las costumbres y prácticas de los participantes del huerto, así como los métodos de trabajo colectivo e individual empleados en la producción agrícola. Esto permitió comprender con mayor

profundidad las dinámicas sociales, la cohesión comunitaria y la manera en que los conocimientos agroecológicos se transmiten y adaptan al contexto local.

En la foto 2 se puede observar a parte de los actores de la investigación en un recorrido de asistencia técnica.

Foto 3. 1. Trabajo en campo con los integrantes del “60 y Piquito”



Elaboración propia 2023.

Aunque el huerto comunitario está conformado por 53 huertos familiares, se trabajó con 45 de ellos. De este grupo, 9 personas dejaron de participar en los talleres y actividades planificadas, limitando su interacción a las fases iniciales, donde solo se logró realizar talleres participativos y observación participante. Además, 5 personas no respondieron al llamado para el levantamiento de encuestas, dos de ellas debido a situaciones adversas que les impidieron continuar.

A pesar de estas limitaciones, la acogida general fue positiva, permitiendo un trabajo directo con 31 personas, quienes participaron activamente en encuestas, talleres participativos, una feria y la observación participante. Este proceso se consolidó a lo largo de 12 visitas a la Lucha de los Pobres, fortaleciendo un enfoque colaborativo en la investigación y promoviendo el intercambio de conocimientos y experiencias.

Se aplicaron herramientas de investigación participativa, incluyendo dos entrevistas semiestructuradas dirigidas a dos actores líderes y fundadores de la Lucha de los Pobres. Estas

entrevistas exploraron el papel de los huertos y la agricultura desde los inicios del barrio hasta su evolución actual.

Además, se aplicaron 31 encuestas estructuradas a los integrantes del huerto “60 y Piquito”, con el propósito de recopilar información sobre las características del huerto, situación socioeconómica de las familias, composición del hogar, patrones de consumo alimentario, cultivos sembrados, motivaciones para la participación, prácticas de vida sostenibles y calidad de la dieta, entre otros aspectos. Los datos fueron registrados mediante la aplicación KoBoToolbox en dispositivos móviles, optimizando su procesamiento y análisis.

Se realizaron dos mingas destinadas al cerramiento perimetral de los huertos, en las cuales el proyecto Sustento, a través de un microproyecto, financió los materiales necesarios para la instalación de 417 metros de alambre de púas y aproximadamente 400 postes de madera. Esta intervención, prevista en la planificación inicial, representó un punto de partida clave para el fortalecimiento del huerto. Si bien la seguridad no quedó completamente garantizada, esta mejora permitió a los integrantes del huerto desarrollar sus actividades con mayor confianza y compromiso.

Se llevaron a cabo ocho talleres participativos, diseñados para fomentar una interacción bidireccional, promoviendo el intercambio de conocimientos entre los participantes. Estos talleres se estructuraron en torno a cuatro ejes temáticos clave: manejo de plagas, regeneración del suelo y salud ecológica, empoderamiento y cohesión comunitaria. A lo largo de las sesiones, se entregaron insumos y materiales, como kits de plantas, abonos orgánicos y minerales, como parte del proceso de fortalecimiento de capacidades y aplicación de conocimientos adquiridos como se observa en la foto 3.

Foto 3. 2. Intercambio de conocimiento en prácticas de labranza



Elaboración propia 2024.

En agosto de 2024, como parte de un taller participativo de evaluación, se llevó a cabo el evento Muyu Raymi, un espacio de reflexión colectiva sobre el proceso desarrollado en los huertos. Durante esta jornada, la comunidad identificó los principales factores que han impulsado la consolidación de los huertos, los alimentos incorporados en la dieta familiar y la adopción de prácticas sostenibles en la vida cotidiana. En este taller cada familia utilizó manualidades y materiales gráficos para registrar de manera visual y simbólica los cambios observados en sus huertos. A través de este ejercicio, las familias identificaron las especies con mayor producción en los últimos tres meses, compararon el estado inicial y actual de sus huertos y señalaron los factores que han favorecido su consolidación.

Para el análisis de estos datos, se empleó una estrategia cualitativa basada en el análisis temático y la sistematización visual. Primero, se agruparon los registros gráficos por especies más cultivadas, permitiendo identificar tendencias productivas y patrones de preferencia alimentaria. Luego, se analizaron los cambios en la estructura de los huertos a partir de las representaciones de "antes y después" (ver foto 4), estableciendo categorías de mejora en diversidad de cultivos, manejo del suelo, eficiencia en el uso del agua y adopción de prácticas agroecológicas. Adicionalmente, se realizó una triangulación de datos mediante la comparación con

observaciones de campo, con el objetivo de reforzar la validez de los hallazgos y comprender las motivaciones detrás de la adopción de ciertas prácticas sostenibles en la vida cotidiana.

Foto 3. 3. Ilustración del antes y después del huerto



Elaboración propia 2024.

Otro aspecto central del evento fue el intercambio de las mejores cosechas entre familias (ver foto 5), fortaleciendo dinámicas de reciprocidad y economía solidaria dentro del barrio. La observación participante fue clave en la recopilación de información sobre estas interacciones y en la documentación de aprendizajes compartidos. Posteriormente, se realizaron dos visitas adicionales para completar la recolección de datos mediante la aplicación de las últimas encuestas estructuradas.

Foto 3. 4. Intercambio de su producción en el taller Muyu Raymi



Elaboración propia 2024.

La encuesta se conformó de 51 preguntas abiertas y cerradas y se aplicaron a las 31 personas que lideran el manejo de cada huerto unifamiliar. La encuesta contempló 7 ejes principales y 17 ejes secundarios (ver tabla 1).

Tabla 3. 1. Ejes principales, secundarios y unidades de análisis de la encuesta semiestructurada aplicada a 31 personas

Objetivos	Eje Principal	Eje Secundario	Unidades de Análisis
Indagar en las razones del desarrollo de los huertos y la capacidad de estos para la construcción de sentido comunitario.	Características Sociodemográficas	Identidad y demografía	Género, edad, nivel de estudios, año de estudios completado, si se graduó, identificación cultural, otra identificación.
		Situación laboral	Situación laboral actual, otra situación laboral.
		Migración	Migrante rural, años viviendo en el barrio, miembro fundacional (usted/pareja), personas migradas y su aporte económico.

		Composición del hogar	Número de personas en el hogar, aportes de migrantes, estimación de ingresos del hogar.
		Beneficios gubernamentales	Tipo de bono recibido, otros bonos.
	Condiciones de Vivienda y Uso del Espacio	Tipo de vivienda	Propiedad (casa, departamento), otro tipo de vivienda.
		Presencia de huertos	Tipo de huerta, ubicación, tamaño, responsables del mantenimiento, otra información relevante.
		Cultivos producidos	Cereales, leguminosas, raíces/tubérculos, hortalizas/verduras, fertilizantes utilizados, control de plagas.
	Producción Agrícola	Gestión del huerto	Tiempo del huerto, conocimiento previo, manejo individual/colectivo, frecuencia de trabajo colectivo, motivo de ayuda.
	Relaciones Comunitarias	Participación en actividades comunitarias	Recursos compartidos, colaboración con vecinos, frecuencia de trabajo colectivo, capacitaciones, intercambios.
		Valoración de las relaciones sociales	Impacto del huerto en las relaciones sociales y vecinales.
	Alimentación y Consumo	Frecuencia de consumo	Consumo de cereales, tubérculos, frutas, verduras, lácteos, carnes, dulces, alimentos procesados, snacks, bebidas.

Evaluar la calidad de la dieta de las familias que participan.

		Hábitos de compra	Frecuencia y lugares de compra (supermercado, mercado popular, ferias agroecológicas), criterios de selección (precio, calidad, origen).
	Salud y Bienestar Familiar	Diagnósticos de salud	Enfermedades diagnosticadas (diabetes, hipertensión, etc.), otro tipo de enfermedad.
		Impacto emocional del huerto	Percepción del bienestar físico y mental relacionado con el huerto.
Analizar la incidencia de la participación en el huerto 60 y piquito en el nivel de prácticas de vida sostenibles que realizan sus participantes	Prácticas de Vida Sostenible	Gestión sostenible del hogar	Reciclaje, compostaje, ahorro energético, transporte sostenible, compra de alimentos locales y agroecológicos.
		Motivaciones para la sostenibilidad	Ahorro económico, cuidado del medio ambiente, contribución comunitaria, conciencia climática, mejora de la salud.

Elaboración propia 2024.

La entrevista semiestructurada se dirigió a dos líderes fundadores del barrio, con el propósito de recopilar información sobre la evolución de la agricultura en el barrio y aportar insumos esenciales para construir el contexto histórico y las dinámicas iniciales de producción de alimentos, desde los primeros años hasta la actualidad. El instrumento se estructuró en tres niveles de análisis: ejes principales, que abarcaron la historia de los huertos, las dinámicas socioculturales y su relación con la sostenibilidad; ejes secundarios, donde se exploraron temas como los inicios de los huertos, la planificación urbanística, las transformaciones ocurridas a lo largo del tiempo, los roles de género, el impacto en el tejido social y las proyecciones hacia el futuro; y unidades de análisis específicas, que incluyeron aspectos clave como la organización inicial de los huertos, los cultivos predominantes, el diseño urbanístico, los procesos migratorios, la reducción progresiva de los huertos, la participación comunitaria y el relevo generacional.

Para el tratamiento de los datos cuantitativos, se emplearon técnicas de estadística descriptiva que permitieron organizar, resumir y representar la información en tablas de frecuencias, porcentajes y gráficos. Se aplicaron cálculos de promedios y rangos para variables como el tamaño del hogar y la edad de los huertos, mientras que las tablas de contingencia permitieron evaluar relaciones entre ingresos, acceso a bonos gubernamentales y tenencia de vivienda. Además, la visualización gráfica facilitó la interpretación de variaciones en producción, consumo y prácticas sostenibles.

Por otro lado, los datos cualitativos fueron analizados mediante codificación temática y análisis narrativo, lo que permitió identificar patrones y significados en los relatos de los participantes. Se agruparon respuestas en categorías como percepción del huerto, impacto en la alimentación y experiencias de trabajo colectivo. Asimismo, se realizó un análisis de representaciones gráficas elaboradas en los talleres para identificar patrones espaciales, cambios en infraestructura y diversidad de cultivos. La triangulación metodológica permitió comparar los datos cualitativos con los cuantitativos, verificando la coherencia entre percepciones y cifras obtenidas en las encuestas.

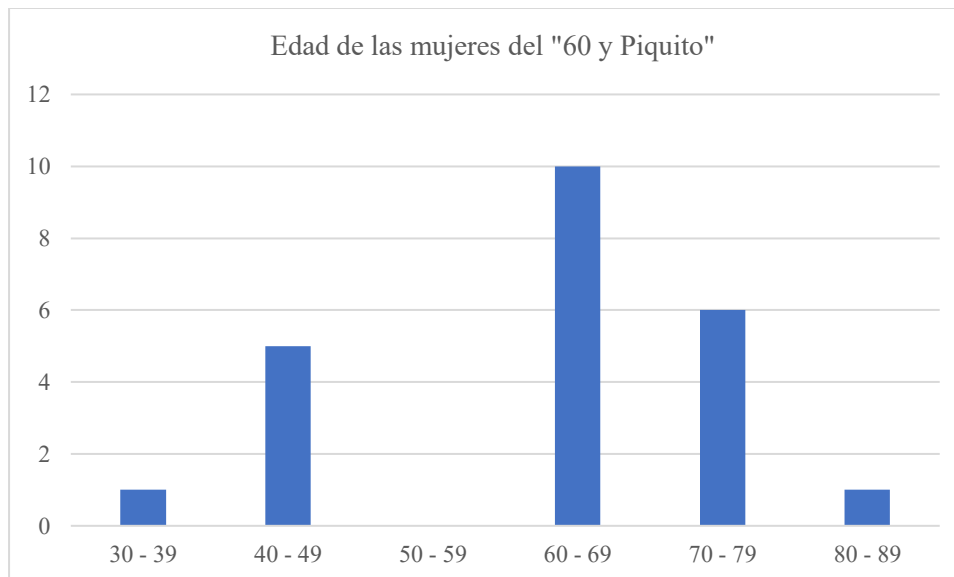
Capítulo 4. El “60 y Piquito”: un huerto colectivo en la confluencia de gestión urbana, comunidad, alimentación y sostenibilidad

A continuación, se presentan los resultados de la investigación. Se presenta la información en cuatro grandes ejes: el primero, la caracterización socioeconómica de sus participantes y gestión de la iniciativa; segundo, las razones y beneficios de participación de sus integrantes, poniendo énfasis en su contribución al sentido comunitario; tercero, las prácticas agroalimentarias que se realizan y su influencia en la calidad de la dieta de sus participantes; y finalmente, se evalúan las prácticas ambientales y estilo de vida sustentables de sus miembros.

4.1. Caracterización de los actores y gobernanza del huerto colectivo “60 y piquito”

Existe una notable predominancia femenina en el liderazgo del manejo de los huertos del 60 y Piquito. De las 31 personas encuestadas y autoidentificadas como mestizas, 23 son mujeres, lo que equivale al 74,19% del total, mientras que el 25,81% corresponde a hombres, con 8 representantes. 17 de 23 mujeres corresponden al grupo etario de adultos mayores como se puede ver gráfico 1.

Gráfico 4. 1. Edades de las mujeres del “60 y Piquito”



Elaboración propia 2024.

La predominancia de mujeres adultas mayores en el liderazgo de los huertos del 60 y Piquito se relaciona con los hallazgos del Censo 2022 de la LDLP, que evidencian una alta presencia de hogares conformados exclusivamente por mujeres. Estos hogares, en su mayoría, están integrados

por mujeres solas o grupos sin presencia masculina, como madres solteras o adultas mayores. Además, en los hogares pequeños (0 a 2 integrantes), las mujeres superan en número a los hombres, lo que puede estar vinculado a factores como viudez, divorcio o migración masculina. A nivel nacional, el 38,5% de los hogares tiene a una mujer como representante, lo que refuerza el rol central que desempeñan en la gestión del hogar y, en este caso, en la sostenibilidad alimentaria y comunitaria a través del manejo de los huertos (ver foto 6).

Foto 4. 1. Integrantes del 60 y Piquito mayormente mujeres



Elaboración propia 2024.

La composición de los hogares de los integrantes refleja dinámicas que evidencian diversidad en las estructuras familiares. Como muestra la tabla 2, el 16.13% corresponde a hogares unipersonales, caracterizados por la ausencia de integrantes adicionales. El 58.06% de los hogares presenta entre 1 y 3 integrantes adicionales, lo que los posiciona como mayoritarios y refleja estructuras nucleares más compactas. Por otro lado, el 25.81% de los hogares cuenta con entre 4 y 7 integrantes adicionales, indicando la prevalencia de familias ampliadas. El tamaño promedio del hogar, considerando al líder, es de 3.06 integrantes, lo que sugiere una tendencia hacia estructuras familiares medianas.

Tabla 4. 1. Rango de integrantes (excluyendo al líder)

Rangos	Número de hogares	Porcentaje (%)
0	5	16.13
1-3	18	58.06
4-7	8	25.81
TOTAL	31	100

Elaboración propia 2024.

Los datos obtenidos en la encuesta del 60 y Piquito coinciden con las tendencias evidenciadas en el Censo de la LDLP ejecutado por el Distrito Metropolitano de Quito (2022), mostrando una prevalencia de hogares liderados por mujeres, especialmente adultas mayores. Este fenómeno está vinculado a varios factores sociales y económicos que configuran tanto las estructuras familiares como los roles de género en el barrio. Las mujeres, especialmente las adultas mayores, asumen un rol clave en la organización y gestión de los huertos, contribuyendo de manera significativa a la seguridad alimentaria y a la resiliencia comunitaria.

La alta presencia de hogares unipersonales y pequeños, en los que predominan las mujeres, refleja la transformación de las estructuras familiares en la región, con una tendencia hacia núcleos familiares más reducidos. La viudez y la migración masculina parecen ser factores predominantes que explican este patrón, lo cual impacta en las dinámicas de poder y autonomía dentro de los hogares. El liderazgo femenino en los huertos puede verse como una forma de empoderamiento y autosuficiencia, donde las mujeres no solo gestionan los recursos alimentarios, sino que también desempeñan un papel crucial en la cohesión social y el fortalecimiento del tejido comunitario.

Por otro lado, el hecho de que el tamaño promedio de los hogares sea de 3,06 integrantes muestra una clara tendencia hacia estructuras familiares más compactas, lo que puede estar relacionado con la modernización de las dinámicas de convivencia y con factores socioeconómicos que limitan el tamaño de las familias. La coexistencia de familias nucleares y ampliadas sugiere una diversidad de contextos y necesidades dentro del barrio, lo que podría influir en las formas en que las familias acceden a los recursos y en sus patrones de consumo y producción.

De las 31 familias encuestadas, 13 (41.94%) reportaron que al menos un miembro de su hogar ha migrado, ya sea dentro del país o al exterior. Sin embargo, únicamente una familia indicó recibir apoyo económico de sus familiares migrantes. Estos datos destacan la presencia de la migración como un componente significativo en el barrio, con impacto directo en una parte considerable de los hogares, aunque con una limitada dependencia económica de los miembros que han migrado.

Como muestra el gráfico 1, existen 15 personas que padecen al menos una de las 8 enfermedades identificadas. Las condiciones más comunes son la hipertensión, osteoporosis, diabetes, y problemas específicos como tiroides, desviación de la columna, contracciones musculares, sobrepeso, presión alta, ansiedad, Parkinson y artritis. Entre los casos reportados, 15 personas mencionan exclusivamente una enfermedad, mientras que 4 registran combinaciones de dos condiciones. Por ejemplo, una persona combina hipertensión y tiroides, y otra registra diabetes junto con osteoporosis. Estas combinaciones resaltan la coexistencia de condiciones crónicas y específicas muy asociadas también con la edad de los participantes.

Como se puede ver en la tabla 3, en el grupo de mujeres de 18 a 45 años, ninguna reportó enfermedades, lo que sugiere un estado de salud generalizado en esta etapa de la vida. Sin embargo, a partir de los 46 años, comienzan a aparecer afecciones crónicas como osteoporosis (4 casos), diabetes (1), sobrepeso (1) e hipertensión (3), lo que indica un aumento progresivo en la carga de enfermedades. En las mujeres mayores de 66 años, la prevalencia de enfermedades es más pronunciada, con casos de hipertensión (3), Parkinson (1), diabetes (1), tiroides (1), desviación de la columna (1), ansiedad (1) y artritis (1), lo que refleja un deterioro en la salud conforme avanza la edad.

Por otro lado, en los hombres, en el grupo de 18 a 45 años, ninguno reportó enfermedades, y en el rango de 46 a 65 años tampoco se registraron afecciones. No obstante, en los hombres mayores de 66 años, comienzan a aparecer casos de hipertensión (1) y tiroides (1), aunque en menor cantidad y diversidad que en las mujeres del mismo rango de edad.

En general, los datos evidencian que las mujeres, especialmente en edades avanzadas, son más propensas a desarrollar enfermedades crónicas, lo que resalta la necesidad de atención específica para este grupo poblacional.

Tabla 4.2. Enfermedades y afecciones presentes en los integrantes del 60 y Piquito por género y edad

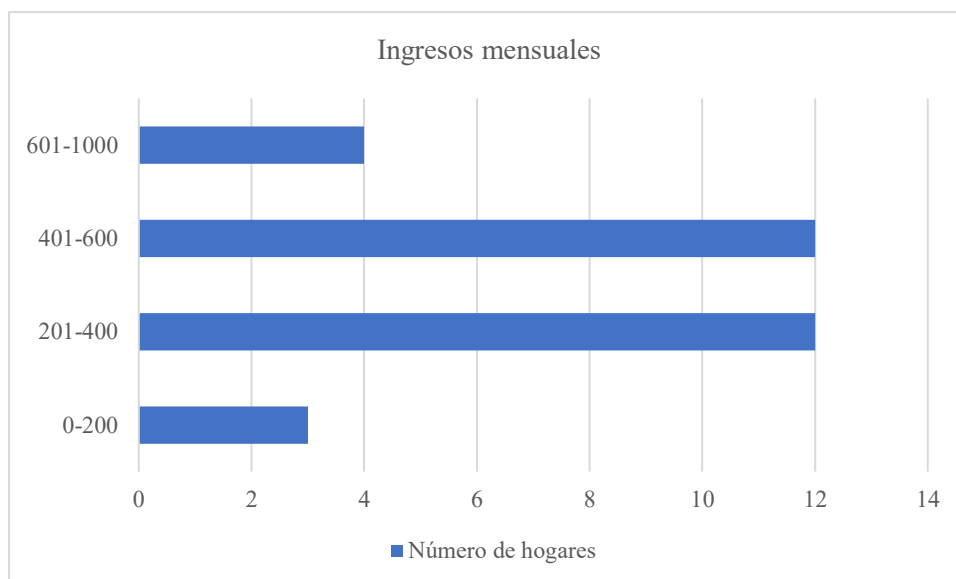
Grupo	Rango de Edad	Enfermedades	Cantidad de Personas
Mujeres	18-45	Ninguna	5
Mujeres	46-65	Osteoporosis (4), Diabetes (1), Sobrepeso (1), Hipertensión (3)	9
Mujeres	Mayor que 66	Parkinson (1), Hipertensión (3), Tiroides (1), Diabetes (1), Desviación de la columna (1), Ansiedad (1), Artritis (1)	9
Hombres	18-45	Ninguna	2
Hombres	46-65	Ninguna	0
Hombres	Mayor que 66	Tiroides (1), Hipertensión (1)	6
Total, General			31

Elaboración propia 2024.

Los mensuales de los hogares evidencian una concentración significativa en rangos económicos bajos y medios. Los ingresos mensuales de los hogares reflejan que una parte importante de las familias se encuentra por debajo o cerca del Salario Básico Unificado (SBU) del Ecuador, establecido en 460 USD para 2024. El 9.68% de los hogares reportó ingresos inferiores a 200 USD, mientras que el 38.71% percibe ingresos entre 201 y 400 USD. Un 38.71% adicional indicó ingresos en el rango de 401 a 600 USD, alcanzando o superando ligeramente este umbral. Finalmente, solo el 12.90% tiene ingresos superiores a 600 USD (ver gráfico 2).

La información sobre los ingresos de los hogares en el 60 y Piquito es consistente con los datos del Censo 2022 de la LDLP, donde también se evidencia una alta proporción de familias con ingresos bajos y una marcada dependencia del empleo informal. En ambos casos, una parte importante de los hogares percibe ingresos por debajo del Salario Básico Unificado (SBU) y presenta dificultades para acceder a bonos gubernamentales, lo que refleja una cobertura limitada de estos programas.

Gráfico 4. 2. Estimación de los ingresos mensuales de los hogares



Elaboración propia 2024.

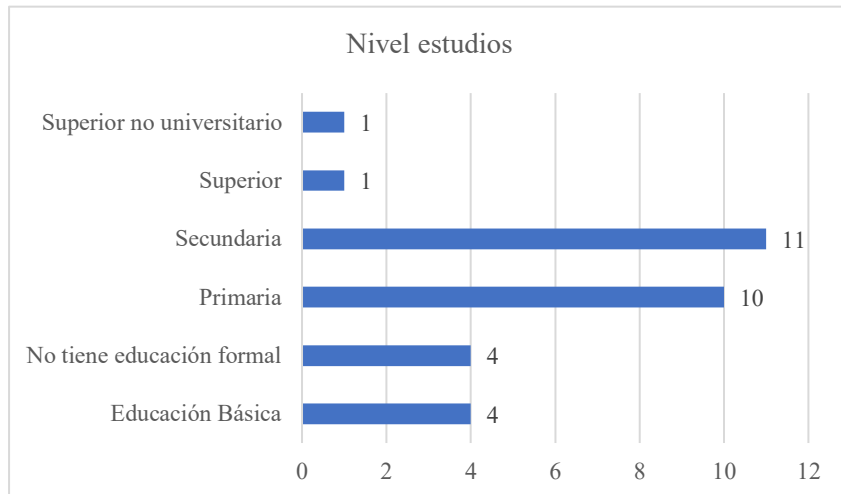
4 hogares (12.90%) reportaron recibir algún tipo de bono gubernamental: 2 hogares (6.45%) son beneficiarios del Bono de Desarrollo Humano y otros 2 hogares (6.45%) acceden a la Pensión Mis Mejores Años. Todos los hogares beneficiarios de estos bonos se encuentran en los rangos de ingresos más bajos, es decir, entre 0 y 400 USD. Por su parte, 27 (87.10%) familias no reciben ningún tipo de bono, incluso cuando el 48.39% de los hogares encuestados reporta ingresos mensuales por debajo del Salario Básico Unificado (450 USD). Esto evidencia una discrepancia entre la cobertura de los programas gubernamentales y las necesidades económicas reales de las familias en el barrio 60 y Piquito.

Por otra parte, la mayoría (26 hogares, 83.87%) reportó ser propietario de su vivienda, mientras que el restante 16.13% habita en viviendas alquiladas (3 hogares, 9.68%) o prestadas (2 hogares, 6.45%). De las 5 familias que no tienen vivienda propia, se observa una mayor vulnerabilidad económica. Todas estas familias reportan ingresos por debajo de 601 USD mensuales, con 2 de ellas en el rango más bajo de 0 a 200 USD. Además, solo 1 familia (20%) recibe algún tipo de bono gubernamental, lo que resalta una limitada cobertura de programas sociales entre este grupo.

En cuanto al nivel de instrucción, 4 personas (12.9%) no cuentan con ningún tipo de educación formal, de las cuales 3 son mujeres adultas mayores (ver gráfico 3). La mayoría, 11 personas (35.48%), cursaron la secundaria, aunque solo 7 lograron completar el sexto curso. En contraste,

únicamente 1 persona (3.23%) accedió a estudios superiores y logró graduarse, reflejando una limitada presencia de educación superior.

Gráfico 4. 3. Estudios más avanzados que completaron

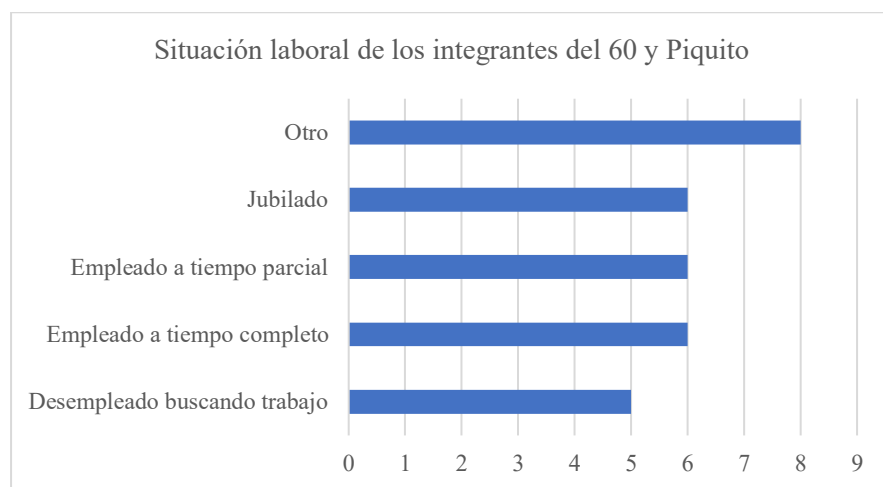


Elaboración propia 2024.

La información sobre el nivel de instrucción en el 60 y Piquito se alinea con los datos del Censo 2022 de la LDLP, que también reflejan una baja presencia de educación superior en la comunidad. En ambos casos, la mayoría de los habitantes ha alcanzado solo niveles de educación secundaria incompleta o completa, con una proporción significativa de adultos mayores, especialmente mujeres, que no cuentan con ningún tipo de educación formal. Esto sugiere limitaciones históricas en el acceso a la educación, lo que puede estar relacionado con factores socioeconómicos y de género.

La situación laboral (ver gráfico 4) de las personas encuestadas evidencia una diversidad de roles y dinámicas. Existe heterogeneidad ocupacional y posibles desigualdades en el acceso a empleos estables y formalizados. Un grupo compuesto por 6 personas se encuentra en empleos formales a tiempo completo, mientras que otros 6 realizan actividades laborales de manera parcial. Asimismo, 6 personas están jubiladas, lo que sugiere la presencia de una población en etapa post-laboral con dependencia económica. Por otro lado, 5 personas están desempleadas y en búsqueda activa de trabajo, lo que podría reflejar dificultades estructurales de acceso al empleo en el contexto local. Finalmente, 8 personas se desempeñan en actividades no formalizadas, como labores domésticas (6 amas de casa), emprendimientos informales (1 costurera en casa) y comercio de papel higiénico (1 persona).

Gráfico 4. 4. Situación laboral con corte a octubre del 2024



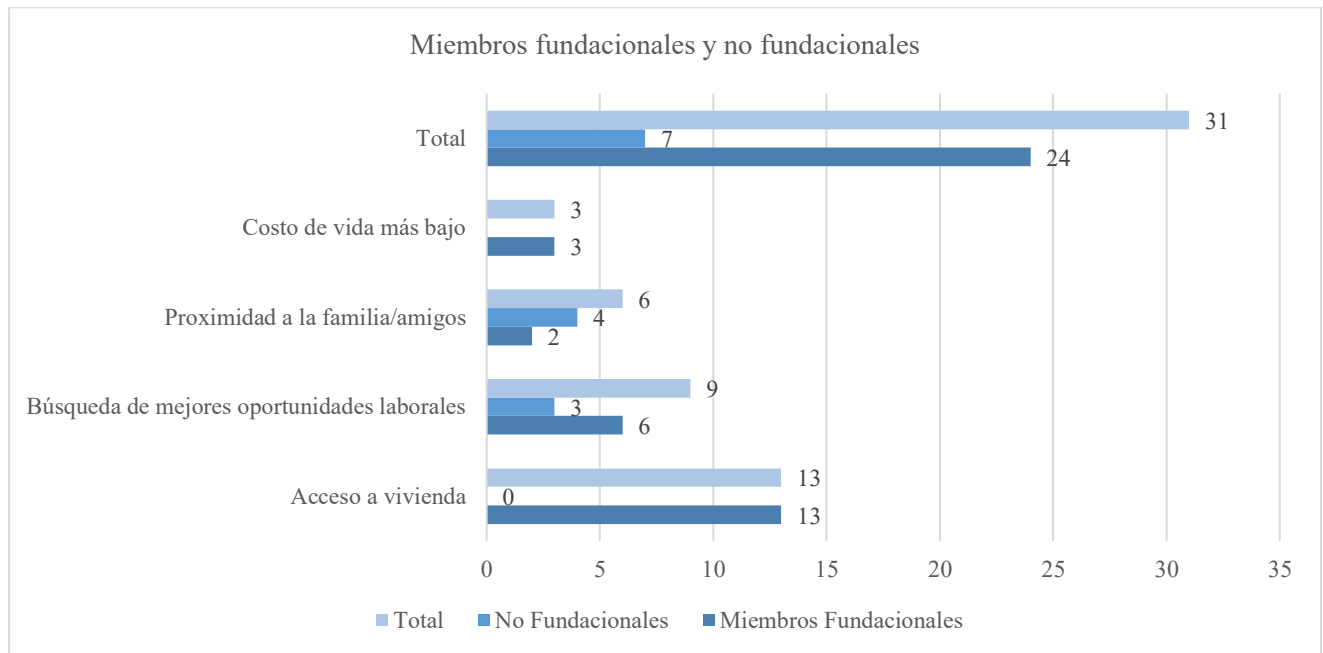
Elaboración propia 2024.

4.1.1. Motivos principales para mudarse a la LDLP

Los motivos de asentamiento en la LDLP de los integrantes del 60 y Piquito reflejan dinámicas diferenciadas entre los 24 miembros fundacionales y los 7 no fundacionales. Entre los miembros fundacionales, en su mayoría migrantes rurales, el acceso a la vivienda se destacó como el motivo principal, señalado por 13 personas (54.17%) del grupo. La búsqueda de mejores oportunidades laborales fue mencionada por 6 personas (25%), mientras que la proximidad a la familia o amigos y el costo de vida más bajo fueron señalados por 2 personas (8.33%) y 3 personas (12.5%), respectivamente. Estos datos reflejan cómo las necesidades de estabilidad habitacional y económica fueron prioritarias en las primeras etapas de asentamiento.

Entre los 7 no fundacionales, los motivos están distribuidos de manera distinta. La proximidad a la familia o amigos fue el motivo más importante, señalado por 4 personas (57.14%), seguido de la búsqueda de mejores oportunidades laborales, mencionada por 3 personas (42.86%). En contraste, el acceso a la vivienda y el costo de vida más bajo no fueron relevantes para este grupo, lo que sugiere que enfrentaron desafíos diferentes al integrarse a un barrio ya consolidado.

Gráfico 4. 5. Principales motivos para mudarse a la LDLP



Elaboración propia 2024.

Los procesos de asentamiento en la Lucha de los Pobres (LDLP) reflejan dinámicas migratorias y estrategias de supervivencia ligadas a la búsqueda de estabilidad habitacional y acceso a recursos económicos. Los datos evidencian que los fundadores del barrio, en su mayoría migrantes rurales, priorizaron el acceso a la vivienda como una estrategia de seguridad material y territorialización urbana, lo que se alinea con estudios sobre la ocupación del suelo en periferias urbanas latinoamericanas, donde la autoconstrucción y la organización comunitaria emergen como mecanismos de resistencia y consolidación barrial (Castells 1983, 67-69). La presencia de una proporción menor de personas que migraron por razones económicas o familiares refuerza la idea de que, en contextos de exclusión estructural, la vivienda se convierte en el eje de arraigo y reproducción social (Harvey 2012, 78).

Por otro lado, el análisis de los nuevos integrantes sugiere un cambio en la configuración de los motivos de asentamiento. En estos casos, la proximidad a familiares o redes de apoyo aparece como el factor predominante, seguido por la búsqueda de oportunidades laborales. Este patrón indica que el barrio ha pasado de ser un espacio de ocupación de emergencia a consolidarse como un territorio con estructuras comunitarias preexistentes que facilitan nuevas formas de integración. Según Massey (2005, 91), los espacios urbanos no son estáticos, sino que se

configuran a partir de interacciones sociales que redefinen constantemente sus funciones y significados. En este sentido, la LDLP, más allá de su origen como un espacio de asentamiento informal, ha desarrollado un tejido social que permite la reproducción de la vida urbana en condiciones de precariedad, pero con estrategias de adaptación y resiliencia.

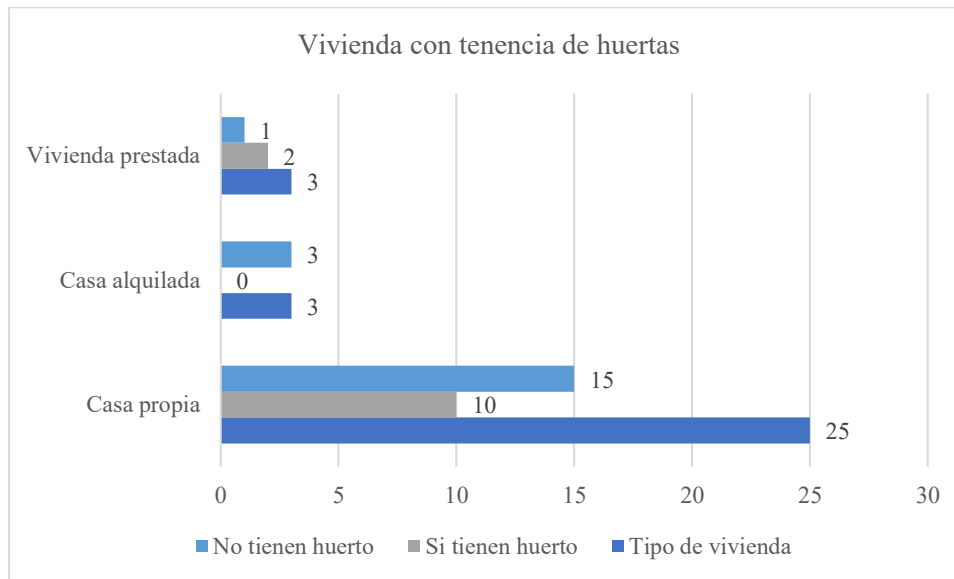
Además, la ausencia del acceso a la vivienda como motivo de asentamiento entre los nuevos integrantes sugiere que el territorio ya no opera bajo la lógica de ocupación inicial, sino como un espacio relativamente estructurado donde la movilidad se da por otros factores, como la cercanía a redes sociales o la búsqueda de empleabilidad en la ciudad. Este fenómeno es consistente con estudios que destacan la evolución de los asentamientos informales hacia formas de urbanización consolidada, donde las dinámicas económicas y sociales superan la mera ocupación territorial (Davis 2006, 108-110).

4.1.2. Tipos de vivienda y agricultura urbana en la actualidad

De un total de 31 viviendas, 25 corresponden a casas propias, de las cuales 10 cuentan con huertos y 15 no. Las casas alquiladas, que suman 3, no presentan huertos. En el caso de las viviendas prestadas, también con un total de 3, 2 cuentan con huertos y 1 no (ver gráfico 6.). En términos generales, 12 viviendas poseen huertos, mientras que 19 no los tienen, evidenciando una distribución diferenciada en función del tipo de tenencia de la vivienda.

Las huertas caseras se distribuyen principalmente en el perímetro de las edificaciones, el patio interno, macetas y la azotea. En el perímetro de la casa se registran huertas de tamaños que varían entre 2, 3 y 6 metros cuadrados. En el patio interno, que es la ubicación predominante, los tamaños oscilan entre 1 y 6 metros cuadrados. También se identifica una huerta (entre macetas y materiales reutilizados) en la azotea con un tamaño de 4 metros cuadrados y otra en macetas con un espacio reducido de 2 metros cuadrados. El mantenimiento de estas huertas recae mayoritariamente en la persona encuestada, aunque en algunos casos se cuenta con la participación de otros miembros del hogar, como la pareja y las hijas.

Gráfico 4. 6. Tipos de vivienda con tenencia de huertas



Elaboración propia 2024.

El acceso a huertos en las viviendas del barrio refleja una relación estrecha entre la tenencia de la vivienda y la posibilidad de cultivar alimentos. La predominancia de huertos en viviendas propias (40%) sugiere que la seguridad en la tenencia facilita la inversión en espacios productivos, alineándose con estudios que indican que la estabilidad habitacional es un factor clave para la agricultura urbana (Zezza y Tasciotti 2010). En contraste, la ausencia de huertos en viviendas alquiladas evidencia restricciones estructurales impuestas por propietarios, falta de incentivos para implementar estos espacios en contextos de inestabilidad residencial o falta de espacio (FAO 2014).

La ubicación de los huertos dentro de las viviendas responde a limitaciones espaciales y a estrategias adaptativas de los habitantes. La concentración de huertos en patios internos y perímetros de casas indica una optimización del espacio disponible, mientras que la presencia marginal en azoteas o macetas muestra intentos de diversificación en entornos urbanos de alta densidad. Este patrón refleja tendencias globales en la agricultura urbana, donde las estrategias de producción están condicionadas por la estructura de la vivienda y las posibilidades de acceso a tierra (Mougeot 2005). A su vez, la distribución de responsabilidades en el mantenimiento de los huertos caseros, con predominio de la persona encuestada y participación ocasional de familiares, refuerza la idea de que los huertos no solo son espacios de producción, sino también de

socialización y transmisión de conocimientos agroecológicos en el ámbito doméstico (Altieri y Nicholls 2017).

4.1.3. El “Huerto 60 y piquito” y su gobernanza: un híbrido comunitario-individualista

La gestión de los huertos familiares recae principalmente en una sola persona, denominada líder, quien asume el cuidado y mantenimiento en el 77,4% de los casos. En un 9,7% de los huertos, la responsabilidad es compartida entre el líder y su pareja, lo que sugiere una dinámica de corresponsabilidad. Por su parte, el 6,5% de los huertos son manejados exclusivamente por la pareja, lo que indica una distribución diferenciada del trabajo en ciertos hogares. Casos menos frecuentes muestran la participación de otros miembros del hogar, como nietos (3,2%) u otras personas como padres (3,2%), reflejando redes de apoyo intergeneracionales o comunitarias.

El desarrollo y sostenibilidad del huerto han contado con el respaldo de diversas instituciones. AGRUPAR ha brindado asistencia técnica especializada en producción agroecológica. El Patronato San José del Distrito Metropolitano de Quito facilitó la formalización del uso del suelo mediante un convenio establecido hace aproximadamente una década. FLACSO ha contribuido con la dotación de insumos esenciales para el fortalecimiento del huerto, incluyendo semillas, plántulas y materiales para el cerramiento, además de proporcionar capacitaciones y acompañamiento técnico para el desarrollo de capacidades en agroecología y gestión comunitaria.

Es importante señalar que no existe un procedimiento formal para la asignación de terrenos; el acceso se gestiona mediante solicitud verbal a la comitiva del barrio, en función de la disponibilidad.

En cuanto a las prácticas colectivas, 13 de los 31 huertos han adoptado al menos una de ellas, ya sea en el uso de herramientas, la gestión del tiempo de trabajo, la producción de bioinsumos o el intercambio de semillas y plántulas. Dentro de este grupo, el 92,3% (12 huertos) organiza jornadas colectivas semanalmente, lo que permite coordinar actividades clave como el riego, la aplicación de bioinsumos y la cosecha sin afectar otras responsabilidades diarias de los participantes. Este modelo favorece la sostenibilidad del huerto al equilibrar la carga laboral y mantener la continuidad de las tareas agrícolas. Por otro lado, el 7,7% (1 huerto) mantiene una dinámica de trabajo colectivo diario, lo que facilita el monitoreo constante de los cultivos y una respuesta más rápida ante problemas de plagas o condiciones climáticas adversas.

Sin embargo, la mayoría de los huertos (18 de 31, es decir, el 58,1%) no han adoptado ninguna práctica colectiva, funcionando de manera totalmente individual. Lo cual limita el acceso equitativo a herramientas, bioinsumos y semillas, además de generar desigualdades en la producción.

El huerto comunitario "60 y Piquito" se configura como un espacio agroecológico donde las familias participantes desarrollan sistemas de producción a pequeña escala dentro de un terreno compartido. Sin embargo, a pesar de su naturaleza comunitaria, la gestión de las parcelas es predominantemente individual, con un 77,4% de los huertos a cargo de una sola persona, en su mayoría mujeres adultas mayores. Este fenómeno no es aislado, sino que responde a patrones de género ampliamente documentados en la literatura sobre agricultura urbana y economías del cuidado, donde las mujeres desempeñan un papel clave en la soberanía alimentaria y la resiliencia comunitaria, pero con una carga desproporcionada de trabajo no remunerado (Altieri y Nicholls 2017).

La gobernanza del huerto refleja una combinación de acuerdos informales y apoyo institucional. Mientras que la asignación de terrenos sigue dependiendo de negociaciones verbales con la comitiva barrial, la sostenibilidad del espacio ha sido posible gracias a la articulación con programas como AGRUPAR, que ha brindado asistencia técnica en producción agroecológica, el Patronato San José del DMQ, que facilitó la formalización del uso del suelo, y FLACSO, que ha contribuido con insumos, cerramientos y capacitación agroecológica. Estos esquemas de gobernanza híbrida, donde convergen actores comunitarios e institucionales, han sido identificados como clave para la permanencia de los huertos urbanos en contextos de precariedad y acceso informal a la tierra (McClintock 2014).

No obstante, la participación colectiva en la gestión sigue siendo baja: solo el 41,9% de los huertos han adoptado dinámicas de trabajo colaborativo, principalmente a través de jornadas semanales para riego, bioinsumos y cosecha. La limitada organización comunitaria en la producción refuerza la tendencia de individualización del trabajo agrícola, lo que restringe la redistribución de recursos y el fortalecimiento del capital social dentro del huerto. Estudios previos han señalado que la falta de estructuras formales de cooperación en huertos urbanos puede derivar en desigualdades en el acceso a insumos y en capacidades diferenciadas de

producción entre los participantes, afectando la equidad en la seguridad alimentaria local (Tornaghi 2017).

Finalmente, el 60 y Piquito se configura como un común urbano agroalimentario, en el que la producción de alimentos es gestionada por la comunidad bajo un modelo híbrido de autogestión y apoyo institucional. Este tipo de espacios representa una alternativa a los sistemas agroindustriales convencionales, promoviendo prácticas agroecológicas que fortalecen la seguridad alimentaria y la conservación ambiental. Sin embargo, la estructura de gobernanza muestra tensiones entre la gestión individual y la necesidad de mayor colectividad, lo que influye en la sostenibilidad del huerto y en su capacidad de mantenerse como un recurso comunitario a largo plazo (Bresnihan y Byrne 2015).

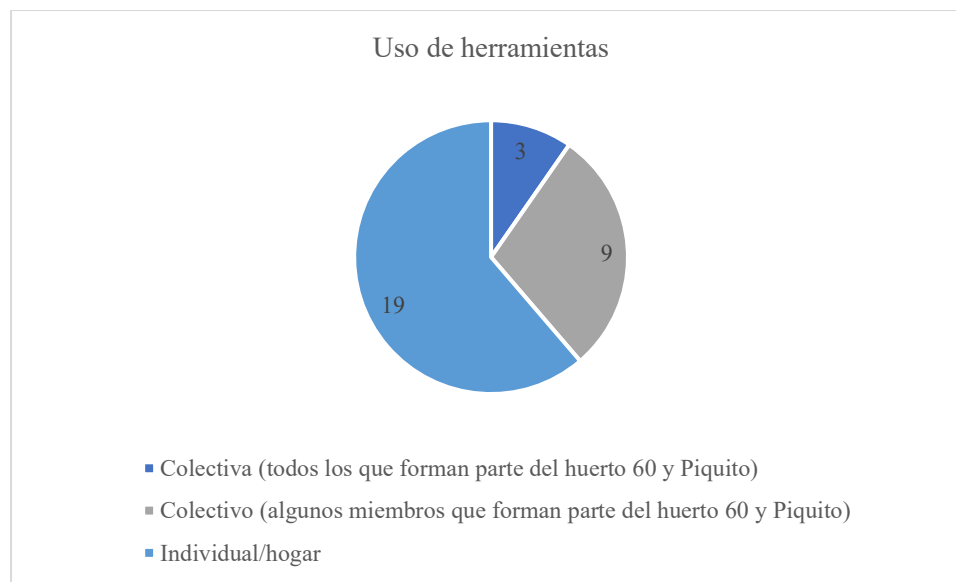
Desde una perspectiva del derecho a la ciudad, el huerto funciona como un común insurgente, un espacio que reivindica el acceso al suelo urbano para fines colectivos en oposición a la lógica mercantilizada del territorio (Purcell 2014). No obstante, la falta de mecanismos formales de asignación de terrenos y la baja adopción de prácticas colectivas dificultan su consolidación como un común urbano plenamente funcional. Siguiendo a Ostrom (1990), la sostenibilidad de estos espacios depende de la capacidad de los participantes para establecer normas claras de uso y distribución de recursos, evitando la fragmentación de la gobernanza y fortaleciendo su autonomía frente a dinámicas externas.

4.1.3.1. Autonomía y cooperación en la gestión de recursos agroecológicos: estrategias de trabajo en los huertos "60 y Piquito"

El acceso y gestión de herramientas se distribuye en tres modalidades de uso: individual/hogar, colectivo entre algunos miembros y colectivo entre todos los participantes. El 61,3% de los huertos (19 huertos) maneja las herramientas de forma individual, donde cada hogar dispone de sus propios insumos como azadones, palas, rastrillos y mangueras. Este modelo permite autonomía en las labores agrícolas, aunque puede generar desigualdades en el acceso a herramientas de mayor calidad. Por otro lado, el 38,7% de los huertos (12 huertos) opta por un uso colectivo. De estos, el 29,0% (9 huertos) comparten herramientas entre algunos miembros, mientras que el 9,7% (3 huertos) las gestionan de manera totalmente comunitaria, asegurando un acceso equitativo a todos los participantes (ver gráfico 7).

El predominio del uso individual de herramientas sugiere una gestión descentralizada, donde cada familia organiza su propio mantenimiento. Sin embargo, la existencia de modelos colectivos refuerza la colaboración y optimiza los recursos disponibles, favoreciendo un manejo más equitativo en el trabajo agrícola.

Gráfico 4. 7. Uso de herramientas (azadón, palas, rastrillos, regaderas, mangueras)



Elaboración propia 2024.

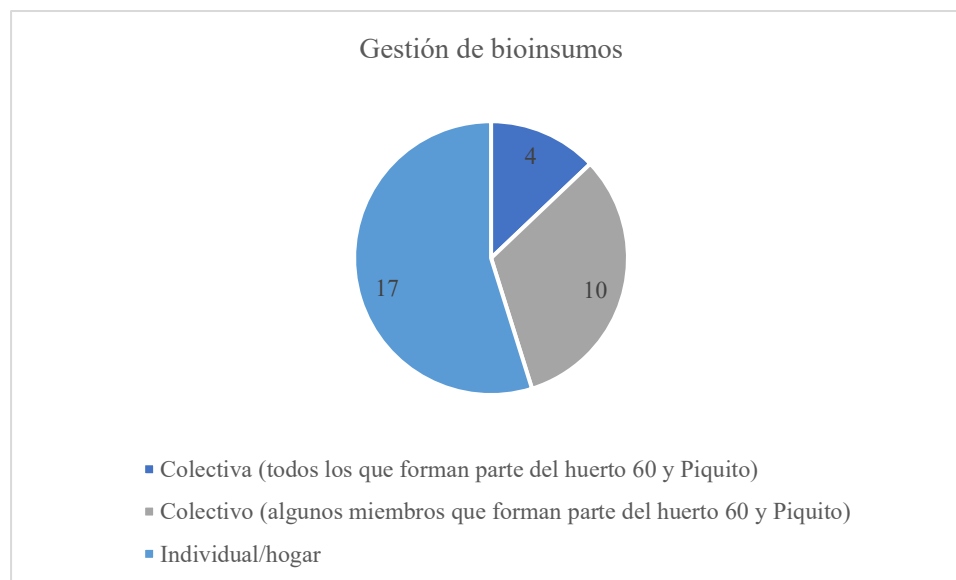
El 54,8% de los huertos (17 huertos) maneja los bioinsumos de manera individual, donde cada hogar elabora y aplica sus propios fertilizantes y pesticidas naturales según sus necesidades. Entre las prácticas más comunes se encuentra la preparación de compost casero con restos de frutas, cáscaras de huevo y ceniza para mejorar la fertilidad del suelo. También se utiliza el estiércol fermentado, principalmente de gallina y cuy, para enriquecer la tierra sin necesidad de insumos comerciales. Para el control de plagas, algunos hogares elaboran extractos de ajo y ají macerados en agua, que funcionan como repelentes naturales contra insectos como pulgones y orugas.

El 45,2% de los huertos (14 huertos) han adoptado modelos colectivos, permitiendo compartir conocimientos y recursos para la producción de bioinsumos (ver gráfico 8). En 10 huertos (32,3%), la elaboración de insumos se da entre algunos miembros, donde se organizan para producir en mayor cantidad y mejorar su eficiencia. Un ejemplo de ello es la preparación de bioles, fertilizantes líquidos obtenidos a partir de la fermentación de estiércol con melaza y hojas

de ortiga, que aportan nutrientes esenciales a los cultivos. También se han implementado técnicas como la recolección de ceniza de leña, utilizada como fungicida natural para prevenir enfermedades en las plantas.

En 4 huertos (12,9%), la producción de bioinsumos se gestiona de manera totalmente comunitaria, garantizando acceso equitativo a todos los participantes. En estos espacios se han promovido prácticas como la siembra de plantas repelentes como la albahaca (*Ocimum basilicum*) y la ruda (*Ruta graveolens*), que ayudan a mantener alejadas las plagas sin necesidad de productos químicos. Además, se han desarrollado trampas caseras de botella con azúcar y vinagre, efectivas para capturar moscas blancas y otros insectos perjudiciales.

Gráfico 4. 8. Gestión de bioinsumos



Elaboración propia 2024.

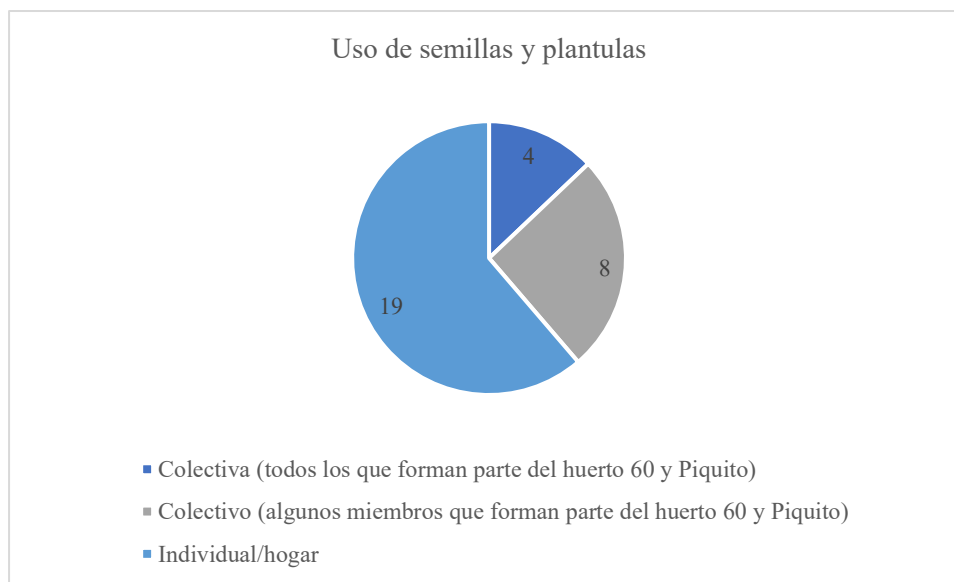
El abastecimiento de semillas y plántulas en los huertos "60 y Piquito" se organiza bajo tres formas de gestión: individual, colectivo entre algunos miembros y colectivo entre todos los participantes.

El 61,3% de los huertos (19 huertos) obtiene insumos de manera individual, donde cada hogar gestiona la adquisición, conservación y siembra de semillas y plántulas según sus necesidades (ver gráfico 9). Este modelo permite autonomía en la selección de especies cultivadas, aunque puede limitar el intercambio de variedades y la diversificación de cultivos.

El 38,7% de los huertos (12 huertos) opta por la gestión colectiva. De estos, 25,8% (8 huertos) comparten semillas y plántulas entre algunos miembros, promoviendo la circulación de materiales genéticos a nivel reducido. Mientras tanto, el 12,9% (4 huertos) organiza la adquisición de insumos de forma totalmente comunitaria, asegurando acceso equitativo y fomentando la diversidad de especies cultivadas.

El predominio de la gestión individual sugiere un enfoque descentralizado en la obtención de semillas, mientras que las estrategias colectivas fortalecen la resiliencia agroecológica al facilitar el intercambio de variedades, la adaptación a condiciones locales y la conservación de especies tradicionales.

Gráfico 4. 9. Uso de semillas y plántulas



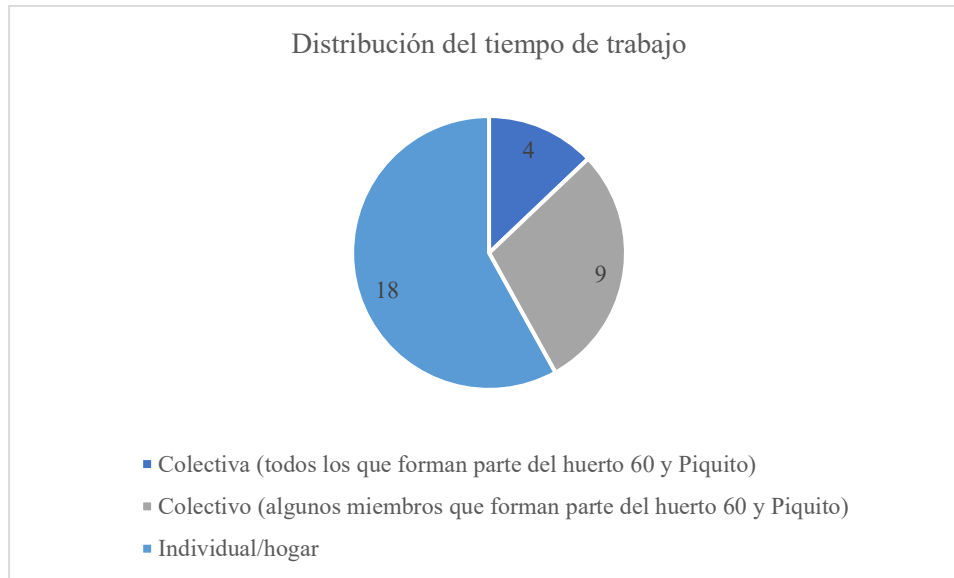
Elaboración propia 2024.

En cuanto a las horas de trabajo, el 58% de los huertos (18 huertos) dependen del trabajo individual, donde cada familia se encarga del manejo de su espacio, estableciendo sus propios horarios y ritmos de cultivo (ver gráfico 10). Este modelo permite autonomía en las decisiones, pero puede generar desigualdades en la disponibilidad de mano de obra, ya que algunas familias tienen más tiempo o recursos que otras para el mantenimiento de sus parcelas.

El 42% de los huertos (13 huertos) opta por el trabajo colectivo, lo que permite una distribución más equitativa de las labores. Dentro de este grupo, 29% (9 huertos) organizan jornadas compartidas entre algunos miembros, favoreciendo la cooperación en actividades como el riego,

la preparación del suelo y el control de plagas. En menor proporción, 13% (4 huertos) gestionan el trabajo de manera completamente comunitaria, donde todos los integrantes del huerto participan en las tareas diarias, asegurando un mantenimiento constante de los cultivos.

Gráfico 4. 10. Horas de trabajo en los huertos



Elaboración propia 2024.

La gestión de los huertos "60 y Piquito" refleja tensiones entre la autonomía individual y la cooperación colectiva en la producción agroecológica. La predominancia del uso individual de herramientas, bioinsumos y semillas sugiere un modelo de gestión descentralizado, en el que cada familia toma decisiones según sus posibilidades y necesidades inmediatas. Este enfoque puede interpretarse como una forma de soberanía alimentaria a nivel doméstico (Patel 2009), en la que los hogares tienen control sobre sus métodos de producción y su acceso a alimentos. Sin embargo, la descentralización también genera desigualdades estructurales en el acceso a insumos y conocimientos, reproduciendo asimetrías que pueden afectar la estabilidad y eficiencia de la producción (Ostrom 2010).

Por otro lado, la existencia de estrategias de gestión colectiva en el 38,7% de los huertos indica una tendencia hacia la construcción de bienes comunes en la producción agrícola urbana (Harvey 2012). La organización colectiva de bioinsumos y semillas es clave para la resiliencia agroecológica, ya que facilita el intercambio de material genético, la diversificación de cultivos y la adaptación a condiciones climáticas cambiantes (Gliessman 2018). Además, el trabajo

compartido fortalece las redes de solidaridad y reciprocidad, generando formas de cooperación que desafían la lógica individualista dominante en los sistemas alimentarios urbanos (Tornaghi 2017). No obstante, la persistencia de un modelo mixto, donde el trabajo colectivo es minoritario, sugiere que existen limitaciones institucionales y barreras sociales para consolidar una gobernanza agroecológica más equitativa y sostenible.

La sostenibilidad del huerto como sistema agroecológico y como espacio de cohesión social depende de la consolidación de mecanismos de organización colectiva que permitan reducir la fragmentación en el acceso a recursos productivos. En este sentido, la agricultura urbana no solo es una estrategia para mejorar la seguridad alimentaria, sino que también es un espacio de disputa política sobre el acceso a bienes comunes y la construcción de alternativas al modelo agroindustrial dominante (McClintock 2014). La expansión de estrategias colectivas podría fortalecer la autonomía de la comunidad, fomentar la autogestión de los recursos y transformar el huerto en un territorio de resistencia y reproducción social, donde se conjugan dimensiones ambientales, económicas y políticas (Escobar 2016).

4.1.3.2. Motivos para trabajar colectivamente

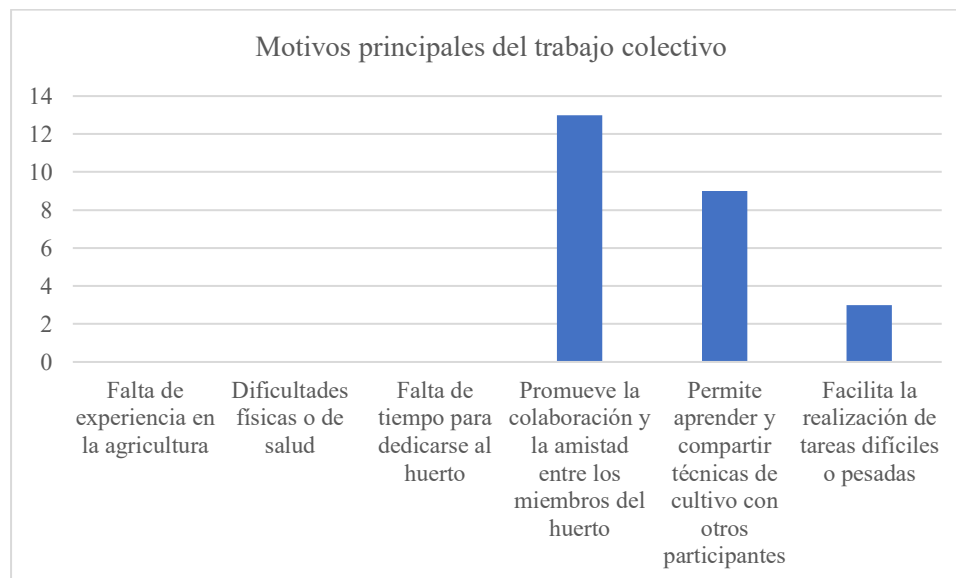
Entre quienes participan en dinámicas colectivas, la principal razón para trabajar en conjunto es la promoción de la colaboración y la amistad entre los miembros del huerto, mencionada por los 13 huertos que implementan estas prácticas. Esta motivación refleja el valor del trabajo comunitario no solo como una estrategia productiva, sino como un medio para fortalecer lazos sociales y consolidar redes de apoyo dentro de la comunidad.

Otro motivo clave identificado es que el trabajo colectivo permite aprender y compartir técnicas de cultivo, aspecto mencionado en 9 huertos (ver gráfico 11). Además, 3 huertos señalaron que el trabajo en equipo facilita la realización de tareas difíciles o pesadas, como la preparación del terreno, la instalación de sistemas de riego o el manejo de compost.

En contraste, ningún huerto reportó que la falta de experiencia en la agricultura, dificultades físicas o de salud, o la falta de tiempo fueran razones determinantes para la participación en actividades colectivas. Esto sugiere que quienes trabajan en conjunto lo hacen principalmente por voluntad propia y por el interés en fortalecer la comunidad, más que por una necesidad derivada de limitaciones personales.

A pesar de estos beneficios, el predominio del trabajo individual sigue siendo un desafío para la consolidación de prácticas colectivas.

Gráfico 4. 11. Motivo principal del trabajo colectivo en el trabajo



Elaboración propia 2024.

El trabajo colectivo en los huertos urbanos no solo responde a la necesidad de optimizar la producción agroecológica, sino que también representa un mecanismo fundamental para la construcción de capital social y cohesión comunitaria (Putnam 2000). La colaboración entre los miembros del huerto no es una práctica impuesta por factores estructurales como la falta de recursos o conocimientos, sino una decisión motivada por el fortalecimiento de la comunidad, el aprendizaje mutuo y la eficiencia en la realización de tareas. Esto sugiere que, más allá de ser espacios de producción alimentaria, los huertos funcionan como nodos de socialización y transmisión de saberes, alineándose con perspectivas que destacan su papel en la regeneración de la vida urbana y el derecho a la ciudad (Harvey 2012).

A pesar de estos beneficios, la prevalencia del trabajo individual plantea desafíos para la consolidación de modelos agroecológicos colectivos. La falta de integración en dinámicas comunitarias puede derivar en fragmentación social y en una menor eficiencia en la gestión de recursos compartidos, como herramientas, semillas y bioinsumos (Ostrom 2010). Además, la ausencia de estructuras de gobernanza que incentiven la cooperación puede limitar el potencial transformador de los huertos urbanos, reduciéndolos a espacios de autoproducción sin impacto

significativo en la resiliencia comunitaria y la seguridad alimentaria local. Para que estas experiencias agroecológicas fortalezcan su dimensión social y política, es fundamental promover estrategias de organización colectiva que vayan más allá del trabajo voluntario y se institucionalicen como formas sostenibles de gestión territorial y alimentaria (Tornaghi 2017).

4.1.3.3. Percepción del trabajo colectivo

Los participantes de los huertos "60 y Piquito" expresan una percepción positiva sobre los posibles beneficios de adoptar más dinámicas colectivas en el futuro. Aunque actualmente solo 13 de los 31 huertos han implementado prácticas colaborativas, los resultados sugieren que, si se ampliara el trabajo en equipo, se generarían mejoras en la convivencia, el aprendizaje y la productividad de los cultivos.

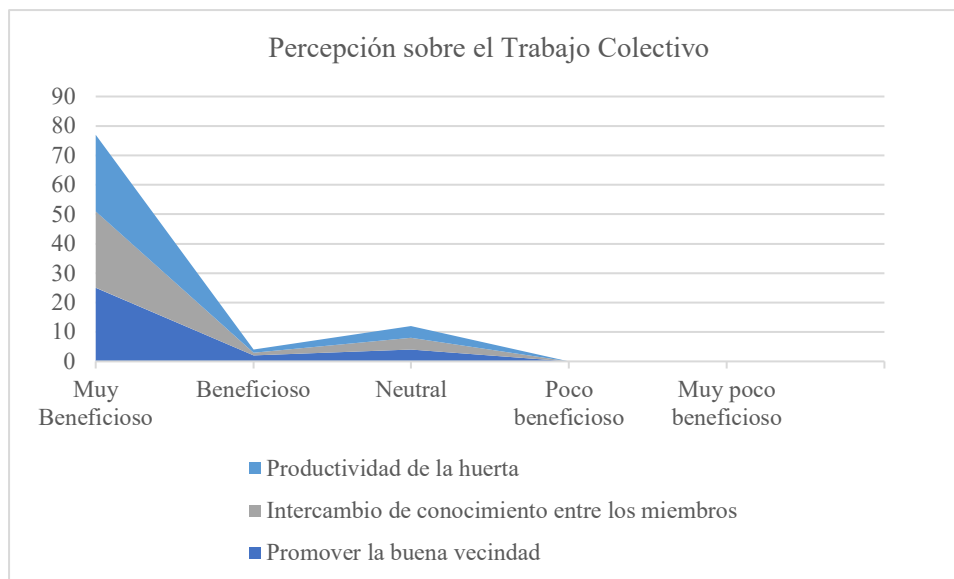
El 80,6% de los encuestados considera que compartir actividades y recursos fortalecería la buena vecindad, mientras que un 6,5% lo valora como beneficioso y un 12,9% mantiene una postura neutral. Nadie percibe que la cooperación pueda ser poco beneficiosa o negativa, lo que sugiere que existe un amplio reconocimiento del impacto positivo del trabajo en comunidad.

En cuanto al intercambio de conocimientos, el 83,9% cree que trabajar en colectivo permitiría compartir saberes y mejorar prácticas agrícolas, mientras que un 3,2% lo considera beneficioso y un 12,9% mantiene una postura neutral (ver gráfico 12). Esto refleja el interés por fortalecer el aprendizaje entre los miembros del huerto mediante la transmisión de técnicas de cultivo y el manejo sostenible de los recursos.

Respecto a la productividad de la huerta, el 83,9% opina que la colaboración contribuiría significativamente a mejorar la producción, mientras que un 3,2% lo califica como beneficioso y un 12,9% mantiene una postura neutral. La mayoría de los encuestados asocia el trabajo en equipo con una mayor eficiencia en la distribución de tareas y en la optimización de insumos.

Aunque en la práctica la mayoría de los huertos aún opera de manera individual, los resultados indican que existe una predisposición favorable para fortalecer el trabajo colaborativo en el futuro. La implementación de estrategias que faciliten la organización de actividades conjuntas podría potenciar estos beneficios, promoviendo una mayor integración entre los participantes y asegurando la sostenibilidad del sistema agroecológico común.

Gráfico 4. 12. Percepción sobre el trabajo colectivo en los huertos comunitarios



Elaboración propia 2024.

La percepción positiva sobre la implementación de prácticas colectivas en los huertos "60 y Piquito" sugiere que, aunque el trabajo individual sigue siendo predominante, existe un reconocimiento de los beneficios del trabajo colectivo. Desde una perspectiva socioambiental, los huertos urbanos no solo funcionan como espacios de producción alimentaria, sino como escenarios de construcción de tejido social y fortalecimiento del capital social (Putnam 2000). La alta valoración de la colaboración como estrategia para mejorar la convivencia y el aprendizaje evidencia que la agroecología en entornos urbanos no solo respondería a una necesidad productiva, sino que también se articularía con dinámicas de reciprocidad y autogestión, elementos clave en la resiliencia comunitaria (Ostrom 2010).

Sin embargo, la brecha entre la percepción positiva y la práctica real del trabajo colectivo refleja una tensión entre la autonomía individual y la organización comunitaria. La agroecología, en su dimensión política, plantea que la producción de alimentos no puede desvincularse de los procesos de gobernanza y participación social (Tornaghi 2017). En este sentido, la falta de mecanismos formales para la coordinación del trabajo colectivo puede ser un obstáculo para consolidar la sostenibilidad del huerto a largo plazo. Implementar modelos de cogestión y planificación participativa no solo permitiría optimizar el uso de recursos, sino que también garantizaría la equidad en el acceso a insumos, herramientas y conocimientos, promoviendo una distribución más justa del esfuerzo agrícola (Schlosberg 2013).

4.2. El “60 y Piquito” como un espacio agroecológico de salud, bienestar y cohesión comunitaria

Los motivos más relevantes para participar en el “60 y Piquito” están relacionados con la seguridad alimentaria, el ahorro económico, la salud, el fortalecimiento comunitario y el bienestar emocional (ver gráfico 13). El motivo más mencionado es el acceso a alimentos sanos y nutritivos (48,4%) ya que los huertos permiten "tener alimentos frescos sin químicos para consumir en el hogar" (Entrevista a Bremilda Poma, Quito, integrante del grupo 60 y Piquito, 21 de octubre del 2024) y garantizar una alimentación saludable durante todo el año.

El ahorro económico y la reducción de costos es el segundo motivo más citado (32,2%), reflejando la importancia del huerto en la economía familiar. Muchos participantes destacan que cultivar sus propios alimentos "permite reducir los gastos en la canasta básica y evitar comprar productos caros en el mercado" (Entrevista a Juan Campoverde, Quito, integrante del grupo 60 y Piquito, 21 de octubre del 2024).

Otro factor clave es la salud y prevención de enfermedades (25,8%). Algunos ven en el huerto una oportunidad para mejorar su calidad de vida, afirmando que "necesitamos alimentarnos mejor para evitar enfermedades frecuentes" (Entrevista a Verónica Oña, Quito, integrante del grupo 60 y Piquito, 21 de octubre del 2024) y que cultivar de manera natural "ayuda a fortalecer la salud desde pequeños" (Entrevista a Olga Campaña, Quito, integrante del grupo 60 y Piquito, 21 de octubre del 2024).

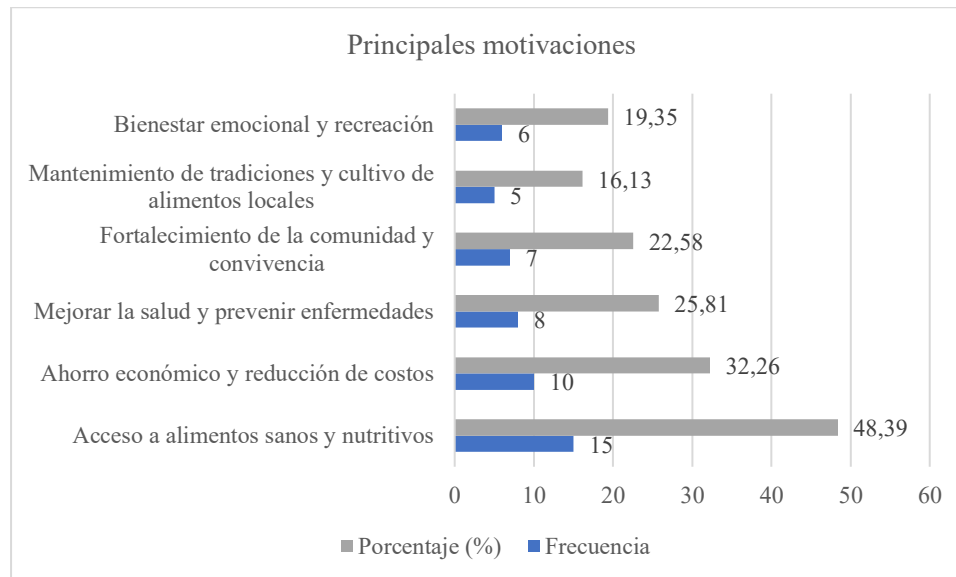
Los huertos también son un espacio de cohesión social y fortalecimiento de la comunidad (22,6%). La convivencia y el trabajo en conjunto con los vecinos han sido mencionados como un beneficio clave, ya que "nos ayudamos entre todos para producir nuestros propios alimentos porque todo está caro" (Entrevista a María Muso, Quito, integrante del grupo 60 y Piquito, 21 de octubre del 2024).

Aspectos como el mantenimiento de tradiciones agrícolas y el bienestar emocional (16,1% y 19,3% respectivamente) también fueron señalados. Algunos participantes resaltan la importancia de cultivar alimentos que "se comían desde la niñez y mantienen saludable a las personas" (Entrevista a Karina Guzmán, Quito, integrante del grupo 60 y Piquito, 21 de octubre del 2024), mientras que otros encuentran en el huerto una actividad para despejarse y reducir el estrés,

afirmando que "nos distraemos, mejoramos el estado de ánimo y cultivamos para todo el año" (Entrevista a Flora Bastidas, Quito, integrante del grupo 60 y Piquito, 21 de octubre del 2024).

Los resultados muestran que los huertos comunitarios no solo cumplen un rol en la producción de alimentos, sino que también fortalecen la economía, la salud y las relaciones sociales, consolidándose como un espacio de bienestar integral para las familias participantes.

Gráfico 4. 13. Principales motivaciones para participar en el 60 y Piquito



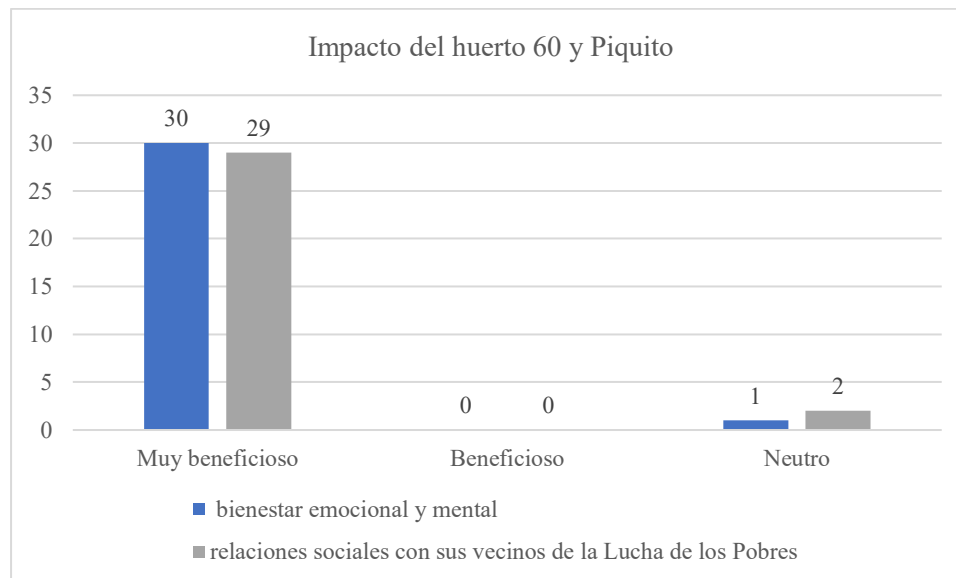
Elaboración propia 2024.

Además de ser una estrategia de producción de alimentos y ahorro económico, los huertos comunitarios "60 y Piquito" han generado un impacto significativo en el bienestar emocional y en las relaciones sociales dentro de la comunidad.

El 96,8% de los participantes (30 de 31 huertos) considera que el huerto ha sido "muy beneficioso" para su bienestar emocional y mental, mientras que solo un 3,2% lo califica como "neutro". Ninguno lo califica como beneficioso, poco beneficioso ni muy poco beneficioso (ver gráfico 14). Este dato refuerza la idea de que el trabajo en el huerto no solo proporciona alimentos, sino que también funciona como un espacio de recreación y desestrés. Como lo mencionaron algunos participantes, el huerto permite "despejarse, mejorar el estado de ánimo y mantenerse activo durante el día" (Entrevista a Flora Bastidas, Quito, integrante del grupo 60 y Piquito, 21 de octubre del 2024).

En cuanto a las relaciones sociales, el 93,5% de los participantes (29 de 31 huertos) percibe que el huerto favorece la interacción con sus vecinos, aunque en la práctica solo 13 huertos han adoptado alguna tarea colectiva. Esto sugiere que, aunque el trabajo compartido no sea una práctica generalizada, la existencia de los huertos contribuye indirectamente a fortalecer lazos comunitarios, ya sea a través del intercambio de conocimientos, semillas o experiencias. Además, el simple hecho de compartir un mismo espacio comunitario genera encuentros y oportunidades de colaboración, aunque estas no se traduzcan siempre en actividades organizadas de manera conjunta. Un participante expresó que "nos ayudamos entre todos para producir nuestros propios alimentos porque todo está caro" (Entrevista a María Muso, Quito, integrante del grupo 60 y Piquito, 21 de octubre del 2024), reflejando cómo la crisis económica ha incentivado la solidaridad dentro de la comunidad, incluso en aquellos huertos donde el trabajo sigue siendo mayormente individual.

Gráfico 4. 14. Impacto del huerto en el bienestar emocional, mental y relaciones sociales con sus vecinos



Elaboración propia 2024.

El contacto con la naturaleza es un aspecto altamente valorado, con un 96,8% (30 de 31 huertos) considerando que el huerto les ha permitido observar el ciclo de vida de las plantas y fortalecer su vínculo con el entorno natural (ver tabla 4). Esto coincide con la motivación previamente

identificada de preservar prácticas agrícolas tradicionales y promover un estilo de vida más sostenible.

En términos de cohesión social, el 90,3% (28 huertos) valora positivamente la creación de un espacio para interactuar y colaborar con sus vecinos, lo que reafirma que, aunque el trabajo colectivo no es predominante en todos los huertos, la existencia de un espacio compartido sigue fomentando la convivencia. Sin embargo, un 3,2% (1 huerto) se mantiene neutral, lo que sugiere que la experiencia comunitaria no es homogénea en todos los casos.

El impacto en la salud y el bienestar se confirma nuevamente: el 96,8% (30 huertos) señala mejoras en su salud física y mental gracias a su participación en el huerto, reforzando la relación entre el trabajo agrícola y el bienestar emocional identificado anteriormente.

Finalmente, la influencia del huerto en los hábitos alimentarios es incuestionable, ya que el 100% de los encuestados (31 huertos) afirma que el huerto ha favorecido la adopción de una alimentación más saludable. Esto complementa el hallazgo previo de que el 48,4% de los participantes considera el acceso a alimentos sanos y nutritivos como su principal motivo de participación.

Estos datos no solo consolidan las razones que llevan a las familias a involucrarse en los huertos urbanos, sino que también demuestran que, más allá de la producción de alimentos, los huertos desempeñan un papel clave en la construcción de comunidad, la mejora de la calidad de vida y la conexión con el entorno natural.

Tabla 4. 3. Valoración de aspectos clave del huerto

Experiencias propias del huerto	Muy beneficioso	beneficioso	neutral	Poco beneficioso	Muy poco beneficioso
Oportunidad de estar en contacto directo con la naturaleza, observando el ciclo de vida de las plantas y sintiendo una conexión profunda con el entorno natural del barrio	30	1	0	0	0
Creación de un espacio/lugar para interactuar y colaborar con mis vecinos, fortaleciendo los lazos de comunidad y fomentando el trabajo en equipo	28	1	1	0	0

Brinda la oportunidad de contribuir de manera positiva al bienestar de mi familia y comunidad	30	1	0	0	0
El trabajo en el huerto urbano ha mejorado mi salud física y mental	30	1	0	0	0
El trabajo en el huerto urbano ha hecho que adopte hábitos alimentarios más saludables	31	0	0	0	0

Elaboración propia 2024.

La participación en los huertos del "60 y Piquito" refleja una estrategia de autosuficiencia alimentaria, ya que el 48,4% de los participantes los utilizan para acceder a alimentos sanos y sin químicos, mientras que el 32,2% destaca su importancia en la reducción de costos en la canasta básica. Diversos estudios han demostrado que los huertos urbanos fortalecen la seguridad alimentaria de comunidades en situación de precariedad, al proveer alimentos frescos y nutritivos sin depender completamente del mercado formal (Grewal y Grewal 2012). Además, iniciativas similares en América Latina han evidenciado que los huertos urbanos pueden amortiguar los efectos de la crisis económica y la inflación en los sectores populares, al garantizar una fuente de alimentos accesible y estable (Altieri y Nicholls 2017).

Además del beneficio económico y nutricional, los huertos urbanos también generan impactos positivos en la salud mental y la cohesión social. El 96,8% de los participantes del "60 y Piquito" reconoce mejoras en su bienestar emocional y mental gracias al huerto, lo que coincide con investigaciones que destacan la horticultura como una actividad terapéutica que reduce el estrés, la ansiedad y la depresión (Soga, Gaston y Yamaura 2017). Asimismo, el 93,5% de los encuestados valora el huerto como un espacio que favorece la interacción vecinal, aunque solo 13 de los 31 huertos han implementado prácticas colaborativas. Esto refuerza la idea de que los huertos urbanos no solo producen alimentos, sino que también construyen comunidad, fortalecen redes de apoyo y fomentan la resiliencia social ante crisis económicas y ambientales (Poulsen, McNab y Clayton 2015).

El "60 y Piquito" ha actuado como núcleo de cohesión social y fortalecimiento del capital relacional. En el caso del "60 y Piquito", el 93,5% de los participantes reconoció que el huerto ha mejorado su relación con los vecinos, incluso cuando solo 13 de los 31 huertos han implementado tareas colectivas. Esto sugiere que, más allá del trabajo conjunto, la simple existencia de un espacio compartido fomenta el intercambio de conocimientos, insumos y apoyo

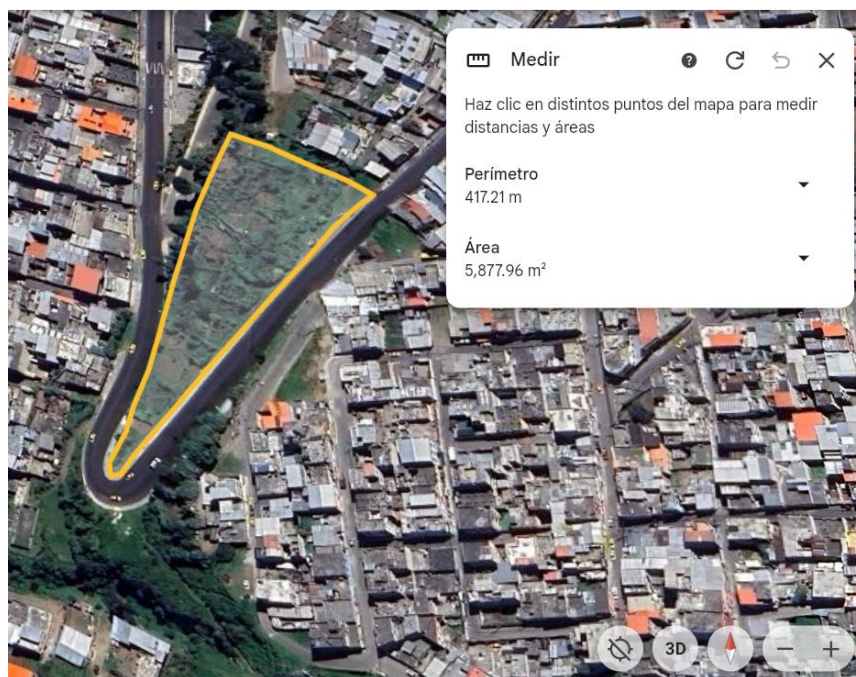
mutuo, elementos fundamentales en la construcción de redes de solidaridad (Poulsen, McNab y Clayton 2015). Estudios previos han demostrado que la interacción en estos espacios contribuye a la generación de confianza y reciprocidad, factores esenciales en comunidades con niveles altos de precarización o inseguridad económica (Vitiello y Wolf-Powers 2014).

La construcción de sentido comunitario a través de los huertos también implica una resignificación del territorio, donde los participantes establecen lazos de pertenencia con el espacio y con los demás miembros del huerto (Mougeot 2005). Este vínculo no solo se traduce en la apropiación del huerto como un espacio común, sino también en la consolidación de una identidad colectiva que permite enfrentar desafíos como el acceso desigual a alimentos o la especulación del suelo urbano (McClintock 2014). En el caso del "60 y Piquito", la interconexión entre los participantes ha facilitado mecanismos informales de apoyo, como la donación o intercambio de excedentes, lo que evidencia una economía solidaria de subsistencia dentro del barrio.

4.2.1. Manejo agroecológico del huerto y control biológico de plagas

El huerto comunitario está conformado por 53 huertos unifamiliares con una extensión total de 5877,96 m² (ver figura 4).

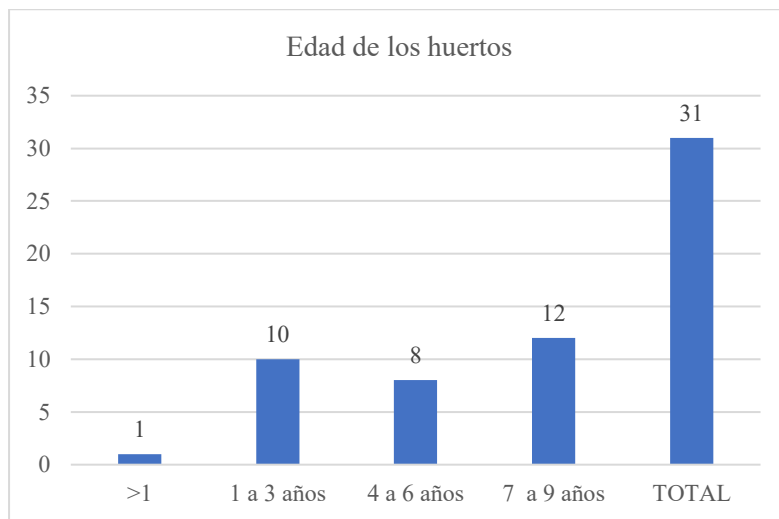
Figura 4. 1. Superficie del huerto comunitario 60 y Piquito



Fuente: Imagen Satelital tomada de Google Earth 2025.

La mayoría de los huertos tienen entre 4 y 9 años de existencia, lo que indica una etapa de consolidación en la que las familias han logrado mantenerlos y adaptarlos a sus necesidades (ver gráfico 15). Un grupo significativo de huertos (1 a 3 años) está en una fase de establecimiento, lo que refleja un interés reciente en la producción de alimentos a pequeña escala. Solamente un huerto tiene menos de un año.

Gráfico 4. 15. Rangos de edades de los huertos unifamiliares del 60 y Piquito



Elaboración propia 2024.

De los 53 huertos 8 están inactivos, 9 parcialmente activos y 36 activos (5 no participaron). En los alrededores, hay presencia de animales menores como vacas (*Bos taurus*), chanchos (*Sus scrofa domesticus*) y gallinas (*Gallus gallus domesticus*). Solo un huerto alberga cuyes (*Cavia porcellus*) en su interior, perteneciente a una familia que no participó en la encuesta debido a que sus integrantes tienen discapacidad auditiva.

Los 8 huertos inactivos, presentan cercas mixtas, combinando cercas vivas con materiales de construcción. No se evidencian trabajos de mantenimiento, aunque las delimitaciones indican que en algún momento fueron cultivados. Dentro de los huertos se encuentran especies vegetales perennes y arbóreas, junto con una predominancia de especies no comestibles como kikuyo (*Pennisetum clandestinum*), sauco (*Sambucus nigra*), hierba mora (*Solanum nigrum*), higuierilla (*Ricinus communis*), hierba de cuy (*Galinsoga parviflora*), lechero (*Euphorbia laurifolia*), tilo

(*Tilia platyphyllos*), pino (*Pinus spp.*) y penco (*Agave americana*), entre otras especies típicas de terrenos sin manejo agrícola.

Además, se identifican 9 parcialmente activos, que presentan un uso intermitente y contienen frutales junto con especies rastreras como sambo (*Cucurbita maxima*), zapallo (*Cucurbita moschata*), taxo (*Passiflora tripartita*), nabo silvestre (*Brassica rapa*), kikuyo (*Pennisetum clandestinum*), uvilla es *Physalis peruviana*, y bleo (*Amaranthus hybridus*), entre otras. Estos huertos están delimitados con materiales reciclados, incluyendo plástico, alambre galvanizado, lechero (*Euphorbia laurifolia*) y agave (*Agave americana*). No muestran signos de cultivo continuo, ya que su intervención es esporádica y carecen de cultivos de ciclo corto.

Por otra parte, se identifican 36 huertos activos, de los cuales 5 huertos no participaron en el levantamiento de información. En los 31 huertos restantes, se reconocen cinco categorías de cultivos: hortalizas y verduras con más 46 especies, cereales con más de 10 especies, leguminosas con más de 9 especies, raíces y tubérculos con al menos 10 especies, y en menor proporción, frutas con 5 especies.

Los 31 huertos están delimitados por cercas vivas y materiales reciclados de construcción, utilizando especies vegetales como tupirosas (*Brugmansia arborea*), cucardas (*Hibiscus rosa-sinensis*), tilos (*Tilia platyphyllos*), saucos (*Sambucus nigra*) y material maderable. También se emplean plástico y enredaderas como zapallo (*Cucurbita moschata*) y sambo (*Cucurbita maxima*) para reforzar las estructuras de delimitación. En estos huertos se han implementado sistemas de cosecha de agua y repelentes naturales para controlar la presencia de roedores e insectos. Los huertos se encuentran en pendientes del 15% al 17%, con la construcción de taludes para reducir la escorrentía y prevenir deslizamientos de tierra. Las superficies de los huertos unifamiliares varían entre 60 y 150 metros cuadrados. Dado que la zona en su mayoría es producto de relleno, los huertos presentan irregularidades en la superficie, desde pequeños montículos hasta depresiones, donde los integrantes han adaptado sus cultivos a las condiciones existentes.

En los 31 huertos se descarta el uso de maquinaria menor para labranza asistida y el uso de fertilizantes y abonos químicos. el manejo del suelo se basa en prácticas agroecológicas que priorizan el uso de fertilizantes orgánicos. La totalidad de los productores encuestados indicaron que emplean compost, estiércol, abonos verdes y bioles como fuentes principales de fertilización.

El compost, elaborado a partir de residuos orgánicos, es una de las técnicas más utilizadas para mejorar la estructura del suelo y aportar nutrientes esenciales. El estiércol, principalmente de origen bovino y aviar, es empleado para enriquecer el suelo con materia orgánica y microorganismos beneficiosos. Los abonos verdes, obtenidos del cultivo de especies leguminosas y otras plantas de cobertura, se utilizan para fijar nitrógeno y mejorar la fertilidad del suelo. Además, el biol, un fertilizante líquido derivado de la fermentación anaeróbica de residuos orgánicos se aplica en los cultivos para mejorar su crecimiento y resistencia a plagas y enfermedades.

El uso exclusivo de fertilizantes orgánicos refleja una estrategia sustentable que busca regenerar la fertilidad del suelo sin recurrir a insumos químicos. Este enfoque no solo contribuye a la producción de alimentos saludables, sino que también fortalece la resiliencia de los sistemas agrícolas urbanos, promoviendo la seguridad alimentaria y la conservación del medio ambiente.

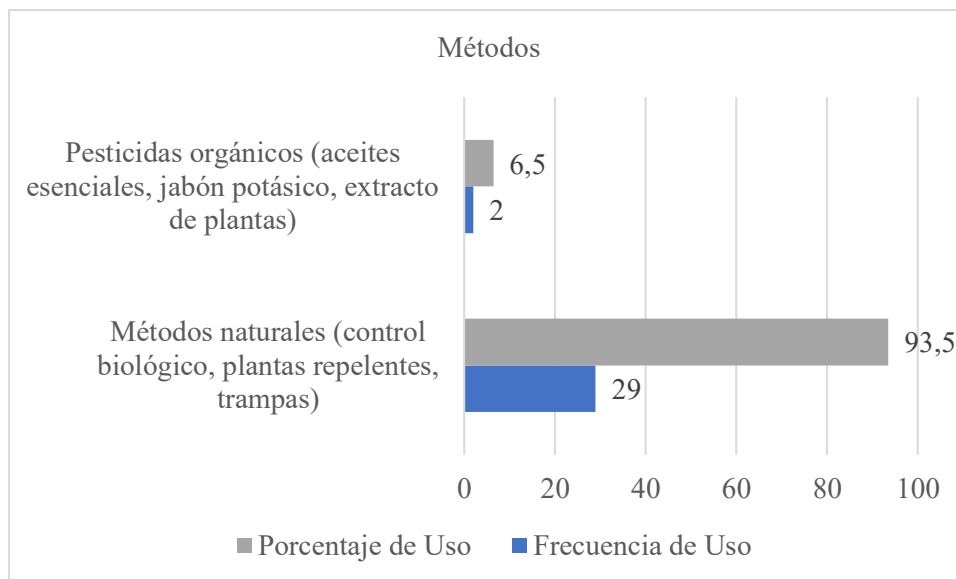
El control de plagas y enfermedades en los huertos "60 y Piquito" se realiza principalmente mediante métodos naturales, complementados en menor medida con el uso de pesticidas orgánicos, sin la aplicación de agroquímicos sintéticos.

De los huertos encuestados, el 93,5% emplea métodos naturales como el control biológico, la siembra de plantas repelentes y el uso de trampas de cebado. Entre las plantas repelentes más utilizadas están el cilantro (*Coriandrum sativum*), la albahaca (*Ocimum basilicum*), la menta (*Mentha sp.*) y el orégano (*Origanum vulgare*), que ayudan a repeler insectos y proteger los cultivos. En cuanto a las trampas, se utilizan cebos caseros para el control de insectos como moscas blancas y pulgones (ver gráfico 16).

El 6,5% restante emplea pesticidas orgánicos, principalmente aceites esenciales, extractos de plantas y jabón potásico. Este último se usa para eliminar polillas y hongos, ya que actúa como desinfectante sin afectar el ecosistema del huerto. Además, se emplean jabones neutros para la limpieza de hojas afectadas por plagas como áfidos y cochinillas.

El predominio de estrategias naturales muestra un enfoque agroecológico en la gestión de los huertos, priorizando la prevención de plagas mediante la biodiversidad y el manejo integrado en lugar del uso de insumos externos. A continuación, se presenta la tabla con los métodos utilizados:

Gráfico 4. 16. Métodos de manejo de plagas en el “60 y piquito”



Fuente: elaboración propia 2024

El manejo agroecológico de los huertos "60 y Piquito" se alinea con principios de sostenibilidad y resiliencia agroalimentaria, promoviendo el uso de fertilizantes orgánicos y estrategias naturales para el control de plagas. La exclusión de insumos químicos y el reemplazo de estos por compost, estiércol, bioles y abonos verdes refuerza un modelo de agricultura regenerativa, donde la salud del suelo es una prioridad y se busca reducir la dependencia de insumos externos (Altieri y Nicholls 2017). Este enfoque mejora la fertilidad, estructura del suelo, fomenta la expansión de la biodiversidad y fortalece la capacidad de adaptación del agroecosistema urbano, promoviendo sistemas más equilibrados y resistentes a factores ambientales adversos (Gliessman 2015).

El predominio de métodos naturales en el manejo de plagas responde a una lógica de control integrado, donde la diversificación de cultivos, el uso de plantas repelentes y las trampas biológicas minimizan la proliferación de organismos perjudiciales sin afectar el equilibrio ecológico. Estrategias como el uso de aceites esenciales y extractos de plantas reflejan un conocimiento práctico de los agricultores sobre alternativas agroecológicas y reafirman la importancia de los saberes locales en la producción urbana (Wezel et al. 2020). No obstante, la persistencia de un pequeño grupo que emplea pesticidas orgánicos indica que aún existen desafíos en la transición hacia un modelo completamente libre de agroquímicos, lo que resalta la necesidad de fortalecer programas de capacitación y acceso a bioinsumos dentro de la comunidad.

Desde una perspectiva más amplia, la implementación de prácticas agroecológicas en entornos urbanos como el "60 y Piquito" no solo impacta en la salud del suelo y la calidad de los alimentos, sino que también fortalece la soberanía alimentaria y la autonomía de los productores, reduciendo la vulnerabilidad frente a las dinámicas del mercado agrícola convencional (Rosset y Martínez-Torres 2012). En este sentido, la gestión del huerto se inscribe dentro de un paradigma de agroecología política, donde la producción de alimentos es también un acto de resistencia frente a modelos agrícolas extractivistas y dependientes de insumos industriales.

4.2.2. Tipos de cultivos presentes en el 60 y Piquito

Los huertos comunitarios "60 y Piquito" mantienen una diversidad de cultivos que contribuyen a la seguridad alimentaria y sostenibilidad de las familias participantes. La producción se distribuye en cinco tipos: hortalizas y verduras (más de 46 especies), cereales (más de 10 especies), leguminosas (al menos 9 especies), raíces y tubérculos (10 especies), y frutas, que están presentes en menor proporción con 5 especies.

En los huertos se cultivan diversas especies de cereales, destacándose algunos con mayor presencia y otros en menor proporción, lo que refleja las preferencias y necesidades de los productores. El maíz (*Zea mays*) (ver foto 7) es el cereal predominante, presente en el 83,9% de los huertos. Dentro de sus variedades, el maíz Morocho Blanco (*Zea mays* var. *Morocho Blanco*) tiene una presencia importante del 38,7%, evidenciando su valor en la producción local. Otros cereales con presencia moderada son la avena (*Avena sativa*) y la quinua (*Chenopodium quinoa*), ambas cultivadas en un 22,6% de los huertos. La cebada (*Hordeum vulgare*) también es relevante, con un 19,3%.

En menor proporción, se encuentran el centeno (*Secale cereale*), el trigo (*Triticum spp.*) y la chía (*Salvia hispanica*), cuya presencia es más reducida. El amaranto (*Amaranthus caudatus*) es el cereal menos cultivado, lo que podría estar relacionado con su menor demanda o disponibilidad de semillas.

Foto 4. 2. Cultivo de maíz (*Zea mays*)



Elaboración propia 2024.

Sobre esta base, se refleja que el maíz (*Zea mays*) es el pilar de la producción cerealera en los huertos, acompañado por otros cultivos tradicionales (ver tabla 5). La menor presencia de algunos cereales sugiere factores como condiciones climáticas, acceso a semillas o preferencias de los agricultores.

Tabla 4. 4. Especies principales de cereales en el 60 y Piquito

Cereal	Cantidad de huertos con esta especie	Porcentaje (%)
Maíz (<i>Zea mays</i>)	26	83,87
Raza Maíz: Morocho Blanco (<i>Zea mays</i> var. <i>Morocho Blanco</i>)	12	38,71
Avena (<i>Avena sativa</i>)	7	22,58
Quinoa (<i>Chenopodium quinoa</i>)	7	22,58
Cebada (<i>Hordeum vulgare</i>)	6	19,35

Elaboración propia 2024.

El fréjol (*Phaseolus vulgaris*) es la leguminosa más cultivada, presente en el 90,3% de los huertos. La arveja (*Pisum sativum*) y el haba (*Vicia faba*) también tienen una alta presencia, cada una con un 77,4%, indicando su relevancia en los sistemas productivos de los huertos (ver tabla 6).

El chocho (*Lupinus mutabilis*), aunque menos frecuente, se cultiva en el 48,4% de los huertos, lo que evidencia su importancia en algunas áreas, especialmente por su alto contenido proteico.

En menor proporción, las vainitas (*Phaseolus vulgaris* var. *nanus*) están presentes en el 9,7% de los huertos, lo que indica un cultivo menos extendido, posiblemente ligado a preferencias de consumo o disponibilidad de semillas.

Tabla 4. 5. Especies principales de leguminosas del 60 y Piquito

Leguminosa	Cantidad de huertos	Porcentaje (%)
Fréjol (<i>Phaseolus vulgaris</i>)	28	90,32
Arveja (<i>Pisum sativum</i>)	24	77,42
Haba (<i>Vicia faba</i>)	24	77,42
Chocho (<i>Lupinus mutabilis</i>)	15	48,39
Vainitas (<i>Phaseolus vulgaris</i> var. <i>nanus</i>)	3	9,68

Elaboración propia 2024.

En cuanto a las principales raíces y tubérculos, la papa (*Solanum tuberosum*) es el cultivo más presente en los huertos, con un 71% de participación. Tanto la remolacha (*Beta vulgaris*) como la zanahoria amarilla (*Daucus carota*) también destacan, con un 67,7% y 64,5%, respectivamente (ver tabla 7). Su cultivo no solo aporta diversidad en la alimentación, sino que también fortalece la resiliencia de los sistemas agrícolas al incorporar especies con distintas exigencias edafoclimáticas.

El melloco (*Ullucus tuberosus*), con un 48,4%, mantiene su presencia como tubérculo andino de alto valor nutricional y cultural. Su cultivo refuerza el vínculo con prácticas tradicionales y contribuye a la soberanía alimentaria. En menor proporción, el camote (*Ipomoea batatas*) se

encuentra en el 35,5% de los huertos. Aunque menos extendido, sigue siendo una opción productiva que complementa la diversificación de cultivos en estos espacios.

Tabla 4. 6. Especies principales de raíces y tubérculos del 60 y Piquito

Raíces/Tubérculos	Cantidad de huertos	Porcentaje (%)
Papa (<i>Solanum tuberosum</i>)	22	71,0
Remolacha (<i>Beta vulgaris</i>)	21	67,7
Zanahoria amarilla (<i>Daucus carota</i>)	20	64,5
Melloco (<i>Ullucus tuberosus</i>)	15	48,4
Camote (<i>Ipomoea batatas</i>)	11	35,5

Elaboración propia 2024.

La categoría de cultivo “hortalizas y verduras” es la más extendida en los huertos. Su producción ha estado dominada por la acelga (*Beta vulgaris subsp. vulgaris*), cultivada en el 90,3% de los huertos, seguida por la col (*Brassica oleracea*) con un 80,6%, el apio (*Apium graveolens*) y el cilantro (*Coriandrum sativum*) con un 77,4% cada uno, y el perejil (*Petroselinum crispum*) con un 74,2%. Estas especies han sido las más comunes en la producción (ver tabla 8).

En contraste, algunas hortalizas y hierbas han tenido una presencia mucho menor. La estevia (*Stevia rebaudiana*), el kale (*Brassica oleracea var. sabellica*), el hinojo (*Foeniculum vulgare*) y el orégano (*Origanum vulgare*) apenas fueron cultivados en un 3,2% de los huertos. El toronjil (*Melissa officinalis*), la sábila (*Aloe vera*) y el zapallo (*Cucurbita maxima*) estuvieron presentes en el 6,5% de los casos, mientras que el laurel (*Laurus nobilis*), el paico (*Dysphania ambrosioides*) y el nabo (*Brassica rapa*) alcanzaron solo el 9,7%. Cultivos como la berenjena (*Solanum melongena*), el pepinillo (*Cucumis sativus*) y el pimiento (*Capsicum annuum*) se encontraron en el 12,9% de los huertos.

Tabla 4. 7. Especies principales de hortalizas y verduras del 60 y Piquito

Hortalizas y verduras	Cantidad de huertos	Porcentaje respecto a 31 huertos
Acelga (<i>Beta vulgaris subsp. vulgaris</i>)	28	90,3

Apio (<i>Apium graveolens</i>)	24	77,4
Col (<i>Brassica oleracea</i>)	25	80,6
Cilantro (<i>Coriandrum sativum</i>)	24	77,4
Perejil (<i>Petroselinum crispum</i>)	23	74,2

Elaboración propia 2024.

Estos datos muestran una clara preferencia por hortalizas de ciclo corto y uso frecuente en la cocina, mientras que las especies menos cultivadas podrían deberse a preferencia alimentaria o a requerimientos agronómicos más específicos.

Las frutas son que se encuentran en menos proporción en los huertos (ver tabla 9). El taxo (*Passiflora tripartita*) es el más cultivado, presente en el 45,2% de los huertos. Le sigue el chamburo (*Carica pubescens*) con un 38,7% y el babaco (*Vasconcellea x heilbornii*) con un 32,3%. La uvilla (*Physalis peruviana*) alcanza el 29,0%, mientras que la granadilla (*Passiflora ligularis*) está en el 25,8%.

Otras frutas como la guayaba (*Psidium guajava*), la mora (*Rubus glaucus*) y la guayusa (*Ilex guayusa*) tienen una presencia baja en los huertos, sin superar el 20%. Esto evidencia una preferencia por frutas andinas y especies adaptadas a la zona, con menor presencia de frutales de mayor porte.

Tabla 4. 8. Especies principales de frutas del 60 y Piquito

Fruta	Frecuencia en huertos	Porcentaje en huertos
Chamburo (<i>Carica pubescens</i>)	12	38,7
Babaco (<i>Vasconcellea x heilbornii</i>)	10	32,3
Taxo (<i>Passiflora tripartita</i>)	14	45,2
Granadilla (<i>Passiflora ligularis</i>)	8	25,8
Uvilla (<i>Physalis peruviana</i>)	9	29,0
Guayaba (<i>Psidium guajava</i>)	6	19,4
Mora (<i>Rubus glaucus</i>)	7	22,6

Guayusa (<i>Ilex guayusa</i>)	5	16,1
Tomate de árbol (<i>Solanum betaceum</i>)	11	35,5

Elaboración propia 2024.

4.3. Prácticas agroalimentarias y calidad de la dieta

Los integrantes del 60 y Piquito cultivan cinco tipos de cultivos: cereales, leguminosas, hortalizas y verduras, frutas, y raíces y tubérculos. Sin embargo, como en muchos sistemas agroalimentarios urbanos, la producción local no es autosuficiente para cubrir completamente la dieta de las familias. Esto las obliga a recurrir a otros espacios de comercialización, donde la oferta y accesibilidad de alimentos están determinadas por factores económicos, políticos y espaciales (Patel 2009).

El análisis de la producción en los huertos del 60 y Piquito muestra una alta diversidad de cultivos destinados al autoconsumo, con una clara predominancia de hortalizas y verduras (más de 46 especies), seguidas por cereales (más de 10 especies), leguminosas (más de 9 especies), raíces y tubérculos (al menos 10 especies), y en menor proporción, frutas (5 especies). Esta diversidad permite que el 100% de los hogares participantes accedan a una variedad significativa de alimentos frescos y agroecológicos.

El autoconsumo es la principal vía de aprovechamiento de la producción, con los excedentes siendo redistribuidos a través de intercambios entre vecinos o compartidos con familiares y otros miembros del huerto. Aunque la producción cubre una parte importante de la dieta familiar, la limitada presencia de ciertos grupos de alimentos, como frutas y proteínas animales, sugiere que los hogares siguen dependiendo de otras fuentes de abastecimiento para complementar su alimentación.

Para analizar los hábitos alimentarios, los alimentos se agruparon en tres categorías: origen vegetal, origen animal y derivados lácteos, y procesados con azúcar o grasas. Esta clasificación permitió evaluar el acceso a alimentos más allá de la producción local y comprender mejor la alimentación de la comunidad en un contexto de desigualdad en los ambientes alimentarios, entendidos como la configuración espacial, económica y social que condiciona la disponibilidad y accesibilidad a alimentos nutritivos (Guthman 2011).

4.3.1. Frecuencia de consumo del grupo de alimentos de origen vegetal

El plátano verde y el aguacate presentan una baja frecuencia de consumo, con la mayoría de los hogares ubicados en las categorías de "nunca o casi nunca" y "bajo consumo", lo que sugiere restricciones en su acceso o una menor integración en la dieta local. Esto puede estar vinculado a factores como costos, preferencias alimentarias o dificultades en la producción comunitaria de estos productos.

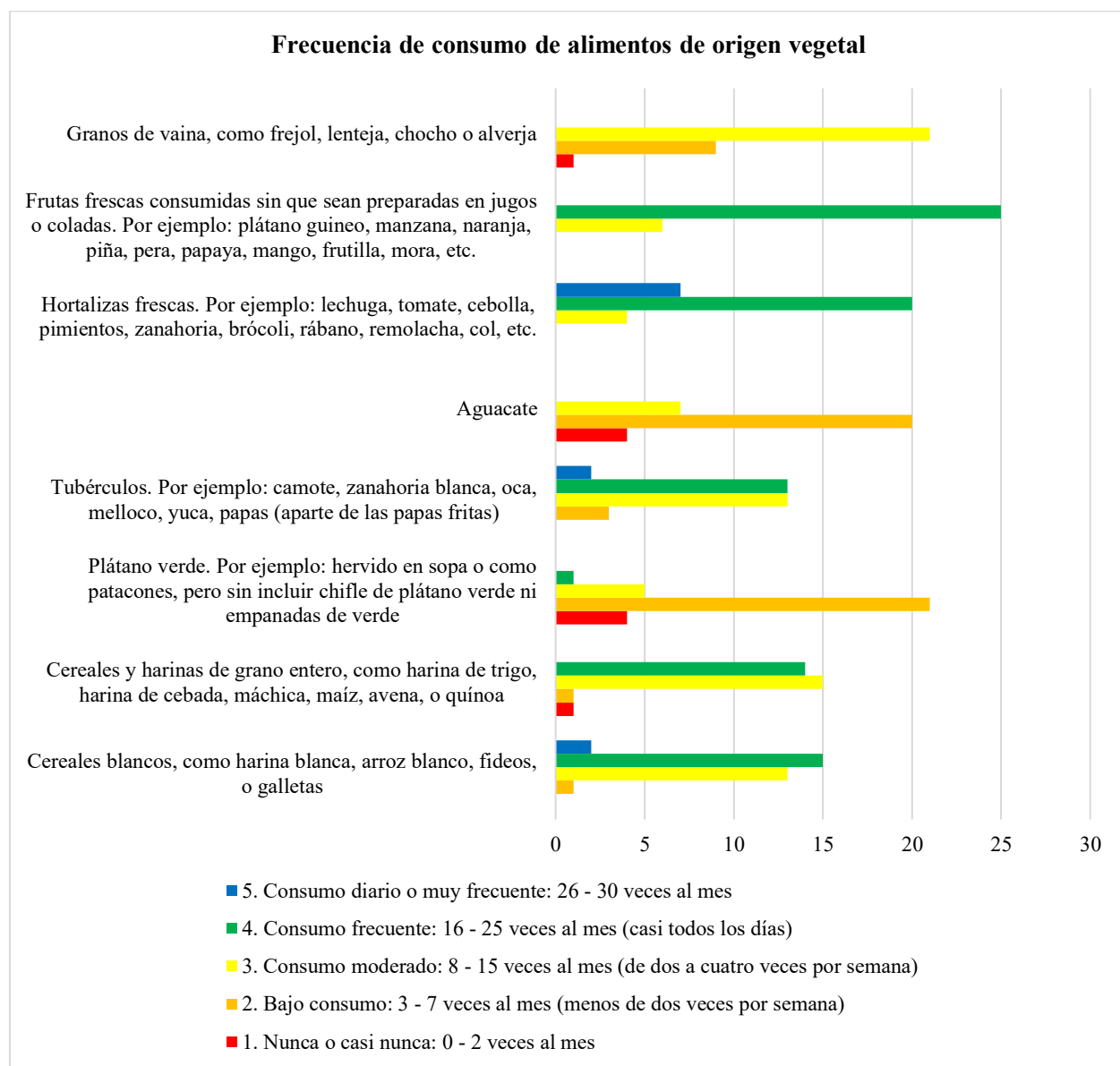
En contraste, los granos de vaina y tubérculos muestran un consumo más estable en la categoría de "consumo moderado", lo que indica su relevancia como fuente de nutrientes y proteínas vegetales dentro de la dieta, aunque no sean consumidos a diario. Esto podría estar relacionado con la disponibilidad intermitente de estos productos o su consumo en combinación con otros alimentos.

Las hortalizas y frutas frescas destacan con un consumo frecuente y diario en la mayoría de los hogares, evidenciando una alta disponibilidad y preferencia por estos productos. Esto reflejaría la funcionalidad del huerto comunitario como fuente de acceso directo a alimentos frescos, lo que contribuye a la seguridad alimentaria y nutricional de los participantes.

Los cereales blancos y cereales de grano entero tienen un consumo distribuido en todas las categorías, lo que indica que son una base energética fundamental en la dieta (ver gráfico 17). Su presencia tanto en consumo moderado como frecuente y diario sugiere que son adquiridos fuera del huerto comunitario, dependiendo de mercados externos, lo que muestra una combinación entre autoproducción y dependencia del mercado en la alimentación de los hogares.

Estos patrones de consumo reflejan diferencias en el acceso y disponibilidad de alimentos dentro del huerto comunitario, donde algunos productos tienen mayor presencia en la producción local (hortalizas y frutas frescas), mientras que otros, como los cereales y el plátano verde, dependen de dinámicas de mercado.

Gráfico 4. 17. Frecuencia de consumo del grupo de alimentos de origen vegetal



Elaboración propia 2024.

El análisis de la frecuencia de consumo de los distintos grupos de alimentos en los huertos "60 y Piquito" revela patrones diferenciales en la disponibilidad y accesibilidad de los productos, que reflejan tanto el impacto de la producción agroecológica comunitaria como la persistente dependencia del mercado para ciertos alimentos. La alta frecuencia de consumo de hortalizas y frutas frescas confirma el papel del huerto como una fuente clave de seguridad alimentaria y nutricional, reduciendo la necesidad de adquisición de estos productos en el mercado y promoviendo una dieta más saludable (Altieri y Toledo 2011). Sin embargo, la baja presencia del

plátano verde y el aguacate sugiere que ciertos cultivos, ya sea por requerimientos (incluidas las condiciones climáticas) agronómicos, costos o preferencias, no logran integrarse de la misma manera en el esquema productivo local.

Por otro lado, los granos de vaina y tubérculos, con un consumo mayormente moderado, reflejan su relevancia en la dieta, aunque su disponibilidad estaría sujeta a factores estacionales o logísticos. Esto puede deberse a las dinámicas de producción comunitaria, donde algunos cultivos requieren más tiempo y espacio para su desarrollo, lo que afecta su acceso regular (Gliessman 2015). Además, la distribución del consumo de cereales blancos y de grano entero en todas las categorías sugiere una dependencia estructural del mercado para este tipo de alimentos, lo que refuerza la idea de que, a pesar de los beneficios de la producción agroecológica, la dieta de las familias sigue combinando lo autoproducido con lo adquirido externamente (FAO 2017).

4.3.2. Frecuencia de consumo del grupo de alimentos procesados y alimentos con azúcar o grasas

La mayoría de los hogares evitan o consumen muy ocasionalmente estos productos. En la categoría "nunca o casi nunca" (0-2 veces al mes), el 29 de los 31 hogares prácticamente no consume snacks de paquete, mientras que 25 evitan las bebidas azucaradas envasadas y 22 consumen raramente dulces y golosinas. Esto sugiere que existe una preferencia general por reducir el consumo de productos con alto contenido de azúcares y grasas añadidas, aunque también podría deberse a factores de accesibilidad o costo.

En la categoría de "bajo consumo" (3-7 veces al mes, menos de dos veces por semana), los embutidos tienen una presencia más marcada, con 15 hogares que los incluyen ocasionalmente en su dieta, mientras que las papas fritas caseras y las comidas rápidas aparecen en 11 y 9 hogares, respectivamente. Esto indica que, aunque no son consumidos con regularidad, estos productos siguen formando parte de la alimentación de una parte significativa de la población.

Cuando se analiza la frecuencia de "consumo moderado" (8-15 veces al mes, de dos a cuatro veces por semana), se observa que los jugos o coladas con azúcar tienen la mayor presencia en 14 hogares, lo que refleja una tradición de consumo de bebidas dulces de preparación casera, en contraste con las bebidas azucaradas envasadas, que tienen un consumo menor. Los embutidos y las papas fritas caseras también se ubican en este rango en 10 y 6 hogares, respectivamente, lo

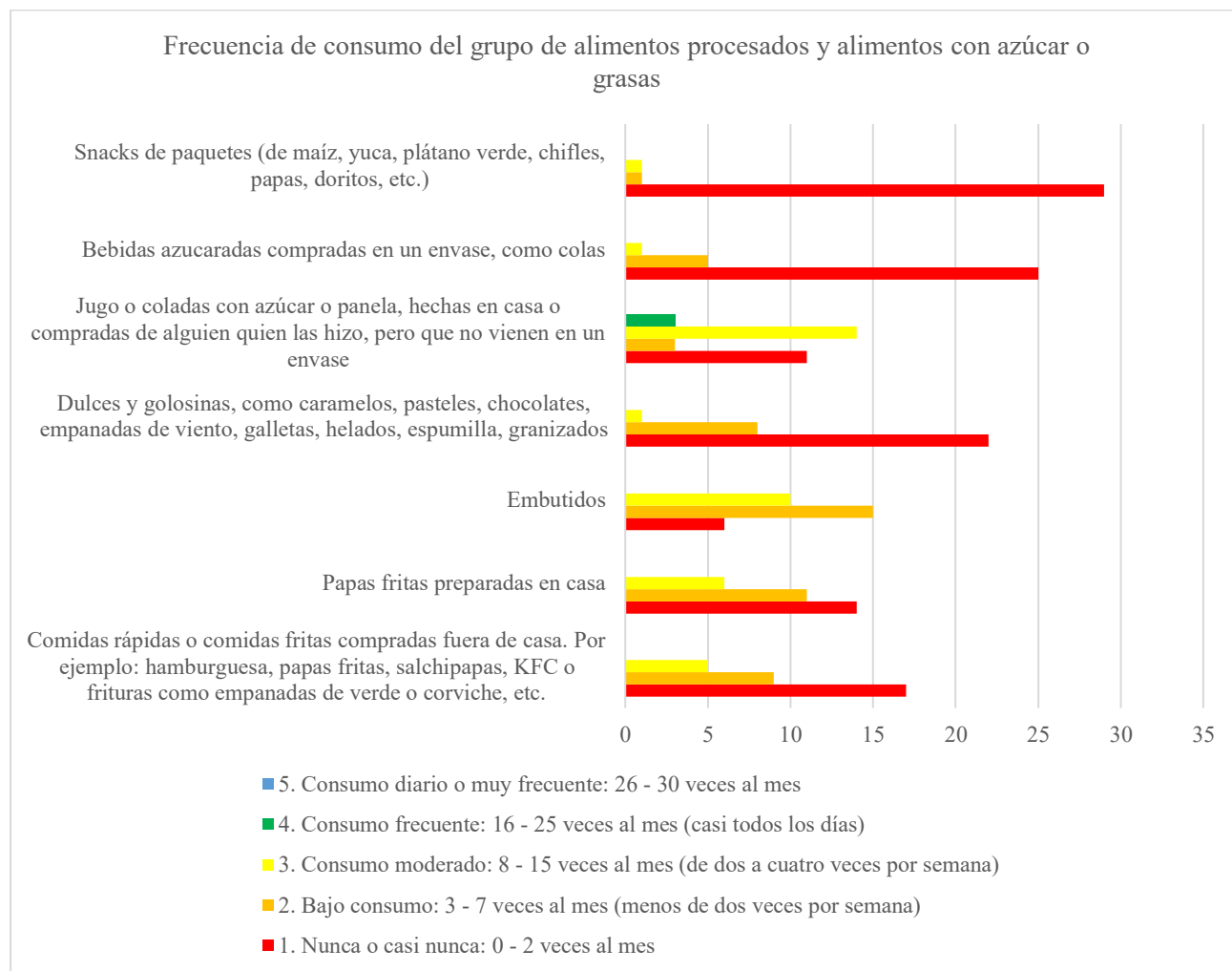
que muestra que estos productos son incorporados en la dieta de manera regular, pero sin llegar a ser alimentos de consumo diario.

El consumo frecuente (16-25 veces al mes, casi todos los días) es poco común para este grupo de alimentos, con solo 3 hogares que consumen jugos o coladas con azúcar en esta categoría, lo que sugiere que los productos con alto contenido de azúcares añadidas siguen siendo limitados en la dieta cotidiana (ver gráfico 18).

En la categoría "consumo diario o muy frecuente" (26-30 veces al mes), ningún hogar reporta un consumo constante de estos alimentos, lo que reafirma que los productos altamente procesados y con azúcar o grasas añadidas no son la base de la alimentación de la comunidad.

Estos patrones de consumo reflejan una relación entre hábitos alimentarios, accesibilidad y percepciones sobre la alimentación saludable. Mientras que los productos altamente procesados y con azúcares añadidos son limitados en la dieta diaria, los jugos o coladas con azúcar tienen una mayor aceptación, lo que indica que las preparaciones caseras siguen siendo preferidas frente a las versiones industriales. A su vez, la baja presencia de comidas rápidas y snacks envasados sugiere una menor dependencia de la alimentación fuera del hogar y de la industria de ultraprocesados.

Gráfico 4.18. Frecuencia de consumo del grupo de alimentos procesados y alimentos con azúcar o grasas



Fuente: elaboración propia 2024

El bajo consumo de alimentos ultraprocesados en la comunidad del "60 y Piquito" refleja una combinación de factores relacionados con la edad, el estado de salud y las percepciones sobre la alimentación saludable. La predominancia de adultos mayores en la gestión de los huertos y la presencia significativa de enfermedades crónicas como diabetes, hipertensión y osteoporosis sugieren una mayor conciencia sobre los riesgos asociados a dietas ricas en azúcares y grasas añadidas (Monteiro et al. 2019). Este comportamiento contrasta con patrones observados en poblaciones más jóvenes o en sectores urbanos donde los productos ultraprocesados constituyen una parte esencial de la dieta (Popkin y Reardon 2018). Así, el huerto comunitario desempeñaría un papel crucial no solo como una fuente de alimentos frescos y nutritivos, sino también como un

espacio que refuerza prácticas alimentarias orientadas hacia la prevención de enfermedades y la autosuficiencia alimentaria.

En este sentido, el huerto funciona como un mecanismo de resistencia ante la homogeneización alimentaria impuesta por la industria de ultraprocesados. Como lo señala Guthman (2011), la expansión de los mercados de alimentos industrializados ha llevado a una disminución en la variedad de productos frescos disponibles en sectores urbanos vulnerables, promoviendo una alimentación dependiente de productos empaquetados de bajo costo y alto contenido calórico. Sin embargo, la comunidad del "60 y Piquito" ha desarrollado estrategias que permiten conservar una dieta basada en alimentos frescos, en parte gracias al cultivo local de hortalizas, tubérculos y leguminosas. Aunque algunos productos procesados como embutidos y papas fritas caseras siguen presentes en la dieta, su consumo es esporádico y no responde a una dependencia estructural de la oferta del mercado, lo que refuerza la noción de los huertos urbanos como espacios de autonomía alimentaria (FAO 2019).

Por otro lado, el consumo relativamente alto de jugos y coladas con azúcar sugiere que, si bien la comunidad ha reducido la ingesta de bebidas industrializadas, persisten ciertos hábitos tradicionales ligados a la alimentación casera. Esto coincide con estudios previos que han demostrado que las preparaciones dulces caseras no siempre se perciben como problemáticas en términos de salud, en contraste con los refrescos y jugos embotellados que sí son señalados como dañinos (Scrinis 2013). No obstante, el hecho de que la mayoría de hogares con mayor consumo de estos productos son aquellos con ingresos más altos y con presencia de hijos jóvenes y pequeños, indica que existen diferencias generacionales en las prácticas alimentarias. Mientras que los adultos mayores priorizan una dieta basada en productos naturales y mínimamente procesados, los hogares con jóvenes y niños integran con mayor frecuencia alimentos con mayor carga calórica, lo que podría responder a percepciones sobre la necesidad de aportar energía en la alimentación infantil o simplemente a patrones de consumo más flexibles en las familias jóvenes (Willet et al. 2019).

En términos de acceso y disponibilidad, la baja presencia de alimentos ultraprocesados en la dieta diaria de la comunidad podría responder también a una menor dependencia de la industria de alimentos rápidos y del comercio formal, dado que el 93,5% de los participantes indicó que el huerto les ha permitido garantizar su propio abastecimiento de alimentos. Sin embargo, este

modelo no significa un aislamiento total del mercado alimentario urbano. Los cereales y ciertos productos de origen animal siguen siendo adquiridos en mercados populares o tiendas de barrio, lo que sugiere que la comunidad ha logrado integrar una combinación entre producción agroecológica y acceso a insumos externos sin depender completamente de la oferta comercial de productos industrializados (FAO 2019). En este contexto, los huertos urbanos no solo representan un mecanismo de seguridad alimentaria, sino que también constituyen una alternativa para construir modelos alimentarios sostenibles, que promueven la diversidad de cultivos, la autosuficiencia y la reducción del impacto ambiental asociado a los sistemas convencionales de producción y distribución de alimentos.

4.3.3. Frecuencia de consumo del grupo de alimentos origen animal y derivados lácteos

El yogurt con azúcar o leche de sabores y el yogurt o leche sin azúcar tienen una baja presencia en la dieta de la mayoría de los hogares. En la categoría "nunca o casi nunca" (0-2 veces al mes), 17 hogares no consumen versiones endulzadas y 21 hogares evitan las opciones sin azúcar, lo que indica un consumo limitado de lácteos en general. Esta tendencia se mantiene en la categoría "bajo consumo" (3-7 veces al mes), con 11 y 7 hogares (ver gráfico 19), respectivamente, lo que sugiere que los productos lácteos no son de consumo habitual en la comunidad.

El queso también muestra un consumo esporádico, con 13 hogares que lo consumen rara vez o nunca y otros 13 que lo incluyen con baja frecuencia en su dieta, lo que evidencia que, aunque tiene una presencia estable, no es un producto de consumo prioritario. En la categoría "consumo moderado" (8-15 veces al mes, de dos a cuatro veces por semana), solo 5 hogares lo consumen con mayor regularidad, lo que indica una preferencia menor en comparación con otras fuentes de proteína animal.

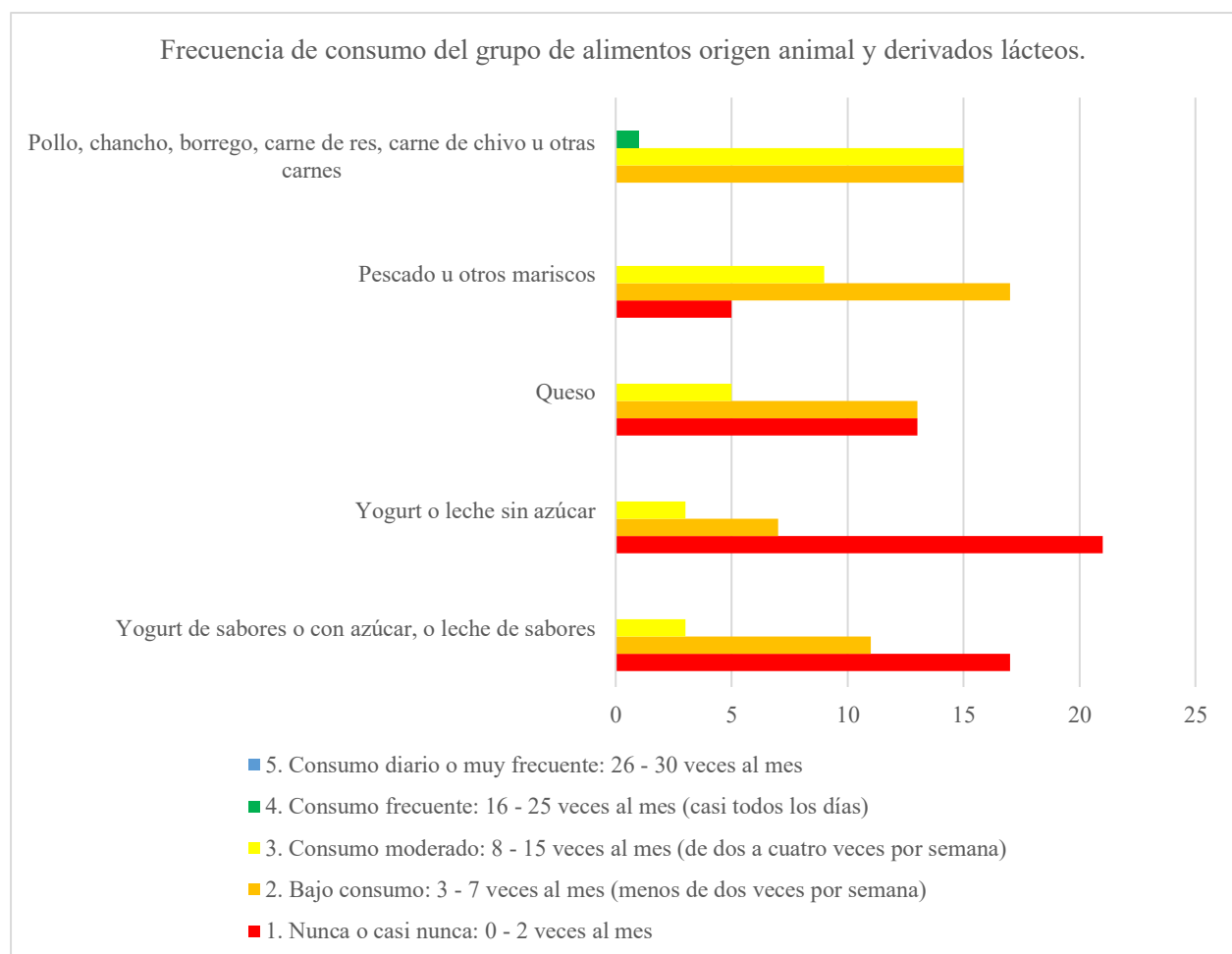
El pescado y otros mariscos son consumidos con menor frecuencia en comparación con otras carnes. 5 hogares nunca lo consumen o casi nunca lo hacen, mientras que 17 lo ingieren con baja frecuencia. En la categoría "consumo moderado", solo 9 hogares lo incluyen ocasionalmente en su alimentación, lo que indica que el acceso a estos productos puede estar restringido por disponibilidad o costos.

En contraste, las carnes (pollo, chanco, res, borrego, chivo) tienen una mayor presencia en la dieta. Ningún hogar reporta un consumo nulo, lo que sugiere que es la fuente de proteína animal más accesible. En la categoría "bajo consumo", 15 hogares las ingieren ocasionalmente, mientras

que en "consumo moderado", otros 15 hogares las incluyen con regularidad en su alimentación. Sin embargo, solo 1 hogar consume carne con frecuencia (16-25 veces al mes) y ninguno lo hace de manera diaria, lo que sugiere que, aunque es un alimento común, no se consume todos los días, posiblemente debido a estrategias de diversificación alimentaria.

Estos patrones de consumo reflejan un acceso limitado a ciertos productos de origen animal, especialmente lácteos y pescado, lo que podría estar vinculado a factores económicos o logísticos. La mayor presencia de carnes en la dieta, aunque sin llegar a un consumo diario, indica que sigue siendo la principal fuente de proteína animal en las familias.

Gráfico 4.19. Frecuencia de consumo del grupo de alimentos origen animal y derivados lácteos



Fuente: elaboración propia 2024

El consumo diferenciado de productos de origen animal en la comunidad del "60 y Piquito" refleja una combinación de factores socioeconómicos, culturales y de accesibilidad alimentaria. La baja presencia de lácteos, como el yogur endulzado o sin azúcar y el queso, sugiere que estos productos no son una parte central de la dieta cotidiana, lo que concuerda con estudios que indican que el acceso a productos lácteos en comunidades con ingresos limitados suele ser esporádico y depende de disponibilidad y costos (FAO 2020). Además, la menor preferencia por el queso y el yogur puede estar relacionada con la prevalencia de dietas basadas en alimentos frescos y de producción local, donde la proteína proviene principalmente de fuentes vegetales o carnes más asequibles.

El consumo de carne sigue siendo un eje central de la dieta, aunque con moderación, lo que indica una estrategia de diversificación alimentaria. Si bien ninguna familia reporta la ausencia total de carne en su alimentación, su consumo no es diario, lo que sugiere que, más allá de los factores económicos, las familias optan por balancear su ingesta con otros alimentos, posiblemente para maximizar la duración de los recursos y distribuir mejor los gastos (Darmon y Drewnowski 2015). Este patrón es consistente con otras investigaciones sobre seguridad alimentaria en entornos urbanos de bajos ingresos, donde las familias priorizan alimentos más saciantes y de fácil acceso en lugar de depender exclusivamente de proteínas animales.

Por otro lado, el consumo limitado de pescado y mariscos refleja barreras logísticas y económicas. En estudios sobre acceso alimentario en contextos urbanos marginales, se ha documentado que los productos pesqueros suelen estar menos disponibles o son más costosos que las carnes tradicionales, lo que reduce su consumo incluso en comunidades donde existe una cultura de alimentación variada (Béné et al. 2015). Esto sugiere que, más allá de las preferencias individuales, existen factores estructurales que determinan qué alimentos pueden ser incorporados con mayor frecuencia en la dieta familiar.

Los patrones de consumo en el "60 y Piquito" reflejan una combinación de disponibilidad, accesibilidad y preferencias alimentarias, donde las carnes siguen siendo la fuente predominante de proteína animal, mientras que los lácteos y el pescado presentan limitaciones en su consumo. Esto refuerza la importancia de estrategias que fomenten la diversidad alimentaria y el acceso equitativo a fuentes de proteína de calidad, especialmente en comunidades donde la producción agroecológica juega un rol fundamental en la seguridad alimentaria.

4.4. Prácticas de vida sostenibles entre los participantes de “60 y piquito”

Esta sección examina cómo la participación en el huerto ha incidido en la adopción de prácticas sostenibles en la comunidad, destacando tanto sus avances como las limitaciones estructurales que aún enfrentan.

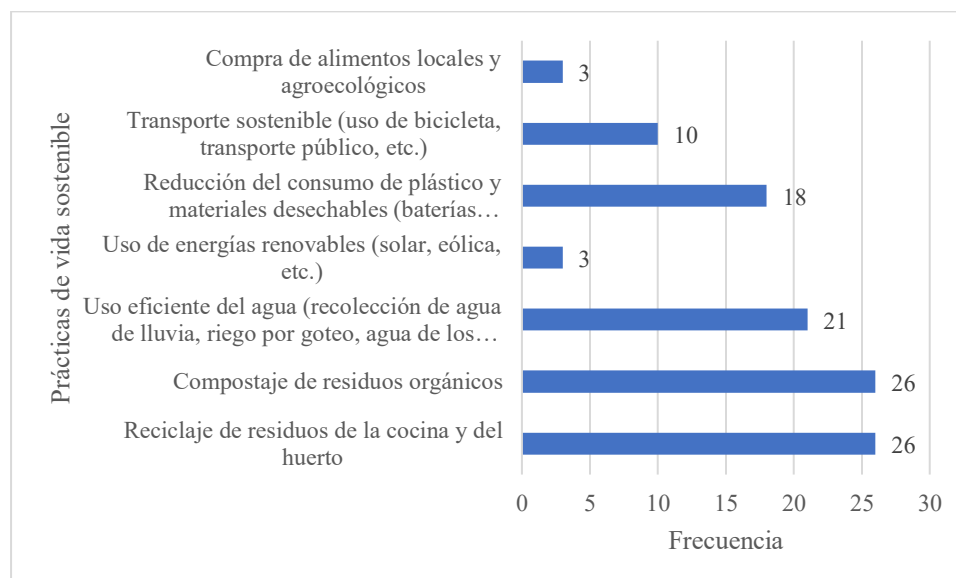
4.4.1. A nivel de hogar

El uso eficiente del agua, con 21 hogares, refleja una conciencia sobre la optimización del recurso hídrico, aunque aún no es una práctica generalizada. En contraste, el uso de energías renovables es muy limitado, con solo 3 hogares que implementan estas tecnologías, lo que sugiere barreras económicas o tecnológicas para su adopción (ver gráfico 20).

La reducción del consumo de plásticos y materiales desechables tiene presencia en 18 hogares, mientras que el transporte sostenible (bicicleta, transporte público) es adoptado por 10 hogares, mostrando un compromiso moderado con la reducción del impacto ambiental en movilidad y consumo.

La compra de alimentos locales y agroecológicos, con solo 3 hogares, es la práctica menos frecuente, lo que evidencia que el acceso a este tipo de productos es limitado o que su incorporación en la dieta aún no es prioritaria.

Gráfico 4. 20. Prácticas de vida sostenibles



Elaboración propia 2024.

La adopción de prácticas sostenibles en los hogares del 60 y Piquito refleja un proceso de apropiación diferencial de estrategias ecológicas, donde algunas acciones, como el uso eficiente del agua, han logrado mayor arraigo, mientras que otras, como el uso de energías renovables, siguen siendo marginales. El predominio de prácticas de conservación hídrica en 21 hogares responde a la necesidad de optimizar un recurso esencial en contextos urbanos, donde la disponibilidad y calidad del agua pueden ser limitadas (Gleick 2018). Sin embargo, la baja implementación de energías renovables en solo tres hogares evidencia barreras estructurales, como el costo de instalación y el acceso restringido a incentivos gubernamentales para la transición energética (Pimentel et al. 2020). No obstante, es importante destacar que en el espacio comunitario del huerto existen tres unidades con dinamos instalados para generar energía utilizada en la recarga de lámparas, lo que facilita el trabajo en horas de la madrugada y refuerza las rondas de seguridad nocturnas en el barrio. Esta práctica demuestra que, aunque a nivel de hogar el acceso a energías renovables es limitado, a nivel colectivo se han desarrollado estrategias alternativas que combinan sostenibilidad y seguridad comunitaria.

Por otro lado, la reducción del consumo de plásticos y materiales desechables en 18 hogares indica una tendencia hacia la minimización de residuos, alineada con el concepto de "ciudad circular", donde la gestión de desechos y la reutilización de materiales son claves para la sostenibilidad urbana (Ellen MacArthur Foundation 2017). Sin embargo, la baja prevalencia de la compra de alimentos agroecológicos (solo en 3 hogares) revela que, a pesar de la proximidad con huertos urbanos, la accesibilidad y el costo siguen siendo limitantes para integrar estos productos en la dieta cotidiana (Altieri y Nicholls 2017). Esto se relaciona con estudios que muestran que, en barrios populares, la alimentación está altamente condicionada por factores socioeconómicos, como el acceso a ingresos estables, la disponibilidad de productos en mercados locales y las estrategias de supervivencia económica de los hogares (Carney 2012; Wittman, Desmarais y Wiebe 2010). En este sentido, aunque los huertos urbanos contribuyen al abastecimiento de alimentos frescos, su impacto en la dieta familiar sigue estando mediado por las dinámicas del mercado, preferencias alimentarias y la estabilidad financiera de los hogares.

A nivel comunitario, el huerto del 60 y Piquito representa un espacio donde la sostenibilidad se materializa de manera más concreta. Estrategias como el compostaje y la cosecha de agua refuerzan una gestión circular de los recursos, reduciendo la dependencia de insumos externos y fortaleciendo la resiliencia local (Pretty 2018). Además, el hecho de que la mayoría de los

participantes se desplace caminando al huerto refuerza la idea de que estos espacios no solo aportan a la producción alimentaria, sino que también influyen en la movilidad cotidiana y en la construcción de hábitos más sostenibles (Hou 2020).

El transporte público juega un papel clave en la movilidad sostenible de los participantes del huerto, ya que, junto con el caminar, representa una de las principales formas de transporte. En barrios populares, la combinación de transporte público y movilidad activa (caminar o bicicleta) es fundamental para la sostenibilidad urbana y la reducción de emisiones de carbono (Cervero y Murakami 2010). En este contexto, el hecho de que algunos miembros del huerto opten por el transporte público en lugar del uso de vehículos privados refuerza la idea de que las prácticas agroecológicas pueden extenderse más allá de la producción de alimentos, promoviendo patrones de movilidad más sostenibles.

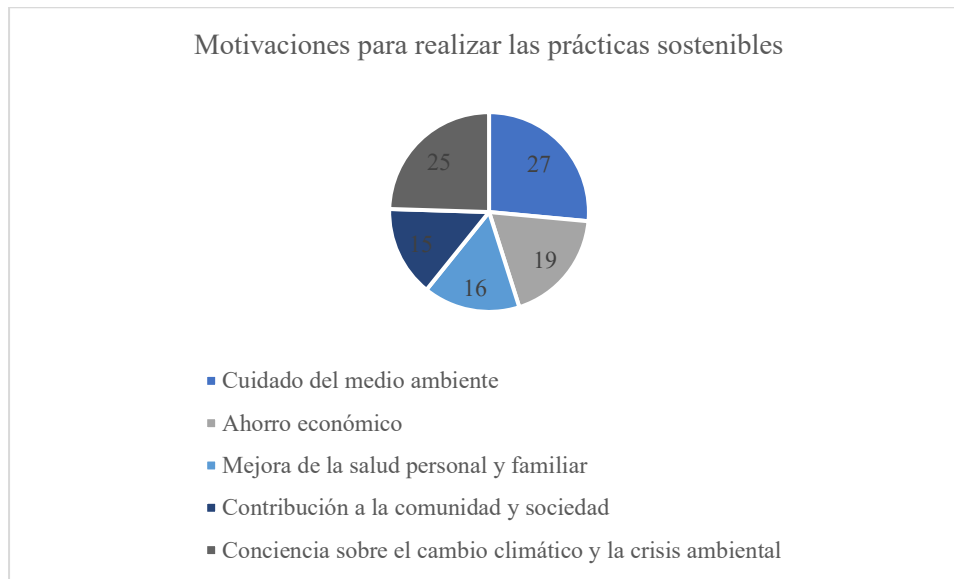
4.4.2. Motivaciones para realizar las prácticas sostenibles

El cuidado del medio ambiente es la principal motivación, con 27 hogares que lo priorizan, lo que sugiere que la experiencia en el huerto refuerza la conciencia ecológica y el manejo responsable de los recursos. De manera similar, la conciencia sobre el cambio climático y la crisis ambiental, mencionada por 25 hogares, indica que la participación en espacios de producción comunitaria fomenta una visión crítica sobre los impactos ambientales.

El ahorro económico, con 19 hogares (ver gráfico 21), evidencia que la producción local de alimentos es percibida como una estrategia para reducir costos en el hogar. La mejora de la salud personal y familiar, mencionada por 16 hogares, refleja el reconocimiento de los beneficios nutricionales de una alimentación basada en productos frescos y agroecológicos.

Por otro lado, la contribución a la comunidad y sociedad, con 15 hogares, es la motivación menos mencionada, lo que sugiere que, aunque existe un impacto colectivo del huerto, este aún se percibe más desde una perspectiva individual.

Gráfico 4. 21. Motivaciones para realizar las prácticas sostenibles



Elaboración propia 2024.

El cuidado del medio ambiente es la principal motivación, con 27 hogares priorizándolo, lo que sugiere que la agricultura urbana está asociada a ciudadanos con mayor conciencia ambiental y que adoptan prácticas ambientalmente sostenibles con una incidencia en fomentar ciudades más sostenibles.

En Río de Janeiro, Brasil, el programa Hortas Cariocas ha sido un modelo exitoso en la transformación de áreas degradadas en espacios productivos, integrando principios de agroecología para recuperar suelos contaminados y mejorar la biodiversidad urbana (Lima y Silva 2021). En este caso, la motivación ambiental ha sido reforzada por el impacto visible de los huertos en la restauración del ecosistema urbano.

De manera similar, en Ciudad de México, la iniciativa Huertos Urbanos CDMX ha demostrado que la participación en espacios productivos comunitarios refuerza la conciencia ambiental, pues los agricultores urbanos adquieren conocimientos sobre el manejo del suelo, la reducción de plaguicidas y el uso eficiente del agua (Santandreu y Dubbeling 2014). En el 60 y Piquito, este fenómeno es evidente en el compromiso de los participantes con prácticas como el compostaje y la eliminación de plásticos, lo que refuerza la idea de que la agricultura urbana opera como un mecanismo que contribuye a la creación de subjetividades ecológicas en habitantes urbanos.

Sin embargo, para amplificar el impacto ambiental de estas iniciativas locales de agricultura urbana, sería necesario fortalecer la vinculación del huerto con otros espacios urbanos, replicando experiencias como las de Rosario, Argentina, donde los huertos comunitarios han sido integrados en la planificación urbana como parte de los corredores verdes de la ciudad, aumentando su impacto en el entorno (Dubbeling, Bracalenti y Lagorio 2009).

La conciencia sobre el cambio climático y la crisis ambiental, mencionada por 25 hogares, indica que los huertos urbanos pueden operar como espacios de resistencia frente a la crisis socioambiental. En América Latina, donde el cambio climático ha intensificado fenómenos como la sequía y la pérdida de biodiversidad, la gestión comunitaria de recursos se ha convertido en una estrategia clave para la adaptación climática.

En Lima, Perú, los huertos urbanos han surgido como una alternativa para mitigar el impacto de la desertificación urbana, promoviendo sistemas de captación de agua de lluvia y la reintroducción de especies nativas en entornos urbanos altamente artificializados (Municipalidad Metropolitana de Lima 2009). Esta experiencia es comparable a lo observado en el 60 y Piquito, donde la gestión del agua ha sido integrada en la producción comunitaria, generando mayor conciencia sobre la escasez hídrica y la necesidad de infraestructuras autosuficientes.

El reto en estos espacios no es solo generar conciencia climática, sino transformar esta conciencia en acciones concretas de adaptación y mitigación, como lo han logrado en Buenos Aires, Argentina, donde la red de huertos urbanos ha implementado sistemas de agricultura resiliente que integran riego eficiente y sombreado natural para reducir el estrés térmico en el suelo (Cabannes 2009). En este sentido, el 60 y Piquito aún enfrenta el desafío de trascender la concienciación para consolidar infraestructuras de adaptación climática a largo plazo.

El ahorro económico, con 19 hogares mencionándolo, evidencia que los huertos urbanos no solo son percibidos como espacios de sostenibilidad ambiental, sino también como mecanismos de seguridad económica y alimentaria.

En Quito, Ecuador, la Red de Huertos Urbanos ha demostrado que la producción agroecológica en espacios urbanos puede reducir hasta un 30% el gasto en alimentos frescos en hogares de bajos ingresos, especialmente cuando se consolidan redes de intercambio entre productores urbanos y consumidores locales (Cabannes 2009). En el 60 y Piquito, aunque el ahorro es

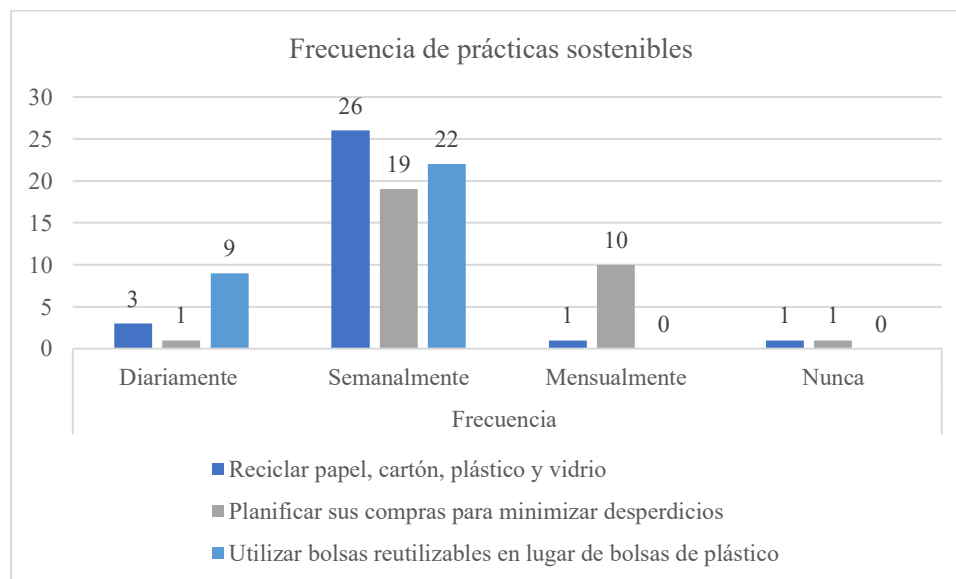
reconocido como una ventaja, aún no se han desarrollado mecanismos de comercialización local, lo que limita el impacto económico del huerto en la comunidad.

El modelo de Recife, Brasil, donde los huertos urbanos han sido incorporados en programas de abastecimiento para comedores comunitarios, muestra cómo la producción agroecológica puede trascender el autoconsumo y convertirse en una herramienta de seguridad alimentaria a mayor escala (Lima y Silva 2021). Si el 60 y Piquito lograra vincularse con mercados agroecológicos locales, su impacto económico se ampliaría, fortaleciendo su función como un bien común urbano.

4.4.3. Frecuencia de ejecución de prácticas sostenibles

La frecuencia de ejecución de prácticas sostenibles muestra que el reciclaje de papel, cartón, plástico y vidrio es una acción común, con la mayoría realizándola semanalmente (26 personas), aunque solo 3 la practican diariamente y 1 nunca lo hace. La planificación de compras para minimizar desperdicios es menos frecuente, con 19 personas haciéndolo semanalmente, pero 10 solo mensualmente y 1 nunca. El uso de bolsas reutilizables es la práctica más adoptada, con 9 personas haciéndolo diariamente y 22 semanalmente (ver gráfico 22), sin reportes de quienes no la practican. Esto indica una mayor integración de hábitos de reducción de plásticos frente a la planificación de consumo.

Gráfico 4. 22. Frecuencia de prácticas sostenibles



Elaboración propia 2024.

Tanto el reciclaje y como el de bolsas reutilizables han logrado una integración significativa en los hábitos cotidianos de los actores. Otras acciones como la planificación de compras para reducir desperdicios presentan menor adopción. El hecho de que 26 personas reciclen semanalmente indica una consolidación de esta práctica dentro del esquema doméstico, aunque el bajo número de quienes lo hacen diariamente (solo 3 personas) sugiere la existencia de barreras estructurales, como la falta de infraestructura o una recolección ineficiente de residuos (Barr, Shaw y Coles 2011). Este patrón es común en comunidades donde el reciclaje se lleva a cabo de manera individual, sin una articulación clara con sistemas municipales eficientes de recolección selectiva (Parizeau, Massow y Martin 2015).

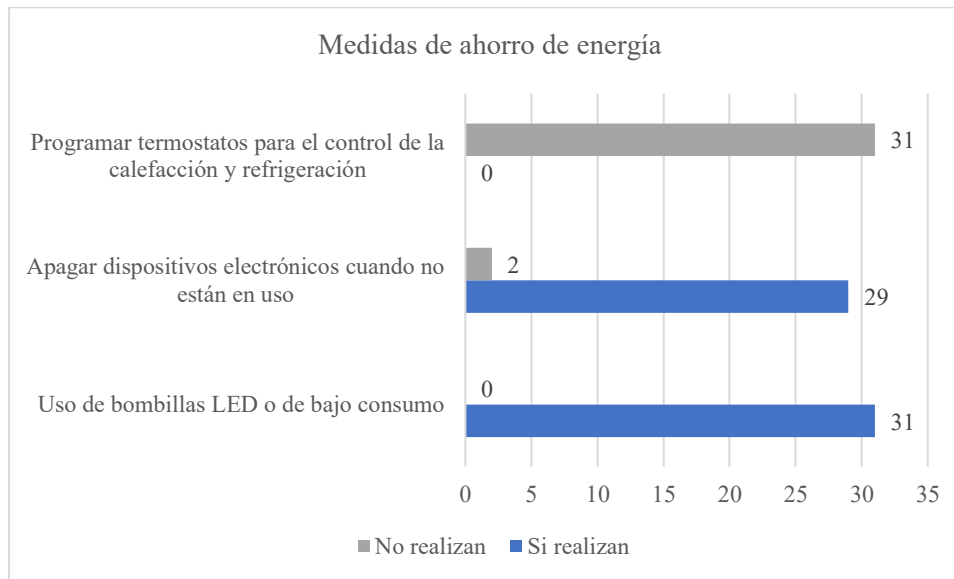
El uso extendido de bolsas reutilizables, con 9 personas adoptándolas diariamente y 22 semanalmente, demuestra una mayor apropiación de estrategias de reducción de plásticos en comparación con la planificación de compras, que solo 19 hogares realizan semanalmente. Esto puede explicarse porque las acciones individuales y de bajo esfuerzo suelen tener una mayor tasa de adopción que aquellas que requieren modificaciones estructurales en la rutina de consumo (Verplanken y Roy 2016). La baja frecuencia de planificación de compras, con 10 hogares que solo la implementan mensualmente y 1 que nunca lo hace, refuerza la tendencia de priorizar cambios más inmediatos y visibles sobre estrategias que implican una reorganización del consumo a largo plazo. En este contexto, fortalecer la educación sobre la reducción del desperdicio alimentario y sus beneficios económicos y ambientales podría incentivar una mayor adopción de esta práctica, alineando el consumo con principios de sostenibilidad urbana (Ellen MacArthur Foundation 2017).

4.4.4. Implementación de medidas de ahorro de energía

En el 60 y Piquito, los datos muestran que la eficiencia energética ha sido adoptada de manera diferenciada: mientras que las bombillas LED y el apagado de dispositivos electrónicos son prácticas comunes, el uso de termostatos es inexistente, lo que indica que la transición energética aún enfrenta barreras tecnológicas y socioeconómicas (Grafico 23).

Este patrón es similar al observado en otras experiencias de huertos urbanos en América Latina, donde el acceso a tecnologías energéticas eficientes ha sido desigual, dependiendo de factores como políticas de subsidios, nivel de infraestructura y redes de cooperación comunitaria (Lima y Silva 2021).

Gráfico 4. 23. Medidas de ahorro de energía



Elaboración propia 2024.

La generalización del uso de bombillas LED y la práctica de apagar dispositivos electrónicos sugieren una apropiación de estrategias accesibles y de bajo costo, mientras que la ausencia total de termostatos indica barreras estructurales relacionadas con el costo de implementación y la percepción de necesidad (Lima y Silva 2021). Este fenómeno se ha documentado en diversos estudios sobre eficiencia energética en comunidades de ingresos medios y bajos, donde la adopción de tecnologías depende en gran medida de incentivos externos y disponibilidad de recursos económicos para la inversión inicial (García y Gómez 2019).

Además, la limitada integración de tecnologías de control energético sugiere que la eficiencia energética sigue siendo abordada desde una perspectiva de reducción de consumo inmediato, en lugar de estrategias a largo plazo. La literatura sobre transiciones energéticas ha señalado que, sin marcos de incentivos claros y apoyo técnico, las comunidades tienden a adoptar solo aquellas soluciones que no requieren cambios estructurales en sus hábitos o inversiones significativas (Geels 2019). En este sentido, el caso del 60 y Piquito se alinea con experiencias en barrios urbanos donde las prácticas de ahorro energético dependen más de la conciencia ambiental y el acceso a productos asequibles, que de políticas públicas que faciliten la implementación de tecnologías avanzadas (Carley y Konisky 2020).

4.4.5. Frecuencia de compra de vegetales frescos que no producen en el 60 y Piquito

El acceso a vegetales frescos se concentra en mercados mayoristas (16 familias compran con regularidad), tiendas de barrio (11) y mercados populares (7), reflejando una preferencia por precios accesibles y disponibilidad. Supermercados y vendedores ambulantes tienen baja demanda (4 y 5 familias, respectivamente), lo que indica menor accesibilidad o costos elevados. La compra directa al productor es inexistente (31 familias nunca la realizan), evidenciando barreras en el acceso a circuitos cortos de comercialización (ver tabla 10). Ferias y tiendas agroecológicas tienen una adopción marginal, con más del 90% de las familias sin recurrir a ellas, lo que sugiere falta de infraestructura o desconocimiento sobre estas alternativas.

Los motivos de elección refuerzan estos patrones: la mayoría de las familias prioriza el precio más bajo, lo que explica la mayor frecuencia de compra en mercados mayoristas y tiendas de barrio. La frescura y el sabor de los alimentos son factores clave en la elección de mercados populares y vendedores ambulantes, mientras que la proximidad al hogar es un criterio secundario. Pocos mencionan la limpieza del establecimiento o la comodidad de encontrar todo en un solo lugar, lo que podría explicar la baja compra en supermercados y tiendas agroecológicas.

En conclusión, el precio y la calidad percibida (frescura y sabor) determinan la compra, mientras que aspectos como proximidad, infraestructura y sostenibilidad tienen poca incidencia en la decisión.

Tabla 4. 9. Frecuencia de compra de vegetales frescos que no produce en el 60 y Piquito.

Establecimientos	Frecuencia de compra			
	Cada semana	Cada quince días	Cada mes	Nunca
Supermercado	1	3	0	27
Mayorista	5	9	2	15
Micromercado	0	1	0	30
Mercado popular	2	4	1	24
Vendedor/a ambulante	1	3	1	26

Tienda de barrio	5	5	1	20
Frutería/verdulería	1	2	0	28
Compra directa al productor/a	0	0	0	31
Feria/canasta agroecológica	1	0	0	30
Tienda agroecológica	0	2	1	28

Elaboración propia 2024.

La preferencia por mercados mayoristas y tiendas de barrio como principales fuentes de abastecimiento de vegetales frescos en el 60 y Piquito refleja una priorización del costo y la disponibilidad sobre otras dimensiones de sostenibilidad. Este patrón de consumo es común en contextos urbanos de ingresos medios y bajos, donde la economía doméstica determina en gran medida las decisiones de compra (Gálvez et al. 2017). A pesar de que las ferias agroecológicas y la compra directa a productores han sido promovidas como estrategias para fortalecer sistemas alimentarios sostenibles (Altieri y Toledo 2017), su nula o marginal adopción en la comunidad evidencia barreras estructurales, como la falta de acceso a estos circuitos o el desconocimiento sobre sus beneficios. Esto coincide con estudios que indican que, a menos que se implementen políticas de incentivo y educación sobre el consumo responsable, la sostenibilidad sigue siendo un criterio secundario en las decisiones alimentarias cotidianas (Pretty 2018).

El predominio del precio y la calidad percibida como determinantes de compra también sugiere que la integración de mercados alternativos requiere un enfoque más amplio que solo la disponibilidad de productos. Investigaciones sobre prácticas de consumo sostenible han demostrado que los consumidores necesitan no solo acceso a opciones agroecológicas, sino también información sobre su impacto en la salud y el medio ambiente para que estos modelos de comercialización sean viables (Béné et al. 2019). La ausencia de compra directa al productor refuerza la idea de que los circuitos cortos de comercialización aún no están consolidados en el territorio, lo que limita la capacidad de los actores para beneficiarse de esquemas más justos y sostenibles. Sin embargo, la existencia de un huerto comunitario permite cuestionar hasta qué punto estas dinámicas podrían cambiar si se fortalecen iniciativas de producción local y mercados de proximidad en el barrio.

4.4.6. Frecuencia de compra de alimentos que no son ni frutas ni vegetales frescos, como por ejemplo legumbres, enlatados, cereales, carnes o pescado

La mayoría de los participantes no realiza compras en supermercados, con 29 hogares que indicaron no hacerlo nunca y solo 2 que lo hacen quincenalmente. En los micromercados, no se registra ninguna compra en ningún periodo de tiempo.

En los mercados populares, 2 hogares compran semanalmente, 5 cada quince días y 1 mensualmente, mientras que 23 no compran en estos espacios. En los mercados mayoristas, 5 hogares compran semanalmente, 8 cada quince días, 2 mensualmente y 16 nunca adquieren productos en estos lugares (ver tabla 11).

Las tiendas de barrio son un punto de compra más frecuente, con 8 hogares que realizan compras semanales y 2 cada quince días, aunque 21 nunca compran en estos establecimientos. Las tiendas agroecológicas presentan una baja frecuencia de compra, con 2 hogares que compran semanalmente, 1 cada quince días y 29 que no las utilizan.

En el caso del camal, 2 hogares compran semanalmente y 29 nunca adquieren productos en este establecimiento.

Tabla 4. 10. Frecuencia de compra de alimentos que no son ni frutas ni vegetales frescos, como por ejemplo legumbres, enlatados, cereales, carnes o pescado

Establecimientos	Frecuencia de Compra			
	Cada semana	Cada quince días	Cada mes	Nunca
Supermercado	0	2	0	29
Micromercado	0	0	0	31
Mercado popular	2	5	1	23
Mayorista	5	8	2	16
Tienda de barrio	8	2	0	21
Tienda agroecológica	2	1	0	29
Camal	2	0	0	29

Elaboración propia 2024.

La dinámica de consumo en la comunidad del 60 y Piquito evidencia un patrón de abastecimiento orientado a la optimización de costos y la proximidad geográfica, lo que influye directamente en la adopción de prácticas sostenibles. La alta frecuencia de compra en mercados mayoristas y tiendas de barrio reflejaría una estrategia de planificación económica basada en la compra de volúmenes mayores a precios accesibles, lo que reduce la necesidad de desplazamientos frecuentes y permite administrar mejor los recursos del hogar (Altieri y Toledo 2017). No obstante, la escasa (3 huertos) presencia de compras en tiendas agroecológicas y la ausencia total de adquisición directa al productor indican que los circuitos cortos de comercialización aún no han logrado consolidarse en esta comunidad, a pesar de su potencial para fortalecer sistemas alimentarios sostenibles (Gálvez et al. 2021).

El hecho de que 29 hogares nunca compren en supermercados y 31 eviten micromercados sugiere una preferencia por mercados informales o mayoristas, donde los costos son menores y la oferta de productos frescos es más amplia. Sin embargo, la baja presencia de compras en mercados agroecológicos y la ausencia de consumo directo del productor reflejan una desconexión entre la producción local y el acceso a alimentos sostenibles. Este fenómeno ha sido identificado en otros estudios sobre consumo responsable en América Latina, donde la accesibilidad económica sigue siendo el principal determinante en la decisión de compra, relegando a un segundo plano criterios ambientales o de proximidad (Béné et al. 2019).

Por otro lado, el hecho de que el camal tenga una participación casi nula en las compras sugiere un patrón de consumo de proteínas basado en el acceso a mercados convencionales. En este sentido, la preferencia por adquirir productos cárnicos en tiendas de barrio o mercados mayoristas responde tanto a la disponibilidad como a la planificación del consumo, lo que podría estar relacionado con una tendencia hacia la diversificación de fuentes de proteína en la dieta familiar (Pretty 2018). A pesar de estos patrones, la comunidad del 60 y Piquito ha incorporado estrategias de planificación para minimizar desperdicios y optimizar los recursos disponibles, lo que evidencia una conciencia sobre el uso eficiente de los alimentos y su impacto en la economía familiar.

Para fortalecer la transición hacia un sistema alimentario más sostenible, sería necesario fomentar el acceso a circuitos cortos de comercialización y reforzar la conexión entre los huertos

comunitarios y el abastecimiento familiar. Estrategias como ferias de intercambio de productos o redes de comercio solidario podrían mejorar la disponibilidad de alimentos agroecológicos sin comprometer la estabilidad económica de los hogares.

Conclusión

Esta tesis ha analizado el impacto que tiene una iniciativa de agricultura urbana colectiva en Quito en promover cohesión social, una alimentación saludable y estilos de vida sostenibles entre sus participantes. En este sentido, se concluye que el caso del huerto colectivo “60 y piquito” es un híbrido comunitario-individual que actúa como una infraestructura de cuidados tanto a nivel psicosocial, alimentario como ecológico.

El huerto "60 y Piquito" presenta una estructura de gobernanza híbrida que combina elementos individuales y comunitarios, lo que refleja las tensiones entre la autoorganización y las dinámicas de producción colectiva en contextos urbanos. Si bien existen prácticas de colaboración en el intercambio de semillas, la producción de bioinsumos y la coordinación de algunas tareas, la gestión de herramientas, el mantenimiento y la cosecha siguen dependiendo, en su mayoría, de esfuerzos individuales. Este tipo de organización responde a patrones de apropiación flexible del espacio en los que los participantes, a pesar de compartir un territorio productivo común, no han establecido una estructura de gobernanza que garantice equidad en el acceso y distribución de los beneficios del huerto (Tornaghi 2017). Como se ha documentado en experiencias similares, este modelo intermedio surge en barrios donde la cooperación se construye en función de relaciones previas de confianza y reciprocidad, más que a través de reglas formales de organización (McClintock 2014).

A nivel global, los huertos urbanos han demostrado ser laboratorios de resiliencia socioecológica, al proporcionar soluciones a problemas de acceso a alimentos, deterioro ambiental y fragmentación social (Barthel, Parker y Ernstson 2015). En este sentido, aunque el "60 y Piquito" no opera bajo un esquema de trabajo completamente colectivo, ha logrado establecer redes de apoyo selectivas, donde ciertas familias de huerteros han generado dinámicas de intercambio y colaboración, tanto en la producción como en la distribución de excedentes. La redistribución de alimentos hacia familias ampliadas y vecinos cercanos evidencia que los lazos comunitarios no se construyen necesariamente entre todos los participantes, sino en circuitos específicos de confianza y afinidad, lo que es consistente con estudios que demuestran que la cooperación en sistemas agroalimentarios urbanos se basa en relaciones situadas y contingentes, más que en estructuras organizativas homogéneas (Cohen y Ilieva 2021).

A pesar de las limitaciones en términos de gobernanza, el huerto ha generado impactos psicosociales y comunitarios que trascienden la lógica de producción alimentaria. La agroecología urbana ha sido reconocida no solo como una estrategia de seguridad alimentaria, sino como un mecanismo de contención emocional en entornos urbanos precarizados (Firth, Maye y Pearson 2011). La evidencia en el "60 y Piquito" indica que los participantes encuentran en el huerto un espacio de bienestar, donde la interacción con el entorno natural y la posibilidad de producir sus propios alimentos generan una mejora en su calidad de vida. Esta dimensión psicosocial ha sido ampliamente documentada en estudios sobre huertos urbanos, donde se resalta su rol en la reducción del estrés, la mejora de la autoestima y el fortalecimiento del sentido de pertenencia (Specht et al. 2014). Además, el hecho de que los huerteros compartan parte de su producción con familiares o vecinos refuerza la idea de que la alimentación es un vector de cohesión social, donde la comida no solo cumple una función nutricional, sino también simbólica y afectiva (Pudup 2008).

En términos de impacto en la dieta, el huerto ha contribuido a diversificar la alimentación de los participantes, proporcionando acceso directo a hortalizas y leguminosas frescas que, en muchos casos, no formarían parte de su dieta cotidiana si dependieran exclusivamente del mercado. La literatura ha demostrado que los huertos urbanos pueden desempeñar un rol clave en la transición hacia dietas más sostenibles, al reducir la dependencia de cadenas agroindustriales y fomentar el consumo de productos locales y agroecológicos (Altieri y Nicholls 2017). Sin embargo, la escasa presencia de ferias agroecológicas y la falta de compra directa al productor sugieren que la agroecología aún no ha permeado completamente los hábitos de consumo fuera del huerto, lo que implica que la sostenibilidad alimentaria enfrenta todavía barreras económicas y logísticas en la comunidad (Farina 2014).

A nivel de ciudadanía ecológica, el "60 y Piquito" ha promovido la adopción de ciertas prácticas sostenibles, como la reducción del uso de plásticos, la optimización del agua y la gestión de residuos mediante compostaje. Estas acciones refuerzan el concepto de "ciudad circular", donde los huertos urbanos funcionan como nodos que reciclan nutrientes, regeneran suelos y reducen la huella ecológica del consumo doméstico (Ellen MacArthur Foundation 2017). Sin embargo, el limitado uso de energías renovables y la baja frecuencia de compra de productos agroecológicos indican que aún existen obstáculos estructurales para una transición más profunda hacia modelos urbanos sostenibles. Estudios previos han señalado que, para que la agroecología urbana genere

cambios duraderos en los hábitos de consumo y gestión ambiental, es fundamental fortalecer la infraestructura de mercados de proximidad y circuitos cortos de comercialización (Schoen et al. 2021).

Desde una perspectiva de resiliencia urbana, la experiencia del "60 y Piquito" muestra que los huertos pueden operar como infraestructuras de cuidado, al proporcionar espacios de interacción social, acceso a alimentos saludables y estrategias de adaptación frente a crisis económicas. La pandemia de COVID-19 demostró que los huertos urbanos pueden jugar un papel clave en la relocalización de sistemas alimentarios, asegurando la provisión de alimentos en contextos de disrupción de mercados globales (Tornaghi y Dehaene 2020). En este sentido, el "60 y Piquito" representa un modelo de autonomía alimentaria a pequeña escala, cuyo potencial podría ampliarse si se fortalecieran las dinámicas colectivas y se consolidaran estrategias de gobernanza más equitativas.

Finalmente, esta investigación abre nuevas preguntas sobre las redes sociales que emergen a partir de la producción agroecológica. En futuros estudios, sería relevante explorar en mayor profundidad con quiénes se establecen las relaciones de intercambio y reciprocidad, y cómo estos circuitos configuran nuevas formas de solidaridad urbana. Asimismo, sería pertinente analizar qué estrategias podrían implementarse para consolidar una estructura de gobernanza que permita ampliar los impactos positivos del huerto, sin perder la flexibilidad y autonomía que caracterizan a estos espacios. La agroecología urbana no solo es un mecanismo de producción alimentaria, sino una herramienta para reimaginar la vida en la ciudad, promoviendo modelos más equitativos y sustentables en la relación entre comunidades y territorios.

Referencias

- Agrawal, Arun. 2001. "Common Property Institutions and Sustainable Governance of Resources" *World Development* 29 (10): 1649-1672. doi:10.1016/S0305-750X(01)00063-8
- Agyeman, Julian, y Bob Evans. 2003. "Toward Just Sustainability in Urban Communities: Building Equity Rights with Sustainable Solutions." *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* 590 (1): 35-53.
- Alcántara, Nehiby y Rosa Larroa. 2022. "La multifuncionalidad de los huertos urbanos en la Ciudad de México". *Espiral Guadalajara* 29 (83): 187-229. Acceso 7 de agosto de 2023. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1665-05652022000100187&script=sci_abstract
- Alkon, Alison Hope y Kari Marie Norgaard. 2009. "Breaking the Food Chains: An Investigation of Food Justice Activism." *Sociological Inquiry* 79 (3): 289-305.
- Altieri, Miguel A., y Clara I. Nicholls. 2017. "Agroecology Scaling Up for Food Sovereignty and Resiliency". *Sustainable Agriculture Reviews*, vol. 20, editado por Eric Lichtfouse, 1-29. Cham: Springer.
- Altieri, Miguel A., y Víctor M. Toledo. 2011. "The Agroecological Revolution in Latin America: Rescuing Nature, Ensuring Food Sovereignty and Empowering Peasants." *The Journal of Peasant Studies* 38 (3): 587-612.
- Altieri, Miguel y Clara Nicholls. 2017. *Agroecología: única esperanza para la soberanía alimentaria y la resiliencia socioecológica*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Anangonó, Eliana. 2022. "Entre la memoria y el olvido: la configuración del barrio Lucha de los Pobres a través de la organización social". Tesis de pregrado, Universidad Central del Ecuador, Quito, Ecuador.
- Anguelovski, Isabelle, John J. Connolly, Ana L. Brand, Mohammad Shokry, et al. 2019. "Why Green 'Climate Gentrification' Threatens Poor and Vulnerable Populations". *Proceedings of the National Academy of Sciences* 116 (52): 26141-46.
- Ávila, Héctor. 2008. "Periurbanización y espacios rurales en la periferia de las ciudades" Estudios Agrarios. *Revista de la Procuraduría Agraria del Gobierno Federal Mexicano* 15 (41) (2008):93-123. Acceso 7 de agosto de 2025.
- Ávila, Héctor. 2019. "Agricultura urbana y periurbana: Reconfiguraciones territoriales y potencialidades en torno a los sistemas alimentarios urbanos". *Investigaciones Geográficas* (98): 1-21. doi:10.14350/rig.59785
- Ayala Mora, Enrique. 2008. *Resumen de Historia del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Barr, Stewart, Gregory Shaw, y Tim Coles. 2011. "Sustainable Lifestyles: Sites, Practices, and Policy." *Environment and Planning A* 43 (5): 1215-1233. doi:10.1068/a4352
- Barthel, Stephan; John Parker; y Henrik Ernstson. 2015. "Food and Green Space in Cities: A Resilience Lens on Gardens and Urban Environmental Movements". *Urban Studies* 52, n.º 7: 1321-1338. doi:10.1177/0042098012472744.

- Beatley, Timothy. 2011. *"Biophilic Cities: Integrating Nature into Urban Design and Planning"*. Washington, DC: Island Press.
- Beaulac, Julie, Elizabeth Kristjansson y Steven Cummins. 2009. *A systematic review of food deserts, 1966-2007*. Prev Chronic Dis.
- Béné, Christopher, Manuel Barange, Rohana Subasinghe, Doris Beveridge, Simon Batten, William Leschen, Edward H. Allison, Malcolm Troell, Merete Tandstad y Shakuntala H. Thilsted. 2015. "Feeding 9 Billion by 2050 – Putting Fish Back on the Menu". *World Development* 64: 12–20. doi:10.1016/j.worlddev.2015.05.002.
- Bollier, David, y Silke Helfrich, eds. 2012. *The Wealth of the Commons: A World Beyond Market and State*. Amherst, MA: Levellers Press.
- Bolund, Per, y Sven Hunhammar. 1999. "Ecosystem Services in Urban Areas." *Ecological Economics* 29 (2): 293-301.
- Borch, Christian, y Martin Kornberger, eds. 2015. *Urban Commons: Rethinking the City*. Abingdon, Reino Unido: Routledge.
- Bourdieu, Pierre. 1986. *The Forms of Capital*. En "Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education," editado por J.G. Richardson, 241–58. New York: Greenwood.
- Bresnihan, Patrick, y Michael Byrne. 2015. "Escape into the city: Everyday practices of commoning and the production of urban space in Dublin." *Antipode* 47 (1): 36-54.
- Brockerhoff, Martin. 2000. *Un mundo en proceso de urbanización*. En lograr la seguridad alimentaria y nutricional urbana en el mundo en desarrollo, editado por James Garrett y Marie Ruel, Compiladores, 4-5. Columbia: Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias (IFPRI).
- Bullard, Robert. 1990. *Dumping in Dixie: Race, Class, and Environmental Quality*. Boulder: Westview Press.
- Burgwal, Gerrit. 1999. *Prácticas cotidianas de resistencia*. En Antigua Modernidad y Memoria del Presente, editado por Salman, Ton y Kingman, Eduardo, 165-188. Culturas urbanas e Identidad. Quito; Ecuador: FLACSO Ecuador.
- Cabannes, Yves. 2009. "Participatory Design of Public Spaces for Urban Agriculture, Rosario, Argentina". *Open House International* 34 (2): 36–49. doi:10.1108/OHI-02-2009-B0005.
- Caldeira, Teresa. 2017. "Peripheral Urbanization: Autoconstruction, Transversal Logics, and Politics in Cities of the Global South". *Environment and Planning D: Society and Space* 35(1): 3-20.
- Carley, Sanya, y David Konisky. 2020. "The Justice and Equity Implications of the Clean Energy Transition." *Nature Energy* 5 (8): 569-577.
- Carney, Megan. 2012. "Food Security, Mobility, and Translocal Livelihoods: A Case Study of Central American Women in the U.S." *Human Organization* 71 (4): 441-450.
- Carney, Paul A., Jennifer Hamada, Rachel Rdesinski, Leslie Sprager, Lisa Nichols, Jack Liu, y Melinda Pelayo. 2012. "Impact of a Community Gardening Project on Vegetable Intake, Food Security and Family Relationships: A Community-Based Participatory Research

- Study". *Journal of Community Health* 37 (4): 874–881. <https://doi.org/10.1007/s10900-011-9522-z>.
- Carrión, Fernando, y Jaime Erazo Espinosa. 2012. "La forma urbana de Quito: una historia de centros y periferias". *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 41 (3): 503–522
- Carrión, Fernando, y Jefferson Vallejo. 1994. *La planificación de Quito: del Plan Director a la gestión urbana*. Quito: FLACSO Sede Ecuador.
- Carrión, Fernando. 2006. *Evolución de la forma de organización territorial en Quito: sus momentos históricos cruciales*. En *Proceso de modernización urbana en Quito, 1895-1932*, 1–30. Quito: FLACSO Ecuador.
- Carrión, Fernando. 2006. *La ciudad y los otros: Quito, 1860–1940. Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO-Ecuador.
- Carrión, Fernando. 2007. *Quito metropolitano: Gobernabilidad y planificación*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Caspi, Caitlin, Glorian Sorensen, SV Subramanian e Ichiro Kawachi. 2012. "The local food environment and diet: a systematic review". *Health Place* 18(5):1172-87.
- Castán-Broto, Vanesa, A. Allen, and Elizabeth Rapoport. 2012. "Interdisciplinary Perspectives on Urban Metabolism." *Journal of Industrial Ecology* 16: 851-861.
- Castells, Manuel. 1983. *The City and the Grassroots: A Cross-Cultural Theory of Urban Social Movements*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Cattaneo, Claudio, David Satterthwaite, y Cecilia Tacoli. 2008. "Livelihoods and Landscapes at the Intersection of Urban and Peri-Urban: Perspectives from Rural–Urban Linkages Research". *Environment and Urbanization* 20 (2): 433–450.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe). 2017. *Urbanización y desarrollo en América Latina y el Caribe: Perspectivas para la Agenda 2030*. Santiago de Chile: CEPAL. <https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/42141/1/S1700701es.pdf>.
- Cervero, Robert, y Jin Murakami. 2010. "Effects of Built Environments on Vehicle Miles Traveled: Evidence from 370 US Urbanized Areas". *Environment and Planning A* 42 (2): 400–418. doi:10.1068/a4236
- Cevallos-Aráuz, Andrea. 2018. "Efectos no esperados del proceso de gentrificación. Barrio La Floresta, Quito". *Revista de Estudios Urbanos y Regionales* 45 (2): 185-202. doi:10.15446/bitacora.v28n2.70129
- Classens, Michael. 2015. "The nature of urban gardens: Toward a political ecology of urban agriculture". *Agriculture and Human Values*, 32 (2), 229-239. doi:10.1007/s10460-014-9540-4
- Clavijo, Catalina y Nicolás Cuví . 2017. "La sustentabilidad de las huertas urbanas y periurbanas con base agroecológica: el caso de Quito". *Letras Verdes. Revista Latinoamericana de Estudios Socioambientales* (21): 68-91. doi: 10.17141/letrasverdes. 21.2017.2608

- Clavijo, Catalina. 2013. “La agricultura urbana en Quito: análisis de la sustentabilidad de las huertas de tres proyectos”. Tesis para Maestría en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Ecuador.
- Cohen, Nevin, y Rositsa T. Ilieva. 2021. “Expanding the Boundaries of Food Policy: The Turn to Equity in New York City”. *Food Policy* 103: Article 102012. doi: 10.1016/j.foodpol.2020.102012.
- Coleman, James S. 1988. “Social Capital in the Creation of Human Capital”. *American Journal of Sociology* 94 (Supplement): S95–S120.
- Comisión de Turismo y Fiestas del Concejo Metropolitano de Quito. 2020. *Informe anual de la Comisión de Turismo y Fiestas*. Quito: Municipio del Distrito Metropolitano de Quito.
- Commoner, Barry. 1971. *The Closing Circle: Nature, Man, and Technology*. Nueva York: Bantam Books.
- ConQuito. 2016. *Quito Siembra: Agricultura Urbana*. Quito: ConQuito.
- Cuéllar, José. 2011. *Programa de seguridad alimentaria: experiencias en México y otros países*. México: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Unidad de Desarrollo Agrícola, Sede Subregional en México, Naciones Unidas.
- Cuvi, Nicolás. 2016. “Asentamientos informales y medio ambiente en Quito: dinámicas socio-ambientales de invasión y expansión urbana desde 1970”. *Ágora, Geografía y Territorio* 18: 101–126.
- Davis, Mike. 2006. *Planet of Slums*. Londres: Verso.
- De Velasco, Juan. 1840. *Histoire du royaume de Quito*. París: A. Bertrand.
- Decker, Ethan, Scott Elliott, Felisa Smith, Donald Blake y Sherwood Rowland. 2000. "Energy and Material Flow Through the Urban Ecosystem." *Annual Review of Energy and the Environment* 25: 685-740.
- Despommier, Dickson. 2010. *The Vertical Farm: Feeding the World in the 21st Century*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Distrito Metropolitano de Quito. 2022. *Censo*. DMQ
- Domene, Elena. 2006. “La ecología política urbana: una disciplina emergente para el análisis del cambio socioambiental en entornos ciudadanos”. *Documents d'Anàlisi Geogràfica* (48): 167-178.
- Drewnowski, Adam, y Eva Almiron-Roig. 2010. *Human Perceptions and Preferences for Fat-Rich Foods*. En *Fat Detection: Taste, Texture, and Post Ingestive Effects*, editado por Jean-Pierre Montmayeur y Johannes le Coutre, 265–290. Boca Ratón: CRC Press/Taylor & Francis.
- Drewnowski, Adam, y SE Specter. 2004. "Poverty and Obesity: The Role of Energy Density and Energy Costs." *American Journal of Clinical Nutrition* 79(1): 6-16.
- Dubbeling, Marielle y Gunther Merzthal. 2006. “Sustaining Urban Agriculture of Multiple Stakeholders”. En *Cities Farming for the Future, Urban Agriculture for Green and Productive Cities*, editado por René van Veenhuizen, 20-40. Filipinas: IIRR y ETC Urban Agriculture.

- Dubbeling, Marielle, Laura Bracalenti y Laura Lagorio. 2009. "Participatory design of public spaces for urban agriculture, Rosario, Argentina". *Open House International* 34 (2): 36–49. doi:10.1108/OHI-02-2009-B0005.
- Dubbeling, Marielle, y Susanna Guendel. 2014. "Urban and Peri-Urban Agriculture in Latin America: Growing Greener Cities". En *Growing Greener Cities in Latin America and the Caribbean*, editado por Marielle Dubbeling, Jorge E. Zuluaga, Silvia Sabel Koschella y Henk de Zeeuw, 15–48. Roma: FAO/RUAF Foundation.
- Dunnett, Nigel, y Noel Kingsbury. 2008. *Planting Green Roofs and Living Walls*. Portland: Timber Press.
- Durkheim, Émile. 1893. *De la division du travail social*. Paris: Félix Alcan.
- Ellen MacArthur Foundation. 2017. *Cities in the Circular Economy: An Initial Exploration*.
- Escobar, Arturo. 2016. *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Fainstein, Susan S. 2010. *The Just City*. Nueva York: Blackwell.
- FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura). 2020. *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2020*. Roma: FAO. <https://doi.org/10.4060/ca9692es>
- FAO. 2014. *Growing Greener Cities in Latin America and the Caribbean: An FAO Report on Urban and Peri-Urban Agriculture in the Region*. Roma: FAO.
- FAO. 2017. *The Future of Food and Agriculture – Trends and Challenges*. Rome: Food and Agriculture Organization of the United Nations.
- FAO. 2019. *Aprovechamiento de medidas de los gobiernos subnacionales y locales para garantizar unos sistemas alimentarios sostenibles y una mejor nutrición*. Roma: FAO. <https://openknowledge.fao.org/server/api/core/bitstreams/c471c9e6-33ee-4615-8f75-86c2118c5b5a/content>.
- Farina, Eduardo M. 2014. "Agroecología urbana y circuitos cortos: desafíos y perspectivas en América Latina". *Revista Latinoamericana de Economía Ecológica* 17: 65–81.
- Ferraro, Gianfranco, y Sonia Fernández. 2020. "Evaluación de la calidad ambiental urbana y bienestar ciudadano en América Latina: un estudio desde Quito". *Estudios Ambientales* 15 (2): 125–144.
- Fiore, Giuliana. 2019. "Bienes comunes urbanos en tensión: el caso de la ecoaldea Velatropa, en Argentina". *Letras Verdes. Revista Latinoamericana de Estudios Socioambientales* 25: 119–142. Acceso el 01 de agosto de 2023. <https://doi.org/10.17141/letrasverdes.25.2019.3727>
- Firth, Clair, David Maye y Diana Pearson. 2011. "Developing 'Community' in Community Gardens". *Local Environment* 16 (6): 555–568. <https://doi.org/10.1080/13549839.2011.586025>
- Fischer-Kowalski, Marina, y Helmut Hüttler. 1999. *Society's Metabolism: The Intellectual History of Material Flow Analysis, Part I, 1860–1970*. Socioeconomic Metabolism Section, Institute of Social Ecology. Viena.

- Fiss, Peer C. y Paul M. Hirsch. 2005. "The discourse of globalization: Framing and Sensemaking of an emerging concept". *American Sociological Review* 70: 29-52.
- Foster, John Bellamy. 1999. *The Vulnerable Planet: A Short Economic History of the Environment*. Monthly Review Press.
- Gallup. 2023. *Hunger, Food Insecurity Still Higher Than Before Pandemic*. Gallup Website.
- Gálvez, Patricia, Daniel Egaña Rojas, Dominique Masferrer, y Ricardo Rioseco. 2017. "Propuesta de un modelo conceptual para el estudio de los ambientes alimentarios en Chile." *Revista Panamericana de Salud Pública* 41: 1–9.
<https://doi.org/10.26633/RPSP.2017.169>.
- Gandy, Matthew. 2005. *Urban Nature and the Ecological Imaginary*. Londres: Routledge.
- García, Alejandro, y Juan Gómez. 2019. Eficiencia Energética y Pobreza Energética en América Latina: Retos y Oportunidades. CEPAL.
- García, Alejandro. 2005. "Vivienda, familia, identidad. La casa como prolongación de las relaciones humanas". *Trayectorias* 7 (17): 43-56. Acceso el 29 de julio de 2023.
<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60722197006>
- García, Juan y María Torres. 2019. *Agricultura Urbana y Seguridad Alimentaria en Lima: Prácticas y Transformaciones*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Geels, Frank W. 2019. "Socio-Technical Transitions to Sustainability: A Critical Review of the Multi-Level Perspective." *Research Policy* 48 (4): 1063-1080.
- Giddens, Anthony. 1984. *La Constitución de la Sociedad: Bases para la Teoría de la Estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Glanz, Karen, James Sallis, Brian Saelens, y Lawrence Frank. "Healthy Nutrition Environments: Concepts and Measures." *American Journal of Health Promotion* 19(5) 330-333
<http://doi:10.4278/0890-1171-19.5.330>.
- Gleick, Peter H. 2018. *The World's Water: The Biennial Report on Freshwater Resources*. Washington, DC: Island Press.
- Gliessman, Stephen R. 2015. *Agroecology: The Ecology of Sustainable Food Systems*. 3rd ed. Boca Raton: CRC Press.
- Gliessman, Stephen R. 2018. *Agroecology: The Ecology of Sustainable Food Systems*. Boca Raton: CRC Press.
- Glover, Troy D., Diana C. Parry, y Kimberly J. Shinew. 2005. "Building Relationships, Accessing Resources: Mobilizing Social Capital in Community Garden Contexts". *Journal of Leisure Research* 37 (4): 450–474.
<https://doi.org/10.1080/00222216.2005.11950062>.
- Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. s.f. *Ecoparque*. Turismo Buenos Aires. Accedido el 15 de febrero de 2025. <https://turismo.buenosaires.gob.ar/es/otrostablecimientos/ecoparque>.
- Gómez, Laura Catalina. 2020. "Relación del verde urbano de Quito y las condiciones socioeconómicas de la población desde una perspectiva de justicia especial". Tesis de maestría, FLACSO Ecuador.

- González-Romero, Gema. y Flugencio Cánovas-García. 2021. Territorio y redes alimentarias alternativas: experiencias en la ciudad de Sevilla. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 67 (3), 389-415. Acceso el 16 de septiembre de 2023.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8254510>
- Green, David, Mariana López, y François Dubois. 2016. "Análisis comparativo de políticas públicas relacionadas con el fomento del compostaje en ciudades de diferentes regiones del mundo". *Revista Internacional de Políticas Ambientales* 20, n.º 3: 102–120.
- Grewal, Sukhbir S., y Parwinder S. Grewal. 2012. "Can Cities Become Self-Reliant in Food? A Model for Urban Agriculture Sustainability." *Cities* 29 (1): 1-11.
- Grier, Sonya A., y Shiriki K. Kumanyika. 2008. "The Context for Choice: Health Implications of Targeted Food and Beverage Marketing to African Americans." *American Journal of Public Health* 98(9): 1616-1629.
- Guthman, Julie. 2011. *Weighing In: Obesity, Food Justice, and the Limits of Capitalism*. Berkeley: University of California Press.
- Hall, Samantha M., Vidya Tikku y Wendy J. Heiger-Bernays. 2023. "Potential Policy and Community Implications of Equitable Organic Waste, Compost, and Urban Agricultural Systems in the United States". *Environmental Health Perspectives* 131, N° 11: 115001.
<https://doi.org/10.1289/EHP12921>.
- Haraway, Donna. 1991. *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature*. Routledge. Nueva York.
- Harris, Jennifer, John Bargh y Kelly Brownell. 2009. "Priming effects of television food advertising on eating behavior". *Health Psychol.* 28(4):404-13. doi: 10.1037/a0014399.
- Harvey, David. 1973. *Social Justice and the City*. Londres: Edward Arnold.
- Harvey, David. 1985. *The Urbanization of Capital: Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Harvey, David. 1989. *The Condition of Postmodernity*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Harvey, David. 2012. *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*. Londres: Verso Books.
- Hernández, Loracnis. 2006. "La agricultura urbana y caracterización de sus sistemas productivos y sociales, como vía para la seguridad alimentaria en nuestras ciudades". *Cultivos Tropicales* 27 (2):13-25. Acceso el 29 de julio de 2023.
<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=193215872002>
- Hernández, María J., y Christopher Thompson. 2018. "Urban Agriculture, Social Capital, and Food Security in Buenos Aires". *Geographical Review* 108 (4): 531–551.
- Hess, David. 2008. *Mapping the New World Order*. Nueva York: Columbia University Press.
- Heynen, Nick. 2014. "Urban political ecology II: The abolitionist century." *Progress in Human Geography*, 38(5), 706-727.
- Heynen, Nik, et al. 2006. "The Scalar Production of Injustice within the Urban Forest." *Antipode* 38 (5): 977-1002.

- Heynen, Nik, Perkins, Harold y Roy, Parama. 2006. "The political ecology of uneven urban green space: The impact of political economy on race and ethnicity in producing environmental inequality in Milwaukee." *Urban Affairs Review* 42 (1): 3-25.
DOI:10.1177/1078087406290729
- Hidalgo, Rodrigo, Carlos Vergara-Constela y Miguel González-Rodríguez. 2022. *Las condiciones de la urbanización y la producción de naturaleza en ciudades litorales chilenas*. Los casos de Valparaíso y Coquimbo. EURE (Santiago), 48(145), 1-24.
[doi:10.7764/eure.48.145.03](https://doi.org/10.7764/eure.48.145.03)
- Holling, Crawford Stanley, y Lance H. Gunderson. 2002. *Panarchy: Understanding Transformations in Human and Natural Systems*. Washington, D.C.: Island Press.
- Hou, Jeffrey. 2020. *Now Urbanism: The Future City Is Here*. New York: Routledge.
- Inagami, Sanae, Deborah A. Cohen, Brian K. Kinch y Steven M. Asch. 2006. "You Are Where You Shop: Grocery Store Locations, Weight, and Neighborhoods." *American Journal of Preventive Medicine* 31 (1): 10–17. doi:10.1016/j.amepre.2006.03.019.
- Janoschka, Marta. 2002. "El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización." *EURE* 27(85): 11-29.
- Jardín Botánico de Bogotá. 2023. *Directorio de Huertas Urbanas y Periurbanas Bogotá D.C.* 2023. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá D.C.
https://jbb.gov.co/documentos/BogMiHuerta/Directorio_Huertas.pdf.
- Kingman, Eduardo. 2006. *La ciudad y los otros: Quito, 1860–1940: Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador.
- Lang, Tim, y Michael Heasman. 2004. *Food Wars: The Global Battle for Mouths, Minds, and Markets*. Londres: Earthscan.
- Larrubia, Remedios, Juan Natera y David Carruana. 2020. "Urban gardens as an urban transition strategy for the sustainability in the city of Málaga". *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* (86): 1-55. doi:10.21138/bage.2972
- Larson NI, Story MT y Nelson MC. 2009. "Neighborhood environments: disparities in access to healthy foods in the U.S". *Am J Prev Med*. 36(1):74-81doi: 10.1016/j.amepre.2008.09.025
- Latour, Bruno. 1993. *We Have Never Been Modern*. Harvard University Press. Cambridge.
- Lee, Jaeho, Leonardo F. Harnoto, y Carla B. Winstead. 2015. "The potential environmental benefits of composting in urban áreas". *Journal of Cleaner Production* 95: 336–341.
- Lefebvre, Henri. 1976. *La producción del espacio*. Barcelona: Ediciones Capitán Swing.
- LEISA. 2015. "Agroecología urbana: una herramienta para la transformación social". Entrevista a Antonio Lattuca. Programa de Agricultura Urbana de Rosario. *LEISA revista de agroecología* 31 (2): 33-34. Acceso el 28 de julio de 2023. <https://www.leisa-al.org/web/index.php/volumen-31-numero-2/1198-agroecologia-urbana-una-herramienta-para-la-transformacion-social>
- Lima, Carlos, y Mariana Silva. 2021. "Energy Transitions in Latin America: The Role of Social Innovation in Urban Sustainability." *Energy Research & Social Science* 74: 101944.

- Linebaugh, Peter. 2008. *The Magna Carta Manifesto: Liberties and Commons for All*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Loopstra, Rachel, Valerie Tarasuk, y Sarah Kennedy. 2019. "The Relationship between Food Banks and Household Food Insecurity among Low-Income Toronto Families." *Canadian Public Policy* 45(2): 151-166.
- Lücke, Oscar. 1999. *Ordenamiento territorial: una política de Estado y un instrumento de planificación del desarrollo sostenible*. En Gestión del desarrollo sostenible en territorios rurales, 85–87. San José: Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura – IICA.
- Lukas, Michael, Maria Christina Fragkou y Alexis Vásquez. 2020. Hacia una ecología política de las nuevas periferias urbanas: suelo, agua y poder en Santiago de Chile. *Revista de Geografía Norte Grande* (76)95-119.
<https://dx.doi.org/10.4067/S071834022020000200095>
- Macas, Andrés. 2012. *Impacto de los Huertos Urbanos en la Sostenibilidad Ambiental en Quitumbe, Quito*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Marques, Elaine da Silva, y Claudia Maria Bógus. 2018. "Food Banks in Brazil: The Perspectives of Civil Society Organizations". *Interface - Comunicação, Saúde, Educação* 22: e170764
- Marsden, Terry, Adrian Morley, Simon Milne, y Jonathan Maye. 2019. *Sustainable Food Systems: Building a New Paradigm*. Abingdon, Reino Unido: Routledge.
- Martí, Amelia, Carmen Calvo y Ana Martínez. 2021. "Consumo de alimentos ultraprocesados y obesidad: una revisión sistemática." *Nutrición Hospitalaria* 38(1):177-185.
doi:10.20960/nh.03151.
- Martínez-Alier, Joan. 2002. *The Environmentalism of the Poor: A Study of Ecological Conflicts and Valuation*. Edward Elgar Publishing.
- Massey, Doreen. 2005. *For Space*. Londres: SAGE Publications.
- Mauro Castro-Coma y Marc Martí-Costa. 2016. "Comunes urbanos: de la gestión colectiva al derecho a la ciudad," *EURE* 42 (125) 131–153.
- McMichael, Anthony J., John W. Powles, Colin D. Butler, y Ricardo Uauy. 2007. "Food, Livestock Production, Energy, Climate Change, and Health." *The Lancet* 370 (9594): 1253–63. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(07\)61256-2](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(07)61256-2)
- McMillan, David W., y David M. Chavis. 1986. "Sense of Community: A Definition and Theory". *Journal of Community Psychology* 14 (1): 6–23.
- Mol, Arthur P. J. 1996. *Environment and Modernity: Towards a New Ecology*. Londres: Sage Publications.
- Molina, Pilar, Victoria Peña y Constanza Merino. 2015. "Documental Ecoaldea Velatropa",
<https://www.youtube.com/watch?v=g8fDEZmTGvw>
- Monteiro, Carlos A., Jean-Claude Moubarac, Geoffrey Cannon, Renata B. Levy, y Maria Laura Louzada. 2019. "Ultra-Processed Products Are Becoming Dominant in the Global Food System." *Obesity Reviews* 20 (S2): 38-49.
- Moore, Frances. 1971. *Diet for a Small Planet*. Ballantine Books.

- Moragues-Faus, Ana y Kevin Morgan. "Reframing the Foodscape: The Emergent World of Urban Food Policy." *Environment and Planning A* 47, no. 7 (2015): 1558-1573.
- Municipalidad Metropolitana de Lima. 2009. *Agricultura urbana y periurbana en Lima Metropolitana*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima / FAO.
- Neréa, Alonso .2009. *Huertos urbanos en tres ciudades Europeas: Londres, Berlín, Madrid*. Madrid: Universidad Politécnica de Madrid.
- Nestle, Marion. 2007. *Food Politics: How the Food Industry Influences Nutrition and Health*. University of California Press.
- Nicolalde, Evelyn. 2018. "Seguridad Alimentaria en las familias del Barrio Lucha de Los Pobres y su incidencia sobre el estado nutricional en sus miembros". Tesis de Pregrado en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Sede Esmeraldas.
- Niño Soto, Alexander y Sander Chávez Martínez. 2020. "Metabolismo urbano: Reflexiones sobre el crecimiento urbano y el consumo energético." *AUS* (27): 80-85.
- Odum, Howard. 1980. *Ambiente, energía y sociedad*. Barcelona: Editorial Blume.
- ONU. 2004. *Informe Mundial de las Ciudades 2022*. Ginebra: Naciones Unidas.
- Orsini, Francesco, Giorgio Gianquinto, Stefano Draghetti, Chiara Piovene, Livia Marchetti, y Daniela Gasperi. 2014. "Techniques and crops for efficient rooftop gardens in Bologna, Italy". *Agronomy for Sustainable Development* 35: 1477–1488.
- Ortega, Martha I., y Paulina A. Castañeda. 2018. "Ambiente alimentario y seguridad nutricional entre jornaleros migrantes en Sonora." *PSIQUE* 8 (2): 18-28.
- Ostrom, Elinor. 1990. *Governing the Commons: The Evolution of Institutions for Collective Action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Páez, Andrés. 2021. "Agroecología urbana frente al cambio climático. Aporte al ordenamiento territorial agroecológico en las ciudades". *Ciudades Estados Política* 7 (3): 35-50. Acceso el 10 de agosto de 2023. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8961381>
- Páez, Xavier y Robert Samaniego. 2023. *Transformaciones urbanas: Un análisis de la gentrificación en la ciudad de Quito*. Quito: PUCE. <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/9367940.pdf>.
- Páez, Xavier, y Robert Samaniego. 2023. "Transformaciones urbanas: Un análisis de la gentrificación en la ciudad de Quito». *Kalpana* 24: 84–104.
- Parizeau, Kate, Michael Massow, y Rachael Martin. 2015. "Household-Level Dynamics of Food Waste Production and Related Beliefs, Attitudes, and Behaviours in Guelph, Ontario." *Waste Management* 35: 207-217.
- Parrado-Rodríguez, Cristian, Cevallos-Aráuz, Andrea y Arias-Álvarez, Leonardo. 2018. Metabolismo urbano en la ciudad de Baeza, Ecuador. Análisis de sus flujos de agua. *Bitácora Urbano Territorial* 28; (3): 131 – 141.
- Partearroyo, Teresa, Elena Sánchez y Gregorio Varela. 2013. "El azúcar en los distintos ciclos de la vida: desde la infancia hasta la vejez". *Nutrición Hospitalaria* 28 (4): 40-47. Acces el

12 de julio de 2023. https://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S021216112013001000005

- Patel, Raj. 2008. *Stuffed and Starved: The Hidden Battle for the World Food System*. Brooklyn, NY: Melville House.
- Patel, Raj. 2009. *The Value of Nothing: How to Reshape Market Society and Redefine Democracy*. Nueva York: Picador.
- Pellow, David. 2000. "Environmental Inequality Formation: Toward a Theory of Environmental Justice." *American Behavioral Scientist*, 43(4), 581-601.
- Pengue, Walter. 2017. Agroecología y Ciudad: alimentación, ambiente y salud para una agenda urbana sostenible. *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global* (139): 63-77.
- Pérez, María. 2010. *Planificación urbana y espacios verdes en Quito: Un análisis histórico*. Quito: Editorial Andina.
- Pimentel, David, Marcia H. Pimentel, Lisa A. Stachow, Heather E. Brubaker, y Robert A. Dumas. 2020. *Renewable Energy Systems: Environmental and Energetic Issues*. Boca Ratón: CRC Press.
- Popkin, Barry M., y Thomas Reardon. 2018. "Obesity and the Food System Transformation in Latin America." *Obesity Reviews* 19 (8): 1028-1064.
- Popkin, Barry. 2011. "Nutrition Transition and the Global Shift Toward Obesity." *International Journal of Obesity* 35 (1) 7-26.
- Poulsen, Melissa N., Philip R. McNab, Megan L. Clayton y Roni A. Neff. 2015. "A Systematic Review of Urban Agriculture and Food Security Impacts in Low-Income Countries". *Food Policy* 55: 131–146. <https://doi.org/10.1016/j.foodpol.2015.07.002>.
- Powell, Lisa M., Shannon Slater, Daniel Mirtcheva, Yanjun Bao y Frank J. Chaloupka. 2007. "Food store availability and neighborhood characteristics in the United States." *Preventive Medicine* 44 (33)189–195.
- Pretty, Jules, John N. Morrison, Regina E. Hine, Martine Kenmore, y Navid M. Shrestha. 2005. "Resource-Conserving Agriculture Increases Yields in Developing Countries". *Environmental Science & Technology* 40 (4): 1114–1119. <https://doi.org/10.1021/es051670d>.
- Pretty, Jules. 2018. *Sustainable Intensification of Agriculture: Greening the World's Food Economy*. Routledge.
- Pudup, Mary B. 2008. "It Takes a Garden: Cultivating Citizen-Subjects in Organized Garden Projects." *Geoforum* 39 (3): 1228–1240. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2008.02.004>.
- Purcell, Mark. 2014. "Possible worlds: Henri Lefebvre and the right to the city." *Journal of Urban Affairs* 36 (1): 141-154. <https://doi.org/10.1111/juaf.12034>.
- Putnam, Robert D. 2000. *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Ramos Truchero, Guadalupe. 2015. El acceso a la alimentación: el debate sobre los desiertos alimentarios. *Investigación y Desarrollo* 23(2)391-415

- Renner, Minna. 2022. "Urban Agriculture and Community Development: Exploring the Social Impacts of Growing Food in Cities." Tesis doctoral, Walden University.
- Ríos-Mantilla, Renato. 2022. "Laboratorios Itinerantes de Urbanismo Táctico (LIUTS) en la "Lucha de los Pobres" en Quito, Ecuador". *Ciudad y territorio: Estudios territoriales* (214): 1017-1026. Acceso el 29 de julio de 2023.
<https://doi.org/10.37230/CyTET.2022.214.12>
- Rodríguez, Alexandra e Isabel Proaño . 2016. *Quito Siembra: Agricultura Urbana*. Quito: CONQUITO, AGRUPAR, Alcaldía de Quito.
- Rodríguez, Camila y Andrés Pérez. 2018. *Huertos Urbanos y Gestión de Residuos en Bogotá: Un Enfoque Sostenible*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rosset, Peter M., y María E. Martínez-Torres. 2012. "Rural Social Movements and Agroecology: Context, Theory, and Process." *Ecology and Society* 17 (3): 17.
- Sánchez Rodríguez, Roberto, y Adriana Bonilla. 2007. *Urbanización, cambios globales en el ambiente y desarrollo sustentable en América Latina*. São José dos Campos: IAI, INE, UNEP.
- Santillán-Cornejo, Alfredo. 2019. *La construcción imaginaria del Sur de Quito*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Sassen, Saskia. 1991. *La Ciudad Global*. Taurus.
- Schlosberg, David. 2013. Theorising Environmental Justice: The Expanding Sphere of a Discourse. *Environmental Politics* 22 (1): 37-55.
<https://doi.org/10.1080/09644016.2013.755387>.
- Schonwald, Janine, y Francisco José Pescio. 2020. *Mi casa, mi huerta: técnicas de agricultura urbana*. Buenos Aires: Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca.
<https://www.magyp.gob.ar/sitio/areas/nuestra-huerta/pdf/mi-casa-mi-huerta.pdf>.
- Scrinis, Gyorgy. 2013. *Nutritionism: The Science and Politics of Dietary Advice*. New York: Columbia University Press.
- Sen, Amartya. 1999. *Desarrollo y Libertad*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Serrano, Cristian, y Gustavo Durán. 2020. «Geografía de la fragmentación en el periurbano de Quito: Un análisis de las nuevas centralidades Cumbayá-Tumbaco y San Antonio de Pichincha». *EURE* 46, n. ° 137: 247–271. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612020000100247>
- Seto, Karen C., et al. 2014. "Urbanization and Sustainability: Challenges and Opportunities." *Science* 344 (6188): 1124-1127.
- Shiva, Vandana. 2016. *Who Really Feeds the World? The Failures of Agribusiness and the Promise of Agroecology*. Berkeley, CA: North Atlantic Books.
- Silva, Verónica. 2019. *Ciudadanías postergadas: retos hacia el estatuto autonómico*. En *Ciudad Capitales en América Latina: capitalidad y autonomía*, editado por Adriana Rodríguez y Viviana Morales, 597–614. Quito: FLACSO Ecuador.
- Slater, Amy, Jodie Bowen, Natalie Corsini, Christina Gardner y Rebecca Golley. "Understanding Parent Concerns about Children's Diet, Activity and Weight Status: An Important Step

- towards Effective Obesity Prevention Interventions." *Public Health Nutrition* 19(13) 2426-2435.
- Smit, Jac, Joe Nasr y Anita Ratta. 1996. *Urban agriculture: Food, jobs, and sustainable cities*. Nueva York: United Nations Development Programme.
- Smith, John, y Jones, Emily. 2012. "Percepciones y actitudes de los residentes urbanos hacia la separación de residuos y la participación en programas de compostaje comunitario." *Revista de Sociología Urbana* 7 (1): 45-62.
- Smith, Neil Robert. 2020. *Desarrollo desigual: naturaleza, capital y la producción del espacio*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Soga, Masashi, Kevin J. Gaston, y Yuichi Yamaura. 2017. "Gardening Is Beneficial for Health: A Meta-Analysis." *Preventive Medicine Reports* 5: 92-99.
- Soja, Edward. 2000. *Postmetrópolis*. Blackwell.
- Specht, Kathrin, Rosemarie Siebert, Ina Opitz, Ulf B. Freisinger, Heiko A. Janssen, Orlando R. Thomaier, Carsten Drescher, et al. 2014. "Urban agriculture of the future: An overview of sustainability aspects of food production in and on buildings". *Agriculture and Human Values* 31 (1): 33–51. <https://doi.org/10.1007/s10460-013-9448-4>.
- Stiglitz, Joseph. 2002. *Globalization and Its Discontents*. New York: W. W. Norton & Company.
- Story, Mary, y Simone French. 2004. "Food Advertising and Marketing Directed at Children and Adolescents in the US." *International Journal of Behavioral Nutrition and Physical Activity* 1 (1): 3. <https://doi.org/10.1186/1479-5868-1-3>
- Swinburn, Boyd A., Gary Sacks, Kevin D. Hall, Krister McPherson, Diane T. Finegood, Marj Moodie, y Steven L. Gortmaker. 2011. "The Global Obesity Pandemic: Shaped by Global Drivers and Local Environments." *The Lancet* 378(9793): 804-814. doi:10.1016/S01406736(11)60813-1.
- Swyngedouw, Erik y Ian Cook. 2009. *Cities, Social Cohesion and the Environment*. Social Polis Survey Paper, University of Manchester.
- Swyngedouw, Erik. 1996. "The City as a Hybrid: On Nature, Society, and Cyborg Urbanization." *Capitalism, Nature, Socialism* 7(2) 65-80
- Swyngedouw, Erik. 2010. "The Antinomies of the Postpolitical City: In Search of a Democratic Politics of Environmental Production." *International Journal of Urban and Regional Research* 34 (3): 601-620.
- Swyngedouw, Erik. 2004. *Social Power and the Urbanization of Water: Flows of Power*. Oxford: Oxford University Swyngedouw.
- Thomas, Graeme. 2014. *Growing Greener Cities in Latin America and the Caribbean: Urban and peri-urban agriculture in the region*. Roma: FAO.
- Toledo, Lucía, Dayana Hernández, Pablo Moncayo y Oswaldo Viteri. 2023. "Productores orgánicos urbanos evaluados con la metodología MuSIASEM para mejorar los agroecosistemas desde la sostenibilidad". *Ciencia y Tecnología Agropecuaria*, 24(2): 28-36. Acceso el 08 de septiembre de 2023. https://doi.org/10.21930/rcta.vol24_num1_art:2836

- Toledo, Víctor M. 2002. *La Memoria Biocultural: La Importancia Ecológica de las Sabidurías Tradicionales*. Icaria Editorial.
- Tornaghi, Chiara. 2017. "Urban Agriculture in the Food-Disabling City: (Re)Defining Urban Food Justice, Reimagining a Politics of Empowerment." *Antipode* 49 (3): 781-801. <https://doi.org/10.1111/anti.12291>.
- Torres, Manuel y Carolina Martínez. 2021. *Recuperación de humedales y desplazamiento social en Bogotá*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Torres, Nimbe y Tovar Armando. 2020. "Efecto del consumo excesivo de hidratos de carbono y grasa en el metabolismo de carbohidratos". Alimentación para la Salud, 24 de noviembre. <https://acortar.link/Kzx7Hf>
- Tsing, Anna. 2015. *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*. Princeton University Press.
- Turner, Brian, y Mark Collinson. 2012. "Developing a Critical Realist Practice Perspective on Managing and Organizing." *Organization Studies* 33(7) 1001–1026. doi:10.1177/0170840612454335.
- Twiss, Joan, Joy Dickinson, Shirley Duma, Tanya Kleinman, Heather Paulsen, y Liz Rilveria. 2003. "Community Gardens: Lessons Learned from California Healthy Cities and Communities". *American Journal of Public Health* 93 (9): 1435–1438. <https://doi.org/10.2105/ajph.93.9.1435>.
- Urías, Diana y José Ochoa. 2020. "Huertos urbanos como estrategia de resiliencia urbana en países en desarrollo". *Vivienda y Comunidades Sustentables* (8) 81-102. <https://doi.org/10.32870/rvcs.v0i8.143>
- Valencia, Diego. 2016. *Agricultura Urbana y Reciclaje de Residuos Orgánicos en Quito: Un Estudio de Caso*. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Van Veenhuizen, René, ed. 2006. *Cities Farming for the Future: Urban Agriculture for Green and Productive Cities*. Leusden: RUAF Foundation.
- Verplanken, Bas, y Deborah Roy. 2016. "Empowering Interventions to Promote Sustainable Lifestyles: Testing the Habit Discontinuity Hypothesis in a Field Experiment." *Journal of Environmental Psychology* 45: 127-134.
- Vilaplana, Montse. 2004. "Verduras y hortalizas. Fuentes naturales de antioxidantes". *Ámbito Farmacéutico Nutrición* 23 (2) 120-132. Acceso el 01 de octubre de 2023. <https://www.elsevier.es/es-revista-offarm-4-pdf-13057699>
- Viljoen Andre y Bohn, Katrin. 2017. *Food and urban design: Urban agriculture as Second Nature*. En *The Bloomsbury Handbook of Food and Popular Culture* editado por Kathleen Lebesco y Peter Naccarato, 169-183. New York: Bloomsbury Collections.
- Villar, Rubén. 2016. "La ecología política urbana: veinte años de crítica, autocrítica y ampliación de fronteras en el estudio del metabolismo urbano." *Documents d'Anàlisi Geogràfica* 63: 173-204. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/dag.325>
- Vitiello, Domenic, y Laura Wolf-Powers. 2014. "Growing Food to Grow Cities? The Potential of Agriculture for Economic and Community Development in the Urban United States." *Community Development Journal* 49 (4): 508-523.

- Wakefield, Sarah, Fiona Yeudall, Carolin Taron, Jennifer Reynolds, y Ana Skinner. 2007. «The Effect of Urban Food Gardening Programs on Self-Esteem and Health: An Exploratory Study». *Journal of Community Practice* 14 (4): 305–322.
- Walker, Renee E., Christopher R. Keane, y Jessica G. Burke. 2010. “Disparities and Access to Healthy Food in the United States: A Review of Food Deserts Literature.” *Health & Place* 16 (5): 876–884. <https://doi.org/10.1016/j.healthplace.2010.04.013>
- Wenden, Anita L. 2004. “La educación intercultural: una respuesta a la globalización.” En *Educación Intercultural*, editado por Sonia Nieto, 45–61. Madrid: Ediciones Morata.
- Wezel, Alexander, Gabriela Casagrande, Roland Celette, Annette Vian, Audrey Ferrer, y Jean-François Peigné. 2020. "Agroecological Practices for Sustainable Agriculture: A Review." *Agronomy for Sustainable Development* 40 (6): 1-22.
- Willett, Walter, et al. 2019. "Food in the Anthropocene: The EAT–Lancet Commission on Healthy Diets from Sustainable Food Systems." *The Lancet* 393 (10170): 447-492.
- Winkler Prins, Antoinette, ed. 2017. *Urban Agriculture: Diverse Activities and Benefits for City Society*. Cham: Springer.
- Winne, Mark. 2008. *Closing the Food Gap: Resetting the Table in the Land of Plenty*. Beacon Press.
- Wiskerke, Johannes S. C., y André Viljoen, eds. 2012. *Sustainable Food Planning: Evolving Theory and Practice*. Wageningen: Wageningen Academic Publishers.
- Wittman, Hannah y Jennifer Blesh. 2017. Food Sovereignty and Food Zero: Connecting Public Food Procurement Programmes to Sustainable Rural Development in Brazil. *Journal of Agrarian Change*. 1(1) 8-105
- Wittman, Hannah, Annette Aurélie Desmarais, y Nettie Wiebe. 2010. *Food Sovereignty: Reconnecting Food, Nature and Community*. Halifax: Fernwood Publishing.
- Wolman, Abel. 1965. “The metabolism of cities”. *Scientific American*. 213; (3): 179-190.
- Woods, Michael. 2007. "Engaging the Global Countryside: Globalization, Hybridity, and the Reconstitution of Rural Place." *Progress in Human Geography* 31(4). DOI: 10.1177/0309132507079503.
- Zaar, Miriam. 2011. “Agricultura urbana: algunas reflexiones sobre su origen e importancia actual”. *Biblio 3w: revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales* 16 (944). Acceso el 23 de septiembre de 2023. <https://raco.cat/index.php/Biblio3w/article/view/250870>.
- Zárate, M. Antonio. 2015. "Agricultura urbana, condición para el desarrollo sostenible y la mejora del paisaje." *Anales de Geografía* 35 (2): 167-194.
- Zeza, Alberto, y Luca Tasciotti. 2010. “Urban Agriculture, Poverty, and Food Security: Empirical Evidence from a Sample of Developing Countries.” *Food Policy* 35 (4) 265 273. <https://doi.org/10.1016/j.foodpol.2010.04.007>
- Zimmer, Anna. 2010. “Urban Political Ecology. Theoretical Concepts, Challenges and Future Directions”. *Erkunde* 4 (64): 343-354.

Zutter, Cynthia y Ashley Stoltz. 2023. Community gardens and urban agriculture: Healthy environment/healthy citizens. *International Journal of Mental Health Nursing* 2:1452 – 14

Entrevistas

Bremilda Poma, integrante del grupo 60 y Piquito, Quito, 21 de octubre del 2024.

Juan Campoverde, integrante del grupo 60 y Piquito, Quito, 21 de octubre del 2024.

Verónica Oña, integrante del grupo 60 y Piquito, Quito, 21 de octubre del 2024.

Olga Campaña, integrante del grupo 60 y Piquito, Quito, 21 de octubre del 2024.

María Muso, integrante del grupo 60 y Piquito, Quito, 21 de octubre del 2024.

Karina Guzmán, integrante del grupo 60 y Piquito, Quito, 21 de octubre del 2024.

Flora Bastidas, integrante del grupo 60 y Piquito, Quito, 21 de octubre del 2024.